



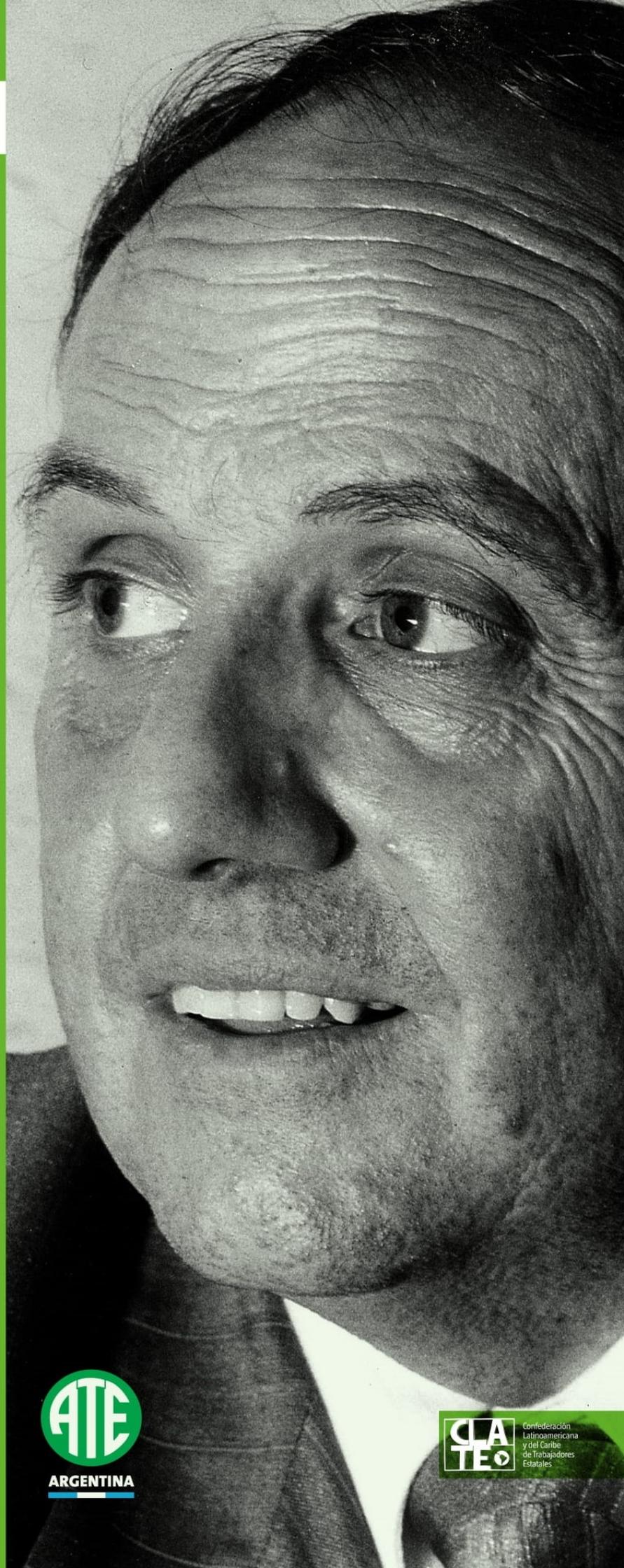
MARCELO PAREDES

CARLOS CUSTER | APUNTES DE UNA VIDA

CARLOS CUSTER

APUNTES
DE UNA
VIDA

MARCELO PAREDES



Carlos Custer
Apuntes de una vida

Paredes, Marcelo

Carlos Custer : apuntes de una vida / Marcelo Paredes. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CTA Ediciones, 2019.

176 p. ; 26 x 18 cm.

ISBN 978-987-3824-14-2

1. Biografías. I. Título.

CDD 920.71

Carlos Custer. Apuntes de una vida

© 2019 Central de Trabajadores de la Argentina

© 2019 Asociación Trabajadores del Estado

ISBN 978-987-3824-14-2

CTA Ediciones

Tel: 54 11 4122 5700

editorial@ctanacional.org

Director: Marcelo Paredes

Edición: Cora Rojo

Diagramación: Nahuel Croza

nahuelcroza@gmail.com

Impreso en el mes de mayo de 2019 en Gráfica Laf SRL,
Monteagudo 741 (B1672AFO), Villa Lynch, provincia de Buenos Aires

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Marcelo Paredes

Carlos Custer

Apuntes de una vida



*A Gloria, mi muy querida esposa
y compañera de vida.*

*A mis hijas e hijos María Gabriela, Alejandro,
María Lorena, María Silvina, Leonardo
y Carlos Ignacio, nuestro orgullo.*

*A mis hijas e hijos políticos Silvia, Flor,
Aldana, Ricardo, Horacio y Alejandro,
que con gran felicidad agrandaron la familia.*

*A mis nietas y nietos Tomás, Tadeo, Katia, Valentino,
Lucrecia, Gerónimo, Abril y Lautaro, nuestra alegría.*

A toda esta gran familia, ¡muchas gracias!

Agradecimientos

Hace un tiempo, para cumplir un deseo de mis hijos, decidí recopilar algunos hechos e ideas de mi vida y militancia, con el único propósito de resguardarlos en la memoria familiar.

Mis hijos se comunicaron con el excelente periodista y mejor amigo, Marcelo Paredes para pedirle su colaboración en esta iniciativa.

Enterado del proyecto el secretario general de ATE, Hugo “Cachorro” Godoy, ofreció que este modesto trabajo fuera asumido por ATE y publicado en una colección de historias ya elaborada por la organización.

Quiero señalar que el presente no es un texto histórico ni literario, es sólo el testimonio de una vivencia personal, inserta en la lucha y la acción colectiva de las organizaciones de las cuales he formado parte, compartiendo el camino con muchos amigas/amigos y compañeras/compañeros.

Debo reconocer, en principio, el trabajo primordial y la enorme comprensión y paciencia de Marcelo; y también a la inestimable colaboración de Cora Rojo. A ellos mi profundo reconocimiento.

Esta reconstrucción de más de cincuenta años de actividades se hizo apelando únicamente a la memoria, debido a que durante un hecho delictivo perdí gran parte de mi archivo personal. Por otro lado, el tiempo previsto para la tarea resultó un tanto escaso; pido disculpas por posibles olvidos u omisiones.

Mi fraternal agradecimiento a Hugo “Cachorro” Godoy y a los compañeros del Consejo Directivo Nacional de ATE, me siento inmensamente reconfortado por los gestos de solidaridad y reconocimiento y estoy orgulloso de pertenecer a nuestra organización.

Agradezco a Dios todas las posibilidades que me permitieron realizar una gratificante experiencia humana, y una militancia enriquecedora y solidaria, junto a muchas y muchos con quienes compartimos sueños, valores y objetivos.

CARLOS CUSTER

Carlos Custer: orgullosamente nuestro

Recorrer las páginas de los Apuntes de vida de Carlos Custer me produjo mucha alegría y satisfacción porque me dio la posibilidad de conocer en profundidad la vida de un hombre íntegro, lleno de capacidad, de grandeza y de humildad y de descubrir rasgos desconocidos aun para aquellos que lo tratamos diariamente.

Atravesar los capítulos de su biografía es desandar la historia argentina, de Latinoamérica y del mundo desde la mitad del siglo pasado hasta nuestros días desde la perspectiva de la clase trabajadora, desde la visión de los pueblos en su lucha por la justicia, la libertad y la liberación.

Pero no desde el lugar de quien investiga la historia y la cuenta, sino desde el protagonismo que supo tener en las diversas organizaciones que integró y en las responsabilidades que asumió con honestidad, compromiso y coherencia.

Desde muy joven, estimulado por la confianza que le daba esa madre que con coraje y dignidad atravesó la dificultad de quedarse viuda con cuatro hijos, Carlos se inclinó por lo social, por la lucha colectiva y por la pertenencia a una clase, la clase trabajadora.

Y a partir de ahí aceptó el desafío de representar a sus compañeros y compañeras y defender sus intereses, que eran y son los suyos. Y lo hizo con convicción y capacidad.

Testimonio de ello puede darlo su paso por el sindicato del vidrio, UPCN, ATE, ANUSATE, la Central Latinoamericana, la Confederación Mundial y la CTA Autónoma que conocieron y conocen sus valores, sus principios y sus lealtades.

Carlos es por sobre todas las cosas un hombre comprometido. Comprometido con su barrio, con su iglesia, con su clase, con sus convicciones políticas y hasta con el equipo de sus amores. Y a esos múltiples compromisos les puso el alma, la cabeza y el corazón.

Pero fue también un hombre fiel a sus ideas defendiéndolas en todos los foros. La concepción del latinoamericanismo, el socialismo autogestionario, las críticas al capitalismo, la autonomía de las centrales sindicales, las luchas por la independencia y contra todo tipo de opresión y ocupación de territorios, la libertad sindical, la convivencia entre los distintos credos, el ensamble del pensamiento marxista y el cristianismo, la valiente resistencia a las dictaduras y su compromiso con los Derechos Humanos lo hermanaron con grandes representantes de esas peleas de ayer y de hoy.

Porque no sólo tuvo la oportunidad de conocer a esas grandes personalidades que aparecen en este libro, sino que además tuvo el convencimiento de compartir con ellos su ideario y también sus luchas.

Y le tocó, como a muchos de nosotros, transitar esos años de vida y militancia con la certeza de que la revolución estaba a la vuelta de la esquina, del mismo modo que la posibilidad de construir un mundo alternativo al sistema capitalista. Para asistir luego a la Caída del Muro, a las traiciones del menemismo en nuestro país o al sangriento derrumbamiento en guerras fratricidas de experiencias extraordinarias como la de Yugoslavia.

Pero atravesó esos momentos sin perder la esperanza ni la certeza de que es indispensable seguir aportando a un colectivo que nos trascienda. Entendiendo que esa actitud de vida, ese modo de construcción política, ese renacer después de las derrotas como el ave fénix alentando la perspectiva de nuevos sueños, es el mejor aporte a las nuevas generaciones.

La identidad de clase trabajadora es una construcción política, cultural e ideológica portadora de intereses y valores comunes a los que Carlos se aferró y los que tuvo como bandera en cada uno de los lugares que ocupó en su derrotero político y sindical.

Asumió con la misma humildad y convicción tanto una asamblea de trabajadores como la labor parlamentaria en el Congreso de la Nación en calidad de diputado, la representación de nuestro país en el Vaticano o la secretaría general de una central de millones de mujeres y hombres trabajadores de cada rincón del mundo.

Verlo hoy transitar los caminos de construcción política en ATE, la CLATE, la CTA, en Unidad Popular y en otros ámbitos de lucha y organización popular con el mismo entusiasmo y la misma pasión de siempre, facilitando las relaciones internacionales, abriendo puertas al mundo, estableciendo puentes con las nuevas generaciones, es un verdadero motivo de orgullo para toda nuestra militancia.

En un tiempo en que los ejemplos de vida nos son ocultados sistemáticamente por la comunicación hegemónica para instalar el pesimismo, el desasosiego y la desesperanza en nuestras vidas, es reconfortante mirarnos en el espejo de este compañero amable, risueño, sencillo y siempre dispuesto a colaborar.

Feliz de ser su amigo y compañero y de prologar este libro que orgullosamente publicamos, recomendando su lectura con énfasis porque es una hermosa forma de aprender la historia de nuestra clase y una nueva oportunidad para comprobar, modestia aparte, el valor de las personas que integran nuestras filas.

Hugo "Cachorro" Godoy

Secretario General

Asociación Trabajadores del Estado (ATE)

Los Custer: de Napoleón al Conurbano

El inicio de una dinastía

Carlos Custer descende de una importante familia suiza de la ciudad de Altsätten del cantón de St. Gallen, ubicada en el distrito de Rheintal.

Uno de sus ancestros, Hans Jakob Custer, fue un exitoso empresario especializado en textiles que a mediados del siglo XVIII comerciaba en Italia, Alemania y Suiza. Tuvo tres hijos, Anna Magdalena, Johann Friedrich –tatarabuelo de Carlos– y Jakob Laurenz, quien continuó los negocios de su padre llegando a acumular una gran fortuna.

Jakob Laurenz se casó con Anna María Magdalena Mayer, viuda de otro gran comerciante de telas, y pasó a administrar ambas empresas extendiendo el negocio a gran parte de Europa. Paralelamente se compromete políticamente y llega a ser gobernador de la República libre de Rheintal, Secretario de Estado de Finanzas en la ciudad de Berna, e integrante del Consejo de St. Gallen entre finales de 1700 y comienzos del siglo diecinueve.

La Consulta de Napoleón

En 1802 el Emperador Napoleón Bonaparte convoca a una delegación helvética, integrada por representantes de los cantones y por pensadores sobresalientes suizos, a participar de una reunión para discutir el ordenamiento político de Suiza, luego de la experiencia de la República

Helvética. Esa convocatoria realizada en París se denominó “La Consulta” y entre los invitados se encontraba Jakob.

Fruto de esa consulta se firmó el Acta de Mediación mediante la cual se restauró el federalismo y los cantones recuperaron su identidad, aunque Suiza no dejó de ser un Estado vasallo de la Francia napoleónica. Esta etapa de la historia suiza duró hasta la restauración soberana del país en 1815.

–Jakob Laurenz participó de “La Consulta”, para discutir la situación política de Suiza. Fue como representante del cantón de St. Gallen, y luego de aquella reunión, Napoleón definió una nueva constitución para el país que permitió preservar a Suiza de la guerra. De hecho, en la marcha a Polonia y a Rusia el ejército no pasa por



◀ Jakob
Laurenz Custer

ahí, tal cual se había acordado. Años más tarde alcanza el estatus de neutralidad perpetua, condición que la eximió de participar en las dos guerras mundiales que estallaron después.

Hay que entender que Suiza es un país pequeño, apenas el doble de extenso que la provincia de Tucumán, montañoso, con 7 millones de habitantes, que siempre tuvo que sobrevivir a los colosos que lo rodean, Alemania, Italia y Francia.

Un gran hombre

Además de los negocios florecientes y de su histórica participación en La Consulta, Jakob Laurenz Custer, comprometido con su país y con su región, se entregó también a la política local.

Al retirarse de la política no abandona sus compromisos empresariales, dedicándose a la filantropía y a promover la educación y la cultura. En 1815, la ciudad de Rheineck le otorgó el título de Ciudadano Honorario (Ehrenbürgerrecht) por sus méritos y su generosidad. Este reconocimiento es el más alto honor otorgado por una ciudad o municipio a una persona, por sus contribuciones sobresalientes al bien del ciudadano o a la reputación del lugar.

El 24 de enero de 1828 muere con casi 73 años en su residencia de Löwenhof. Una gran multitud escoltó el ataúd hasta el cementerio de Rheineck. Posteriormente sus restos fueron trasladados a un monumento erigido en el centro de un pequeño lago del castillo de Grünenstein.

El castillo de los Custer

En la comuna de Balgach, en el cantón de St. Gallen, cerca del límite con Ale-

mania y Austria, se encuentra este castillo medieval construido en 1277 por los “Nobles de Grünenstein”, cuya torre principal aún se encuentra en pie.

El resto, su actual arquitectura, fue construido en 1776 tras un golpe de suerte que tuvo la familia Schindler, sus propietarios por aquellos años, ganadores de la lotería estatal holandesa. La pequeña y humilde construcción medieval pasó a ser un gran castillo de cuatro pisos, con pizarras –tejas planas–, de estilo barroco tardío en su exterior y rococó en la parte interna.

En 1791 Jakob compró el antiguo castillo y lo convirtió en su residencia de verano. Desde entonces la antigua construcción pertenece a la familia Custer. Su antiquísima torre, la sala de música, sus hermosas habitaciones, el jardín barroco y nueve departamentos se alquilan para residencia, eventos, fiestas y reuniones.

–Algunos antecesores nuestros crearon una fundación que todavía subsiste, la Fundación de los Bienes y los Fondos de la Familia Custer, regentada por la parte de mi familia que vive en Suiza.

Hoy el castillo es una cooperativa familiar que alquila los campos aledaños para viñedos y las dependencias internas para eventos sociales y culturales. Con las ganancias de esas actividades se sostiene la fundación que continúa la tarea de ayudar a los adultos mayores y a los estudiantes de la familia mediante un estipendio.

La fiesta de casamiento de mi hija María Gabriela la hicimos ahí, en 1991 cuando yo trabajaba en Bélgica. Fue toda la familia, algunos amigos de Argentina, gente de Ginebra, de Bruselas. Fue muy lindo y especial. La ceremonia católica se realizó en una pequeña iglesia en el Valle del Rhin y la fiesta en el castillo, donde

un gran amigo, el doctor Eduardo Protto, interpretó *La Cumparsita* en el piano.

El arquitecto del Expreso Oriente

El Expreso de Oriente (Orient Express) fue un servicio ferroviario de larga distancia que unía París con Constantinopla, hoy Estambul. La idea de unir Europa Occidental con el Sudoeste Asiático en 1872 fue de Georges Nagelmackers, creador de la francesa *Compagnie Internationale des Wagons-Lits (CIWL)*, primera empresa ferroviaria en introducir en Europa coches cama y vagones restaurante en los trenes. Idea que había sido puesta en práctica en Estados Unidos por George Pullman, de ahí el nombre de ese tipo de servicio.

El Orient Express fue finalmente inaugurado en 1883 e iba desde la Estación del Este en París hasta Estambul. Su fama llegó a la literatura de la mano de Agatha Christie y su personaje Hércules Poirot, en su novela *Asesinato en el Orient Express*.

—Mi abuelo, Guillermo Custer, fue arquitecto e ingeniero, estudió en la Escuela Politécnica Federal de Zürich, donde, entre otros grandes científicos, estudió Albert Einstein. Fue contratado para construir el tendido de vías del Expreso de Oriente por la empresa CIWL, que usaba la bandera suiza para asegurar la neutralidad.

La familia de mi abuelo, compuesta por cuatro hijos, se fue ampliando junto al tendido de las vías, a medida que iba progresando la construcción del ferrocarril. Mi padre, por ejemplo, nació en Sofía, Bulgaria, y conservamos fotos familiares en Belgrado y Estambul.

El abuelo Guillermo participa de la construcción del ferrocarril en Estambul luego de lo cual las autoridades turcas, cuando

todavía existía el Imperio Otomano, lo contratan para hacer una nueva extensión hasta Bagdad; pero lamentablemente muere mientras se construía ese trayecto.

Mi abuela María Suchodolska y sus cuatro hijos chicos—mi padre, Roberto Witold, y mis tíos Marika, Emma y Alfred— se radican a principios del 1900 en Trieste—que era todavía el puerto del Imperio austrohúngaro— porque tenía allí a su hermana Ninette, casada con el conde Palffy, perteneciente a una familia tradicional de la nobleza austrohúngara.

En esa ciudad pasaron las dos Guerras Mundiales. Creo que no tuvieron problemas en la primera (1914-1918), pero durante la segunda, Trieste fue frente de batalla e inclusive quedó bajo mandato de las Naciones Unidas durante mucho tiempo. Sobrevivieron, pero la pasaron mal.

Por esa época mi padre tendría 17 o 18 años y se traslada a Viena a estudiar en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la capital del Imperio, con la ayuda de la “Tante” (tía) Ninette.

Su hermana Marika, la mayor, también estudia y se recibe de médica. La tía Emma, por su parte, se gradúa en Ciencias Sociales en la Universidad de Friburgo.

La abuela se casó en segundas nupcias con un médico austríaco, el Dr. Anton Zahorsky, que tuvo buena relación con el resto de la familia. Fue un gran pintor y miembro de la Compañía Transatlántica Adriática, con sede en el puerto de Trieste, muy comunicado con los puertos de Sudamérica.

En los años 60, con 22 años, tuve la oportunidad de viajar a España y aproveché para hacer una recorrida por Europa. Anduve por Madrid, Barcelona, Mónaco, Roma, Florencia, Venecia y me acerqué

a Trieste para visitar a mi tía Emma, que ya había venido de visita a Argentina. Mi abuela y mi tío Alfred ya habían fallecido. Él, lamentablemente, en el barco que lo llevaba de regreso a Trieste cuando vino a Buenos Aires para visitar a mi padre en los años 30.

Después fui a Múnich y de ahí a Suiza para conocer al resto de los familiares que vivían en Zürich. Más allá de los problemas con el idioma –nos comunicábamos en italiano– había una diferencia de costumbres, de cultura. Pero fueron cordiales. Conocí a varios integrantes de la familia y fui a visitar el castillo, por supuesto.

Años después, por mis obligaciones sindicales tuve la oportunidad de vivir cerca y establecí relaciones con otros integrantes de la familia. Particularmente con Walter, un prestigioso arquitecto, ganador del Pre-

mio Internacional de Arquitectura, y con Max, un gran abogado del que me hice más amigo.

También afiancé mis relaciones con los Naeff, una familia muy tradicional de Suiza con la que nos encontramos ligados por parte de mis bisabuelos paternos. Mi bisabuelo, Víctor Augusto Custer, se casó con Guillermina Naeff, cuyo hermano, Guillermo Matías Naeff fue presidente de la Confederación Suiza en 1850. Las familias mantienen –desde hace más de doscientos años– la tradición de reunirse cada cinco años en Altstätten. En estos encuentros han llegado a reunirse alrededor de cuatrocientos familiares, para afianzar los lazos fraternos.

Hoy día mantengo una excelente relación con la familia europea, a pesar del mundo de diferencias que hay entre nosotros. ||



◀ Castillo
Grünenstein

Mi infancia

La populosa ciudad del sur del conurbano bonaerense debe su nombre a los aguerridos originarios de los valles calchaquíes llamados Quilmes. Un pueblo indómito que no aceptó someterse a los españoles, contra los que luchó durante más de ciento treinta años.

Vencidos por una traición, son obligados a marchar a pie desde Tucumán —más de la mitad muere en el camino—, para recluirlos sobre las barrancas del Río de la Plata, al sur de Buenos Aires.

Esa reducción, transformada en partido en 1784, fue el lugar en el que desembarcaron los ingleses en la primera invasión de 1806, y el mismo donde el Almirante Brown venció a la flota brasileña veinte años más tarde.

A fines del siglo XIX llegaron el alumbrado público y el Ferrocarril del Sud, y con ellos la inmigración italiana y alemana. El tren trajo industrias —Quilmes, Rigolleau, Ducillo entre muchas otras—, estas a los obreros y la localidad no paraba de crecer.

La reducción de los Quilmes se convirtió en ciudad en 1912, año en que un inmigrante suizo, nacido circunstancialmente en Sofía (Bulgaria), se radicó allí y formó una familia.

—Mi padre, Roberto Witold Custer, vino a la Argentina en 1912, antes de las dos guerras. Por qué se fue de Viena con tanto futuro por delante, y por qué eligió Argentina y Quilmes en particular, es una incógnita

que forma parte de la leyenda familiar que nunca pude verificar.

Las versiones que me permiten rearmar la historia son la de mi madre y la de mis padrinos, un matrimonio austríaco que también se instaló en Quilmes, con quienes ella forjó una gran amistad gracias a que vinieron de Austria y hablaban el alemán.

Mi padrino, Luis Janezic —a quien quise mucho— fue oficial submarinista durante la Primera Guerra Mundial, cuando apenas se habían inventado los submarinos. Fue un hombre excelente, muy buen padrino; muy solidario con mi familia y el mejor amigo que tuvo mi padre.

Él me contó que mi padre se habría enamorado de una bailarina en Viena, cosa que no cayó bien en la familia y decidieron apartarlo de ese romance. Cada vez que lo contaba se mataba de risa y le brillaban los ojitos. Cuando le preguntaba a mi madre sobre este asunto, ella me decía: “No, no, esas son cosas del padrino”.

La cuestión es que a los 26 años se subió a un barco, se bajó en el puerto de Buenos Aires y se radicó en Quilmes, un poblado —por aquellos años lleno de austríacos, suizos y alemanes—, donde ya estaba la Cervecería Quilmes desde 1890, la Escuela, el Club Alemán y muchas otras expresiones de la cultura alemana.

Papá era un hombre culto, con un nivel de formación importante. Había estudia-

do Ciencias Económicas en la ciudad de Viena y hablaba siete idiomas, entre ellos el serbocroata. Incluso se había formado en espeleología, el estudio de las cavernas.

A los dos años de instalarse en Quilmes ingresa a Cristalerías Rigolleau, industria pionera del vidrio en la Argentina, que había fundado en 1882 el empresario francés León Fourvel-Rigolleau a quien mi padre llegó a conocer.

La fábrica estaba en la zona de Berazategui, al sur del Gran Buenos Aires, en el mismo predio que ocupa en la actualidad. Por aquellos años era una localidad semi-rural del Municipio de Quilmes, que más tarde se industrializó con la llegada del ferrocarril.

Fue un hombre muy respetado en la fábrica. Llegó a ser jefe de sección en Control de Calidad. Le tenían tanto aprecio que casi toda la familia, incluso mi madre, llegó a trabajar en la empresa gracias al respeto que se había ganado.



Josefa Emiliana
Albornoz Peralta
y Roberto
Witold Custer
[1920] ▶

Mi suegro, Don Eustaquio, el papá de Gloria, lo recordaba usando levita como se acostumbraba en Europa, caminando por las calles de Quilmes.

Hijos del tren

Mis hermanos y yo podemos decir que somos hijos del Ferrocarril del Sud, como se llamaba en la época en que lo administraban los ingleses; ése que unía La Plata con Buenos Aires. Mi padre lo tomaba para ir de Quilmes a Berazategui, donde estaba la fábrica y mi madre, que vivía en La Plata, lo tomaba para ir a Quilmes donde daba clases.

Contaba mi madre que se conocieron en el tren, comenzaron a conversar y se pusieron de novios allá por el año 18.

Mamá se llamaba Josefa Emiliana Albornoz Peralta, era de una familia de seis hermanos, originaria de Chascomús, que se mudó a La Plata porque las cuatro hermanas querían estudiar. Se recibió de maestra en la Escuela Normal de La Plata, y a los 18 años comenzó a trabajar en la Escuela 30 de Quilmes, en la que permaneció hasta jubilarse. Hace poco tiempo fuimos hasta allí a dejar unas flores, al cumplirse 100 años de su ingreso a esa institución a la que dedicó parte de su vida.

Por aquellos años, cuando ella ejercía como maestra, era un edificio muy humilde, muy precario. Luego la Cervecería Quilmes construyó en la zona un barrio de chalecitos muy lindo, arbolado, con un campo de deportes, llamado Villa Argentina. Construyó también una escuela nueva, a unos trescientos metros de la original. En esta se jubiló mi madre, luego de ejercer como maestra y secretaria, y allí estudiaron Gloria, mis hermanos, mis hijos y mis sobrinos.

Mis padres se casan en 1920 y tienen cinco hijos: María Zulaika, mi hermana mayor; Roberto Vladimir, que muere a los veinte años; María Eneida; Walter Andrés y finalmente yo, el más chico.

A María, la mayor, le pusieron Zulaika de segundo nombre porque a mi padre le gustaba. Era un nombre propio muy común en Hungría. Estudió Bioquímica y se radicó en Las Heras, provincia de Buenos Aires, donde instaló una farmacia. Se casó con un médico sanjuanino, Marcelo Rivas, que fue dos veces intendente de la ciudad por el peronismo. Un hombre muy querido y respetado en Las Heras. Ambos ya fallecieron.

A Roberto Wladimir le decíamos Bubi, trabajaba en la Cristalería, como mi padre y estudiaba ingeniería. Era un joven excelente, jugador de básquet, con un gran futuro. Un hijo ejemplar, cariñoso, afectuoso, un gran ser humano... Quiso la desgracia que le tocara hacer el servicio militar en el Regimiento de San Nicolás, y a los cinco días de ser reclutado morir por una peritonitis. Tuvo una apendicitis, no lo atendieron debidamente y falleció con solo 20 años. Se había presentado el 2 de enero en San Nicolás y el 7 de enero un camión del Ejército lo trajo de regreso a casa en un ataúd.

Esta desgracia sucedió apenas dos meses después de la muerte de mi padre, quien falleció de tuberculosis. En poco más de sesenta días mi madre pierde a su marido y al mayor de sus hijos varones. Yo tenía apenas tres años.

Es curioso, no conservo su imagen en mi memoria, pero sí tengo presente —no sé si son sueños o recuerdos— el entierro, particularmente esas enormes carrozas de seis caballos negros con sus penachos. Tengo vívida la fuerte impresión que me causó cuando se detuvieron en la



puerta de mi casa y el dolor que se sentía.

María Eneida, nacida en el año 34, también casada con un médico, Juan Pedro Frailuna, es la única hermana que me queda viva con la que he compartido muchos años en la escuela y la Cristalería Rigolleau y nos tenemos mucho cariño.

Walter Andrés, tres años mayor que yo, vivió en Las Heras, como María Zulaika. Fue presidente del Partido Justicialista local y funcionario del gobierno de la Provincia de Buenos Aires; un gran militante, amigo de Antonio Cafiero, quien fuera gobernador de la Provincia. Walter falleció años atrás.

Y yo fui el quinto. Nací el 7 de octubre de 1939 en un hogar feliz pero pronto marcado por la tragedia de las muertes

▲ María Zulaika, Roberto Vladimir, María Eneida, Walter Andrés y Carlos junto a sus padres.

de mi padre y mi hermano mayor. Mi hermana mayor, María Zulaika, se casa en 1947 y mamá queda sola con tres hijos menores de edad.

Siempre digo que mi padre, fallecido en el 42, no tuvo la oportunidad de acceder a dos cosas que llegaron después de su muerte: la penicilina, que le hubiera dado la posibilidad de curarse del Mal de Koch; y la jubilación que le hubiese correspondido por sus casi treinta años de trabajo en la cristalería, que le hubiera asegurado una pensión a mi madre.

Mi padre, un señor

Puede reconstruir la figura de mi padre por referencias de sus amigos, de los vecinos y, sobre todo, de sus compañeros de trabajo. Todos lo describían como una persona de una gran integridad moral, de palabra, y solidario.

Era un hombre alto, medía 1,86, rubio, de ojos celestes; decían que tenía una gran estampa, ¡no sé a quién salí yo!

A pesar de su ascendencia germánica, una raza considerada un tanto fría, él se había ambientado mucho al espíritu argentino adquiriendo su calidez. Siempre habló mal el español, con un acento bien alemán; siempre lamenté no tener el registro de su voz ni de ese acento.

Fue un hombre que gozó de mucho prestigio. Años después, cuando empecé a trabajar en la empresa Rigolleau, todavía los más viejos se acordaban de mi padre con cariño y afecto. Me prodigaban ciertas atenciones porque era el hijo de Roberto Custer.

Un trabajador con mucha cultura y gustos sencillos, populares. Aficionado al Círculo Argentino, a compartir tiempo con

sus amigos, tal vez a jugar a las cartas. Un hombre de una vida muy sobria y, mientras pudo, muy volcada a la familia.

Mi madre, una guerrera

Mamá se llamaba Josefa Alborno, aunque todos la conocían como Pepita. Era una criolla de Chascomús, de cutis bien blanco, junto a papá hacían una pareja excelente. Se había jubilado en el año 41, poco antes de enviudar. La Cristalería, en un buen gesto, la nombró en el sector Asistencia Social con un medio tiempo, trabajaba solamente cuatro horas. Esto le permitió llevar adelante la familia: una hija de 8 y dos varones de 6 y 3 años. Tenía cerca de cuarenta años y un dolor muy profundo, pero siguió adelante y se sobrepuso por nosotros.

Pasamos una infancia muy cerrada, muy justa en términos económicos. Tengo memoria de un sobre que decía "Cuentas a Pagar", y cuando mamá cobraba la jubilación y el medio sueldo de Rigolleau, lo primero que hacía era abrirlo, ver todo lo que se debía y pagarlo. Se las ingeniaba para sobrevivir con el resto.

Fuimos una familia con carencias pero con una gran dignidad. Mi madre sobrelevaba las penurias económicas con la frente alta. Por ejemplo, nos mandaba a comprar "fruta madura" a la verdulería de doña Anita. Era la que ya estaba un poco machucada y la sacaban de la venta porque la gente no la quería. Entonces llegábamos nosotros y la pagábamos al veinte por ciento del precio. Después ella les sacaba la parte fea y hacía unas ensaladas de fruta riquísimas.

Nuestra fortuna era que teníamos una casa, una vivienda grande en el barrio La Colonia, que por esos albuces de la vida mis padres habían podido comprar

en el año 30, gracias a una participación en un billete de lotería. Recuerdo que la señora Pícoli, colega de mi madre en la Escuela 30, había comprado el entero y nosotros participamos con una fracción. No fue “la grande”, fue un premio menor, pero alcanzó para comprar una casa muy linda, grande, con un patio con un parral.

Con esa casa, su ingreso jubilatorio y lo que ganaba en Rigolleau, mamá pudo mantenernos a los tres y costearle los estudios a María Zulaika, que se recibió de bioquímica cuatro o cinco años después de la muerte de mi padre.

Fue para mí una infancia dura, sin padre ni hermano mayor—Walter era apenas tres años mayor que yo—, signada por la tristeza, a pesar de tener una madre fuerte, que trató de no privarnos de nada. Por ser el más pequeño siempre recibí un enorme cariño de su parte. Mis hermanos me cargaban, me decían que yo era el preferido de mamá. Tanto así, que hasta yo mismo ostentaba esa condición ante ellos, convencido de que era al que más quería.

Pero, más allá de las estrecheces, de que alguna vez haya faltado el peso, fuimos una linda familia en la que no faltó el amor. Nos queríamos mucho entre los hermanos, nos cuidábamos. Fue muy importante para mí mi hermana mayor, nos queríamos muchísimo. Y con mis otros hermanos siempre tuve una relación muy linda, sin tiranteces, rispideces ni distanciamientos. Creo que la adversidad nos ayudó, nos soldó como hermanos.

La familia suiza

En el año 30, antes de que yo naciera, vinieron desde Trieste a visitar a papá su madre y su hermana Emma. Viajaron

en barco y se quedaron en casa un mes, mes y medio.

Como ya conté, en Suiza los Custer tienen una fundación cuyo objetivo es ayudar con un estipendio, principalmente, a los estudiantes y a personas mayores de la familia.

Al fallecer mi padre, la Fundación nos pasaba un subsidio muy modesto, un equivalente a 150 dólares por mes, que recibíamos en dos entregas anuales. Hay que reconocer que esas remesas fueron muy útiles para mamá, una ayuda extra que venía muy bien.

Ese apoyo duró unos cinco o seis años, hasta que mi hermana se casó en el año 47. Entonces consideraron que si mi hermana estaba casada con un médico, él podía ayudar a la familia y la cancelaron. Es cierto que, más allá de la visita de la abuela y de la tía, ellos apenas nos conocían y tal vez no entendieron las dificultades que tuvimos cuando murió mi padre. Otra cultura, otra mirada.

El barrio, la escuela

Salvando estas dificultades, tuve una hermosa infancia, en un barrio lindo, lleno de amigos. Una niñez de juegos en la vereda, sin miedos ni peligros. Mis días eran ir a la escuela, volver, hacer la tarea y a la calle a jugar toda la tarde hasta la hora de la cena. Fútbol, hoyo pelota, la escondida, bolitas, bromas, diversión y amistad.

La Colonia era un barrio tranquilo, de trabajadores de clase media. En la cuadra vivían un médico, un chofer de colectivo, un empleado de la empresa de electricidad, una directora de escuela. Gente trabajadora, buenos vecinos.

Como no podía ser de otra manera, de

chiquito me hice hincha del Quilmes Atlético Club. Todo comenzó en el año 50, cuando un vecino de casa, Jorge Fernández, una gran persona, me llevó por primera vez a la cancha. Hacía rato que quería ir pero a mi madre le daba miedo. Con él, finalmente, me dejó ir. Y aún hoy tengo la costumbre de ir a la cancha.

Yo tenía 10 años y fui con un grupo de muchachos de 30, 35, una típica barra de amigos. Esa tarde el “Cerveceros” jugaba contra Ferrocarril Oeste y ganamos 2 a 1. Quilmes había ascendido cuando salió campeón en el año 49. Y bueno, ya no dejé de ser hincha. Lo llevo adentro y a pesar de los años que estuve lejos del barrio y de la cancha, siempre lo seguí, siempre lo tuve y lo tengo en el corazón.

Comencé mis estudios primarios en escuelas públicas de la zona, primero fui a la 16 y luego a la 17. Después mi madre obtuvo una beca a través de la cristalería y me cambió al Quilmes High School, un colegio bilingüe, donde estuve de tercero a quinto grado. Sexto grado lo hice en un cuarto colegio, el Salesiano de Bernal, una escuela muy linda de la que tengo hermosos recuerdos. Fui un alumno medio, ni el mejor ni el peor.

La secundaria la hice en la Escuela de Comercio de Quilmes. No fue fácil, porque a los 14 años comencé a trabajar en la cooperativa de construcción Edificadora Quilmeña. Trabajaba como cadete de 14 a 18 horas, atendía la oficina, hacía mandados. Salía del colegio al mediodía, pasaba por casa para almorzar algo y a las dos de la tarde ya estaba en el trabajo hasta las seis. Más tarde, de vuelta en casa, me dedicaba a estudiar.

Ese trajín duró dos años, porque en 1956, cuando cumplí dieciséis, entré a trabajar en Rigolleau como casi toda mi familia. Entraba muy temprano, lo que

me obligó en el colegio a cambiarme al horario nocturno, de 19 a 23 horas.

Fue duro, salía del trabajo a las tres de la tarde, me quedaban un par de horas para descansar o estudiar y a las siete y media ya estaba en el colegio. Volvía muerto de cansancio, comía algo y a la cama. Mucho tiempo para estudiar no me quedaba, pero igual me recibí sin problemas de Perito Mercantil.

El “bichito” de la militancia

Haciendo la Secundaria tuve mi iniciación sindical. Por aquella época, la Escuela de Comercio de Quilmes estaba adscripta al Comercial de Avellaneda y, por ende, no tenía sede propia, funcionaba en una casa vieja alquilada a la que se le habían hecho unos palomares o aulas de madera.

Los alumnos comenzamos a reclamar para que la escuela fuera Nacional, no adscripta, y para que tuviera un edificio propio. Fue una larga lucha; creamos un centro de alumnos para organizarnos e incluso tuvimos el apoyo del director, ya que se trataba de un reclamo de toda la comunidad educativa.

Finalmente se logró el objetivo, conseguimos el edificio nuevo y la escuela pasó a ser la “Escuela Nacional de Comercio de Quilmes, Independencia del Perú”. Con los años mi hijo Alejandro estudió allí, y disfrutó de nuestros logros... que no fueron los únicos.

También peleamos para no tener que usar el uniforme de saco, camisa y corbata bordó, como en un colegio privado. Hasta nos organizamos para reclamar por el fin del Servicio Militar. Eso, que finalmente ocurrió cuarenta años después durante el gobierno de Menem, por

la trascendencia del caso Carrasco, nosotros ya lo pedíamos en los 50.

Realmente fue una buena experiencia, crecimos mucho organizativamente y llegamos a juntarnos con otros tres colegios para armar una coordinadora de estudiantes: el Nacional, el Normal y el Industrial.

Creo que esa experiencia despertó en mí el bichito de la militancia, me hizo entender que si uno se organiza con sus compañeros y lucha para cambiar lo que está mal, puede obtener resultados. Fue una tarea gratificante y me gustó. Y sin saberlo ni entenderlo bien todavía, fui por más.

Militante cristiano

Desde niño acompañaba a mi madre a misa todos los domingos, éramos una familia cristiana, creyente. Una vez me invitaron a una reunión juvenil cuando tenía trece años y me gustó. Me incorporé a la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Quilmes, a tres cuadras de la Cervecería, y comencé a participar en la

juventud de la Acción Católica siendo uno de los más chicos.

Hacíamos actividades deportivas, culturales, teníamos un equipo de fútbol y recuerdo que proyectábamos cine. Todos los viernes íbamos en tren a buscar los rollos de las películas –que había que devolver el lunes– y las pasábamos en nuestra parroquia y en otras capillas, para chicos y para grandes.

Había también una escuela de formación de dirigentes que funcionaba en La Plata, a la que asistíamos todos los primeros domingos de cada mes a una reunión que duraba todo el día. Ahí conocí al Padre Lucio Gera, un gran teólogo; y a Jerónimo Podestá que llegó a ser Obispo de Avellaneda y luego renunció a su cargo y abandonó el celibato para casarse con Clelia Luro. En aquellas actividades también conocí a dos grandes compañeros que luego fueron diputados provinciales y nacionales: Carlos Auyero, alguien que me marcó mucho, y el escribano Alberto Aramouni, un gran amigo hasta el día de hoy. ||

*Quilmes, 1960.
Amigos del barrio
y de la parroquia*



Rigolleau

La Cristalería fue fundada en 1882 por León Rigolleau en un galpón de la ciudad de Buenos Aires, con el modesto propósito de producir frasquitos de vidrio para la tinta, los viejos tinteros.

Fue Gastón Fourvel-Rigolleau, sobrino del fundador, quien le da un nuevo impulso cuando trae de Francia y de Bélgica crisoleos especializados en esa milenaria artesanía de producir vidrio y darle forma.

En 1906, este crecimiento obliga a trasladar el emprendimiento a una planta en Berazategui, donde se instala el primer equipo automático para la fabricación de botellas de vidrio.

La innovación da pie a una floreciente industria que absorbe mano de obra entre los vecinos y nace una simbiosis entre la población y la empresa.

En 1900 ya se producían 2000 botellas diarias, y Ferrocarril del Sud debió aumentar su frecuencia y extender las vías para facilitar las tareas de carga y descarga.

—En la Cristalería Rigolleau trabajamos todos los Custer, sin excepción. El primero fue mi padre en 1914; lo siguió mi hermano mayor, Bubi; mi madre a la muerte de papá; luego mis hermanas y finalmente Walter y yo, los dos menores.

Ingresé a los dieciséis años y el primer sector en el que trabajé fue el depósito, un gran almacén central que funcionaba en un galpón enorme, frío, donde se acopia-

ban todos los productos y se controlaba todo lo que entraba y salía de allí. En ese sector estuve siete años.

Era un espacio muy insalubre: estaba al lado del taller de Composición, un lugar donde se mezclaban las diferentes materias primas para el vidrio (cuarzo, soda solvay, arena, vidrio roto y cal) y cuando se hacían las descargas se levantaba una polvareda tóxica que inundaba el almacén.

A la fábrica entraba a las seis y cuarto de la mañana, para llegar a esa hora debía tomar el tren de Quilmes a Berazategui de las cinco y media. Reconozco que los madrugones me costaban mucho, porque después de la fábrica me iba al colegio y, sinceramente, no me quedaba demasiado tiempo ni para estudiar ni para descansar. Pero con mucho sacrificio logré terminar mis estudios secundarios sin dejar de cumplir con mi trabajo.

Mi padre había dejado un muy buen recuerdo en la fábrica. En una oportunidad, a los dieciocho años, me encargan llevar algo a la casa quinta del dueño de la cristalería, don León Rigolleau, en San Miguel. Cuando se entera de que yo era el hijo de Roberto Custer me invita a almorzar con su esposa. De pronto me veo sentado en una casa increíble, servido por mozos de guantes blancos, con tantos cubiertos que ni sabía cómo se usaban y comiendo con los patrones. Para colmo, como ellos también debían ir a Buenos Aires, me llevaron en su auto, sentado al lado del chofer.

Inicios sindicales

A la fábrica ingresamos juntos un grupo de ocho o diez jóvenes, compañeros de la Escuela de Comercio. Cumplíamos el mismo horario que los mayores pero con un menor salario, un régimen especial que no nos gustaba nada y comenzamos tímidamente a organizarnos para cambiarlo.

Eran épocas difíciles, tiempos de la Revolución Libertadora que derrocó al General Juan Domingo Perón en 1955. En la Cristalería la mayoría de los trabajadores eran peronistas, sobre todo en el sector de los obreros.

Había también un grupo de izquierda, de ideas marxistas. Uno de ellos era el ingeniero Norberto López, de La Plata, jefe de Moldería, una persona muy discreta y un jefe muy respetado, un profesional inteligente y responsable. Un militante comunista de toda la vida con el que entablé una linda amistad a pesar de que era veinte años mayor que yo.

Cada vez que tenía un ratito libre me iba a tomar un café con él y teníamos hermosas charlas sobre el Capital y el Trabajo. Yo defendía la teoría de la Iglesia de que las ganancias deberían ser repartidas entre las empresas y los trabajadores, sobre el derecho a participar de las ganancias, el “fifty-fifty” como decía Perón. Él me decía *“eso es un progreso pero se quedan a mitad de camino. El Capital no tiene derecho a hacer plusvalía con el trabajo del obrero”*. En esos ratitos, en un alto en el trabajo, yo recibí de ese gran compañero mis primeras clases de marxismo y entendí los conceptos de materialismo histórico, lucha de clases, enajenación, plusvalía, clase proletaria y explotación.

Por ese entonces, otro compañero llamado Alfredo Corné, un radical, gran per-

sona —después fuimos compadres— empieza a alentarme a comprometerme en lo sindical. Y le hago caso, de a poco me voy interesando en los problemas que había en mi sector y al año y medio de entrar, ya me habían elegido delegado de Almacenes.

Fue una situación extraña que hubiera un Custer sindicalista. Para algunos resultaba casi un contrasentido por la vieja relación que existía entre mi familia y la empresa. Por esa relación casi personal con la fábrica y sus dueños, por el prestigio de mi padre, por todos mis hermanos que habían trabajado en la cristalería, por mi propia madre, esperarían de mí una actitud más pro empresa, más cercana a los patrones.

Pero esa era la mirada de los directivos y los supervisores, no la de mis compañeros ni la de mi familia. En mi casa, mi madre me apoyaba. Era una santa y respetaba lo que nosotros hacíamos. Siempre decía: *“Tenés que ser honesto y responsable, lo demás son tus opciones”*. Además ya se había acostumbrado a que yo tomara ese tipo de decisiones. Me había visto comprometerme en la Escuela Comercial, me veía participar en la Iglesia, era de esperar que en mi trabajo hiciera lo mismo. Y a mí siempre me gustó pensar que ella estaba contenta con todo lo que yo hacía.

Uno de nuestros principales reclamos era el tema de salubridad, sobre todo de los que trabajábamos en el Almacén. Esa nube blanca que venía de Composición llena de cuarzo y soda solvay era un riesgo para nuestra salud.

Normalmente nos reuníamos con el jefe de personal, Juan Carlos Haubsmann, un buen hombre que se manejaba bien. El gerente, en cambio, era más difícil. Pero se puede decir que había diálogo, que nos respetaban. Por supuesto, tal vez íbamos con diez pedidos y obteníamos solo dos,

pero siempre volvíamos con algún derecho adquirido.

Uno de nuestros principales logros fue el cambio de horario. Teníamos un horario partido, de 7 a 11 y de 13 a 17, y en esas dos horas intermedias me iba a casa a almorzar y volvía, ida y vuelta en el tren.

Después de mucha pelea logramos el horario corrido, de 6.15 a 14.45 horas, con veinte minutos de interrupción para descansar y almorzar. Y más adelante conseguimos eliminar el sábado inglés –en el que se trabajaba hasta el mediodía– y sólo íbamos a la fábrica de lunes a viernes.

A los dos años y medio, paso a integrar como secretario la Comisión Interna, cons-

tituida por delegados de dieciocho o veinte secciones de la fábrica. Todos pertenecíamos a la seccional Quilmes-Berazategui del Sindicato de Empleados del Vidrio (SEIVARA), integrada por empleados de las empresas Rigolleau –la más grande–, Catorini, Vidart y una cooperativa de Ezpeleta llamada Estrella, entre otras. Tendríamos unos 1.600 afiliados en la seccional, de los cuales 1.000 eran de Rigolleau.

SEIVARA era un típica organización sindical de la época, con mayoría peronista, pero en la que también había grupos de izquierda y algún que otro radical como Serafín Rodríguez, el secretario General. Era un sindicato bastante pluralista, integrado por supervisores, administrativos y técnicos.

Frente de la planta de Rigolleau en Berazategui ▼



En la fábrica también funcionaba el sindicato de los operarios, el Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio y Afines (SOIVA), que era el mayoritario. Nosotros seríamos 1100 y ellos 2000, o 2500. Compartíamos la Obra Social pero nunca pudimos unirnos como Federación o sindicato único, supongo que por diferencias culturales, distintas tradiciones. Lo cierto es que nuestras reivindicaciones iban atadas a las suyas que tenían más fuerza para conseguirlas.

Secretario General a los 19 años

A fines de los cincuenta gobernaba el país Arturo Frondizi, elegido en las primeras elecciones democráticas luego de la Revolución Libertadora que derrocó al gobierno peronista.

El radical desarrollista habría logrado un acuerdo con el General Perón en el exilio, que le permitió recibir los votos del peronismo proscripto y ganar las elecciones con la Unión Cívica Radical Intransigente.

Eran tiempos de gran ajuste comandados por el ministro de Economía, Álvaro Alsogaray, quien con su famosa frase “Hay que pasar el invierno” invitaba a soportar la crisis sin chistar.

El doctor Frondizi, considerado un gran estadista, comenzó su gobierno con una visión muy clara del desarrollo del país, pero terminó con una situación política caracterizada por la crisis, el ajuste, los acuerdos con el FMI y la represión implementada con el Plan CONINTES (Comoción Interna del Estado).

Por su parte, el sindicalismo que había gozado de las mieles del poder con el gobierno popular, por un lado estaba a la defensiva, pero por otro encaraba la resis-

tencia reclamando el fin de la proscripción y el retorno del General.

En esos años se desarrollan grandes luchas de los trabajadores: las huelgas de los ferroviarios, los bancarios, la toma y represión en el Frigorífico Lisandro de la Torre y el proceso de normalización de la CGT que comienza con los plenarios del 58 y la entrega del edificio histórico de la calle Azopardo en 1961.

—En ese contexto político hay elecciones en el gremio en 1958 y me proponen como candidato a secretario General de la Seccional Quilmes-Berazategui por una lista única, de consenso. Y fue así que con 19 años quedé a cargo de la conducción de la seccional.

Allí la tarea era básicamente coordinar la lucha, teniendo en cuenta la desigualdad que había entre las empresas más grandes como Rigolleau y las más chicas. El esfuerzo estaba centrado en lograr que los desniveles no fueran tan notorios. Había acuerdos paritarios que la cristalería Rigolleau cumplía sin problemas, pero para las más chicas eran casi imposibles de afrontar.

Para mí, con mi juventud —yo era el más joven del sindicato— fue una gran experiencia humana y política, pero también un gran sacrificio porque todo el trabajo era meritorio. En esa época los dirigentes gremiales, por lo menos en nuestro gremio, no tenían licencia gremial. Había que marcar tarjeta en la fábrica y llevar adelante las tareas sindicales ahí mismo, o después de trabajar. Excepcionalmente se pedía autorización para ir a visitar otra fábrica o para asistir a alguna reunión puntual en el sindicato. Trabajar ocho horas y media en el Almacén y luego dedicarme a la militancia gremial representaba un gran esfuerzo. Demás está decir que pasaban los años y yo nunca ascendía; por mi con-

dición de sindicalista y por ser el Custer rebelde, me congelaron en el cargo.

A veces pienso que me dieron a mí esa responsabilidad en el gremio porque nadie quería trabajar tanto. Además, no había mucho interés de la Comisión Directiva en ligarse al resto del movimiento sindical.

Como secretario General de la seccional comencé a participar también de la CGT Regional Quilmes-Berazategui, conformada principalmente por trabajadores cerveceros, metalúrgicos, textiles y nosotros, los del vidrio. En menor cantidad había compañeros municipales, de Sanidad y de algunas otras organizaciones.

En la Regional tuve el gusto de conocer al metalúrgico Miguel Ángel Citati y a Ángel Menna de los textiles, dos dirigentes muy destacados que llegaron a ser diputados provinciales.

Fueron años difíciles a nivel político nacional porque Frondizi había nombrado como ministro de Economía a Álvaro Alsogaray, que llevaba adelante una política de ajuste permanente en el marco de una gran crisis económica. Si bien se había restablecido la democracia, Perón estaba exiliado y seguía proscrito, el sindicalismo mayoritariamente peronista se enfrentó al gobierno desarrollista de Frondizi, luego hubo represión con el CONINTES y nuevamente otro golpe de Estado.

Los días felices para el pueblo trabajador habían quedado atrás y el país oscilaba entre dictaduras y gobiernos democráticos limitados y débiles.

A la Conducción Nacional con 22 años

Dos años después de mi participación en la Regional, se realizan nuevas

elecciones en el sindicato y paso a integrar la conducción nacional como responsable de la Secretaría de Interior, entre los años 60 y 62, cuando el radical Seraffín Rodríguez era el secretario General.

Ahí el sacrificio era mayor, porque a la salida del trabajo tenía que viajar de Quilmes a Boedo en Capital Federal. En la comisión nadie tenía auto y sólo el secretario General y el Adjunto estaban rentados por el sindicato para dedicarse a tiempo completo.

SEIVARA tendría 4.000 afiliados, de los cuales 1.600 eran de nuestra seccional, de modo que en la conducción nacional éramos tres o cuatro compañeros de Quilmes-Berazategui. Tenía seccionales en Santa Fe, Córdoba, Rosario, Mendoza y dos en la provincia de Buenos Aires: Norte-Hurlingham y la nuestra, Quilmes-Berazategui, la más grande.

Recuerdo que a raíz de un conflicto en la fábrica de azulejos de Hurlingham tuvimos oportunidad de hablar con el presidente de la República, el Dr. Arturo Illia.

Mi tarea principal era fortalecer la afiliación, recorrer seccionales, pero sobre todo, detectar pequeñas empresas del vidrio no registradas, o que en caso de estarlo, sus trabajadores no se hubiesen afiliado.

En esos años la industria estaba en expansión, fundamentalmente por la aparición del vidrio Pyrex que podía usarse en el horno, lo que incrementó el número de fábricas y por lo tanto de afiliados a nuestro gremio.

Por entonces las gestiones duraban sólo dos años; en el 62 hay nuevas elecciones y me mantengo en la conducción nacional, pero este período en la Secretaría de Organización. Paralelamente fui

designado paritario nacional, llegando a presidir una Asamblea Anual de afiliados. Y fui también delegado en la CGT en el año 61, cuando los militares que dan el golpe a Frondizi entregan el edificio de la Central en la calle Azopardo y termina la intervención dando pie al proceso de normalización.

Mi primer viaje a Europa

En el año 62 pido una licencia en Rigo-leau y en el sindicato para hacer un curso en España relacionado con mi militancia católica, que nunca había dejado de lado.

Más allá de mi compromiso con el sindicato del vidrio, siempre seguí ligado a la Iglesia a través de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, que estaba a cuatro cuadras de casa, participando con los jóvenes en la Acción Católica.

Por esa época se crea el Obispado de Avellaneda y asume Monseñor Emilio Di Pasquo, quien había sido obispo de San Luis. Una persona excepcional, un progresista; sencillo, bueno, muy comprometido, asesor de la Juventud Obrera Católica y muy ligado al mundo del Trabajo.

Como parte de la Juventud Católica, paso a integrar la comisión organizadora del nuevo obispado, junto a Eleuterio Cardozo del sindicato de la carne y Mario Seijo del sindicato de la construcción y concejal de Avellaneda por la Democracia Cristiana. Ejerciendo esa función, nos toca ir a San Luis en un viejo avión DC 3 a buscar al flamante obispo y al gobernador de la provincia puntana, el frondicista Alberto Domeniconi. Al otro día tuve el honor de compartir un café y una linda charla con el gobernador en la mítica confitería La Real de Avellaneda. La misma en la que mataron a Rosendo García, un sin-

dicalista metalúrgico, episodio tan bien narrado años después por Rodolfo Walsh en su libro *¿Quién mató a Rosendo?*

Ese mismo año, el recientemente asumido obispo Di Pasquo establece relaciones con el Movimiento de Acción Social, una organización española dedicada a ayudar al mundo de los trabajadores con la conformación de cooperativas, cursos y planes de viviendas, creada por el padre Abundio García Román. El obispado recibe una invitación para que seis jóvenes participen de un curso de tres meses, organizado por el Instituto Cultural Hispanoamericano en Madrid. Tuve la suerte de ser elegido y viajé en barco a Europa junto a más de cuarenta jóvenes de toda Latinoamérica. Una experiencia muy interesante que me permitió ampliar mi visión en muchos aspectos.

Cada quince días hacíamos turismo cultural, salidas que me permitieron conocer Barcelona, Granada y Madrid. Estando en Andalucía gané una rifa que me permitió viajar durante dos meses por el resto de Europa.

Primera visita al Vaticano

En ese viaje iniciático por Europa de 1962 visité Roma, donde gracias a la gestión de un sacerdote amigo que cumplía funciones en el Vaticano, fui invitado a sumarme a una comitiva de la Diócesis de Milán —encabezada por su arzobispo, el Cardenal Montini—, que iba a ser recibida por el Papa Juan XXIII. Por supuesto que se trató solamente de un saludo protocolar, apenas le di la mano. Lo curioso fue que el ujier, una suerte de portero del Palacio Pontificio, antes de ubicarnos donde Su Santidad nos recibiría, me dijo en italiano que iba a tener la suerte de ver a dos papas juntos. En ese momento no entendí qué me quería decir, porque papa había uno solo,



▲ Berazategui,
provincia de Buenos
Aires. Cristalerías
Rigolleau

pero un año y medio después muere Juan XXIII y es elegido Paulo VI en su reemplazo.

¿Quién era Paulo VI? El ex Arzobispo de Milán, el Cardenal Montini, aquél que encabezaba esa comitiva recibida por Juan XXIII. No sé cómo el ujier pudo saber lo que iba a pasar, pero tal cual me anticipó, me encontré al mismo tiempo con dos hombres que estuvieron al frente de la Iglesia Católica Universal.

Pablo VI fue un hombre bueno que se comprometió con el Concilio Vaticano II y que sufrió mucho por las contradicciones y diferentes corrientes de la Iglesia. Aunque personalmente discrepo con su Encíclica “*Humanun Vitae*” –muy controvertida–, le guardo mucho respeto por los grandes documentos que produjo, entre otros, “*Populorum progressio*” (El Desarrollo de los Pueblos). Además fue un impulsor de la Paz, la Justicia Social Internacional, los Derechos Humanos y el Ecumenismo.

Nunca me imaginé en esa primera visita al Vaticano, que por esas vueltas del destino conocería a otros tres Sumos Pontífices.

1963: El Congreso normalizador de la CGT

A comienzos de 1963 el país era gobernado por José María Guido –primero en la línea de sucesión por ser presidente de la Cámara de Senadores–, en reemplazo de Arturo Frondizi luego del golpe militar de marzo de 1962.

La Confederación General del Trabajo (CGT) venía funcionando desde 1961 bajo la conducción de la llamada “Comisión de los 20”, formada por diez gremios pertenecientes a las 62 Organizaciones Peronistas y otros diez del grupo de los Independientes.

Referentes de las 62 eran el textil Andrés Framini y el metalúrgico Augusto Vador; mientras que Riego Ribas, gráfico, y Arturo Staffolani de La Fraternidad, lideraban a los Independientes. Quedaron afuera de la conducción los comunistas y algunos que pertenecían al M.U.C.S. (Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical).

En aquellos años, la CGT emprendió un prolongado plan de lucha destinado a

implementarse en sucesivas etapas. Los reclamos que lo inspiraban contenían aumentos de salarios, control de precios, plena ocupación y reincorporación de cesanteados, entre otras demandas. El plan, que abarcó tanto la dictadura blanda de Guido como el posterior gobierno democrático de Illia, consistió en paros y concentraciones, ocupaciones pacíficas de fábricas y realización de cabildos abiertos que convirtieron a la CGT en un factor de poder.

En enero de 1963 Custer fue delegado del SEIVARA en el Congreso Normalizador de la CGT a nivel nacional, en el cual se lanzó el “Plan de lucha” mencionado. Con 23 años tuvo el honor de ser el delegado más joven. En este congreso también se aprobaron los estatutos, y se eligió a José Alonso (Vestidos) como secretario General y a Riego Ribas como su adjunto.

—Se realizó en un hotel de la avenida Callao, que pertenecía a Luz y Fuerza. Tengo fresca la imagen de Ribas una vez finalizado el Congreso en el que había sido elegido secretario General Adjunto, yendo a tomar el colectivo. Un dirigente ejemplar, humilde, honesto.

Recuerdo también al maestro Osvaldo Pugliese, en representación del sindicato de músicos, participando con gran oratoria. Lo mismo que a grandes sindicalistas como Julio Guillán, Lorenzo Pepe, Adalberto Wimer, Alberto Campos de la UOM, y ni hablar de Andrés Framini, un prócer.

Mi sindicato estaba entre los Independientes porque era pluralista, no se reconocía peronista. De hecho, nuestro secretario general era radical. Como congresal tuve una intervención muy breve. Denuncié un tema que me preocupaba porque lo había sufrido en carne propia: la injusticia que se cometía con los menores obli-

gados a trabajar como los mayores —aunque lo prohibiera la ley—, pero cobrando menos.

De esa participación me queda una anécdota. Meses antes de la realización del Congreso habían detenido y desaparecido al metalúrgico Felipe Vallese; a mí se me ocurre que había que hacerle un homenaje y se lo propongo a José Alonso, candidato a ser electo secretario General de la Central. En el transcurso del Congreso pide la palabra, habla del secuestro y propone el homenaje que fue muy bien recibido.

Final de una etapa

Este año se ahondaron mis diferencias con la conducción del gremio. Eran gente honesta, buenas personas, pero un poco burócratas. Me sentía más representado por un grupo de jóvenes que asomaban tras la figura de Alfonso Millán. En las elecciones del 64 apoyo la renovación que representaba Millán, pero en esa oportunidad no se pudo ganar. La oposición alcanza el triunfo recién en el 66, y asumen esos jóvenes que venían con ganas de cambiarle la cara al sindicato del Vidrio.

Además de esas diferencias en el seno del gremio, yo me veía sin futuro en la empresa. Mi condición de trabajador no mejoraba, los prejuicios de los directivos hacia mi persona continuaban y tampoco me sentía cómodo en el sindicato. Por otro lado, el esfuerzo de trabajar en la fábrica y luego militar en el sindicato, viajando todo el día, era extenuante.

Finalmente en 1963 tomo la decisión de renunciar a la Cristalería Rigolleau, aunque sigo en el sindicato colaborando casi un año y medio más, hasta que se vence mi mandato. Comienzo a ganarme la vida haciendo distintas changas: les ven-

día a los mecánicos un producto que servía para sacarse la grasa de las manos y fui vendedor de libros para la editorial Difusión del Buen Libro, que todavía existe.

El 63 fue un año duro. La salida de

Rigolleau —con tanta tradición en la vida familiar—, lo que parecía ser el fin de una etapa sindical, ganarme el sustento con nuevos oficios... pero por sobre todo eso un golpe durísimo, una tristeza enorme: la muerte de mi madre. ||

La Democracia Cristiana

Democracia Cristiana

El Partido Demócrata Cristiano (PDC) de la Argentina fue fundado en 1954 como la expresión político partidaria del socialcristianismo aconfesional. Según su base doctrinaria, aspira a concretar una concepción humanista y social de la vida ciudadana a través de la democracia. Se basa en una visión de la humanidad que atribuye al hombre la dignidad, la diversidad, la equivalencia y la imperfección como la criatura de Dios y deriva valores básicos como la libertad, la participación democrática, la justicia social y la solidaridad.

Originalmente enfrentado al peronismo, con los años fue acercando posiciones y en más de una oportunidad fueron en alianza a las elecciones nacionales.

—Ya desde fines de los cincuenta tenía relaciones con los sectores de militancia cristiana en la política, a través de compañeros que conocía de la Juventud de Acción Católica.

Primero me relaciono con gente del Partido Social Demócrata, encabezado por el ingeniero Juvenal Toro y Juan Luis Alvarado, un neo peronista que más tarde fue gobernador de San Juan. Eran compañeros con una visión social y cristiana, que se diferenciaban de la línea del Partido Demócrata Cristiano oficial. Por entonces, yo era un jovencito de 18 o 19 años rodeado de gente mayor,

pero nuestra relación política duró poco tiempo.

Otro grupo disidente del Partido era la Unión Federal Demócrata Cristiana, un sector dirigido por Basilio Serrano, con una visión demasiado nacionalista.

La línea oficial del Partido, por su parte, tenía una postura muy liberal y bastante antiperonista. Entre los fundadores estaban Manuel Ordóñez —abogado del diario *La Prensa*—, Lucas Ayarragaray y Francisco “Pancho” Ramos Mejía.

En esa misma época surge dentro del partido un grupo joven entre los que se encontraban el cordobés Horacio Sueldo; Augusto Conte Mac Donell; Guillermo Frugoni Rey; Francisco “Pancho” Cerro, luego senador santiagueño; Arturo Ponsati de Tucumán; Juan José Torres Bas de Córdoba; Carlos Auyero, Alberto Aramouni y Enrique de Vedia de la Provincia de Buenos Aires. Esta corriente aspiraba a renovar el PDC.

Atraído por esa renovación me afilio en el año 59, y me sumo a esos jóvenes que en una famosa Convención realizada en Bahía Blanca consiguen imponerse a los fundadores, ganándoles el Partido y dan el puntapié inicial para una etapa nueva en la Democracia Cristiana de la que yo formo parte.

Mi principal participación siempre se dio en la rama de los trabajadores, en lo que se llamó Departamento Sindical y

luego tomó el nombre de Movimiento de Trabajadores Demócratas Cristianos. Compartí militancia con grandes compañeros: Gabino Novoa de los Municipales, José Pepe Neira de Telefónicos, Humberto Mariani de Papeleros, José Luis Alonso del SUTEP y Domingo Delledera de Locutores, entre otros.

Por entonces Arturo Frondizi había sido derrocado por un golpe militar. José María Guido, su sucesor, luego de un breve mandato de poco más de un año convoca a elecciones con el peronismo nuevamente proscrito y Perón en el exilio.

Los comicios se realizan en 1963 y gana Arturo Illia, de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), con un magro 25% de los votos.

Los demócratas cristianos habíamos hecho un intento de unirnos con el Peronismo mediante de una alianza con Raúl Matera, delegado de Perón, pero la propuesta no fue aceptada. Finalmente el Partido Demócrata Cristiano se presenta con la fórmula Horacio Sueldo y Francisco Cerro, dos grandes dirigentes, y hace una más que interesante elección. Logra ubicar siete diputados nacionales —entre ellos Enrique de Vedia—, dos senadores de la Nación y dos diputados en la Provincia de Buenos Aires.

Uno de esos diputados provinciales era Carlos Auyero, a quien yo ya conocía de la Juventud de Acción Católica desde el año 55 o el 56. A fines del 63 me invita a trabajar en la Legislatura Bonaerense, y a partir del 2 de enero del 64 me incorporo a su equipo.

Otra vez volvía a subirme al tren Roca todos los días, pero esta vez con destino a La Plata. Me convertía en trabajador estatal y empezaba una nueva etapa de mi vida.

Trabajador de la Legislatura

Mi experiencia en la Legislatura fue muy buena pero duró muy poco. Ingresé a principios del 64 y terminé a mediados del 66, cuando un nuevo golpe militar derrocó a Arturo Illia y, naturalmente, cerró la Legislatura. Fueron sólo dos años y medio, prácticamente lo que duró la democracia.

Mi principal tarea era asesorar a Auyero en la cuestión sindical, en el relacionamiento con otras fuerzas políticas y en las tareas propias de la Legislatura: preparación de proyectos, seguimiento de comisiones, preparación de las sesiones, entre algunas otras.

Había mucho trabajo porque el bloque de la Democracia Cristiana contaba sólo con dos diputados —el otro era Ernesto Cifuentes, de Vicente López—, y había que desdoblarse en la tarea.

Destaco de la gestión un proyecto muy progresista de cogestión de las empresas en la Provincia, inspirado en la experiencia de cogestión del gobierno de Alemania y en el artículo 14 bis de la Constitución Nacional, incluido en 1957.

Otra tarea valiosa fue la de atender siempre a los trabajadores que pedían entrevistas. Recuerdo una oportunidad en que recibimos a un grupo de treinta metalúrgicos por un conflicto gremial, que vinieron encabezados por Rosendo García, secretario General Adjunto de la UOM Nacional.

El bloque y ambos diputados hicieron una buena tarea, se trabajó muchísimo. En especial Auyero, que hizo una gran diputación. Guardo de él un gran recuerdo, no sólo por nuestra amistad, sino porque demostró ser un hombre probo que venía de un hogar humilde de clase

media y siempre fue fiel a esos sectores sociales; un hombre de gran coherencia, del ala más progresista de la Democracia Cristiana junto a Augusto Conte Mac Donnell, Alberto Aramouni y Guillermo Frugoni Rey.

En 1961 me invitan al Congreso Internacional de la Democracia Cristiana que se realiza en Santiago de Chile, donde tengo la oportunidad de conocer a Rado-miro Tomic, candidato a presidente en las elecciones de 1970 que ganaría Salvador Allende, y al doctor Eduardo Frei, un gran político demócrata cristiano, que sería pre-

sidente de Chile entre 1964 y el año 1970.

Mi compromiso con la Democracia Cristiana dura hasta 1973. Por esos años se había dividido en dos partidos: el Partido Popular Cristiano, cuya figura más importante era José Antonio Allende—presidente provisional del Senado entre 1973 y 1975—; y el Partido Revolucionario Cristiano, encabezado por Horacio Sueldo.

Con la división conservé amigos en ambos lados; pero a esa altura ya no me sentía muy representado y decidí afiliarme al Partido Justicialista. Corría el año 1974. ||

▼ Santiago de Chile, 1961. Congreso de la IDC



Los orígenes de la Unión Personal Civil de la Nación (UPCN) se remontan al siglo pasado, los encontramos en la Liga Argentina de Empleados Públicos, una entidad que desarrollaba actividades mutuales, culturales y deportivas.

Durante 1948, cuando el por entonces Coronel Perón dirigía la Secretaría de Trabajo y Previsión, esa Liga empieza a transformarse en una organización sindical, obtiene la personería gremial N° 95 y adopta su nombre actual, ya como sindicato de los trabajadores estatales.

En el año 1964 era conducido a nivel nacional por Saturnino Soto en calidad de secretario General y por Amancio Pafundi, como secretario General Adjunto. Muchos años después Pafundi se pasa a ATE, organización en la que llegará a presidir el Centro Nacional de Jubilados y Pensionados.

—Como empleado de la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, me afilié a UPCN en la seccional La Plata a principios de 1964.

Era un afiliado común, sin demasiada relación con la seccional ni con el sindicato. En UPCN sólo conocía a Dora García, una excelente compañera de Lanús con la que compartimos la militancia pastoral. Dora era delegada general de Migraciones y estaba muy conectada con las autoridades nacionales del sindicato.

Al enterarse que me había afiliado a

UPCN insistió para presentarme a las autoridades nacionales, Saturnino Soto y Amancio Pafundi. Apenas los conocí me cayeron bien, y calculo que yo a ellos, porque establecimos una muy buena relación, de mucho respeto, especialmente con Amancio, con quien construimos una gran amistad.

Comienzo a relacionarme con los compañeros estatales y a frecuentar la sede nacional de la Unión en Capital Federal, a la par que realizaba mi tarea con Auyero en la Legislatura.

Saturnino Soto, el secretario General, era un compañero peronista, nacionalista y católico; lo recuerdo siempre con su traje cruzado y un maletín. Siempre nos tratábamos de usted. También tuve la suerte de conocer a Eduardo Estévez, un hombre con el que por esas vueltas de la vida, transitamos juntos tiempo después un largo camino por la CLAT, la CLATE y la CMT. Otro compañero que con los años se terminó pasando a ATE.

No me quiero olvidar de Jesús González ni de Juan Carlos Schmid, de la llamada seccional 381 del sindicato: Personal Embarcado de Dragado, Balizamiento y Vías Navegables. Años después se separan de UPCN y forman el sindicato que aún hoy conduce Juan Carlos Schmid.

Cuando apenas llevaba un poco más de un año de afiliado, me ofrecen sumarme a la lista de la conducción nacional para

las elecciones de 1965, como candidato a secretario de Organización.

Con tan corta historia en el sindicato, el ofrecimiento tuvo que ver con las referencias de Dora, con mi experiencia en otra organización sindical, con los aportes que pude haber hecho en ese poco tiempo y, en especial, con mi vocación de ayudar a transformar, de comprometerme.

Nuestra lista triunfa en las elecciones y me sumo a UPCN en una secretaría clave, aunque mi aporte no estuvo tan relacionado a lo gremial, sino a lo organizativo interno.

Fue una época de decadencia para UPCN. Se producían muchas renuncias y se fue una gran cantidad de sectores que armaron sus propios sindicatos: Correos, Dragado y Balizamiento, Obras Sanitarias y Lotería, entre otros. Florecían los sindicatos paralelos, si no me equivoco nacieron cincuenta nuevas organizaciones, que eran desgajamientos de UPCN y, calculo, de ATE también.

Amancio Pafundi

Mi gran amigo en UPCN fue Amancio Pafundi, una persona extraordinaria, un gran dirigente, un hombre honesto y responsable. Muy formado, muy comprometido.

Saturnino Soto era muy buena persona, decente pero muy moderado. Pafundi en cambio era un compañero combativo. Pertenecía a Minería y trabajaba en la Isla Demarchi, ese sitio fundacional de ATE, del que también surgieron compañeros históricos como Víctor De Gennaro y Germán Abdala, mis referentes y hermanos.

El destino quiso que Amancio y yo pasáramos de UPCN a ATE, donde vol-

vimos a coincidir en nuestra militancia de trabajadores estatales. Pafundi fue un gran impulsor del Centro Nacional de Jubilados y Pensionados de ATE en los años noventa, cuando yo integraba el Consejo Directivo Nacional. Compartimos la militancia en ambos gremios y fuimos parte también del nacimiento de la CLATE y de la CGT de los Argentinos. Para mí fue un verdadero orgullo haber luchado a su lado.

El golpe de Onganía

El 28 de junio de 1966 la Argentina sufre un nuevo golpe militar autodenominado Revolución Argentina que destituye al presidente radical Arturo Illia, a menos de tres años de su asunción.

El régimen militar, que pretendió establecerse como un sistema dictatorial de tipo permanente—no provisional como los anteriores—, duró siete años durante los que hubo tres presidentes de facto: Juan Carlos Onganía (66/70), Roberto Marcelo Levingston (70/71) y Alejandro Agustín Lanusse (71/73).

El gobierno de facto repitió el libreto de otras dictaduras: supresión de los partidos políticos, intervención de los sindicatos, prohibición de las huelgas y represión generalizada. Pero encontró una fuerte resistencia entre los estudiantes y universitarios (La noche de los Bastones Largos), la CGT de los Argentinos con su puebladas (Correntinazo, Rosariazo y Cordobazo, entre otros) y el nacimiento de las organizaciones guerrilleras.

Su ciclo finalizó con el triunfo del FRE-JULI (Frente Justicialista de Liberación) encabezado por Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima, que obtuvo el 49, 56% de los votos.

–Mi experiencia en la Legislatura termina en junio de 1966 con el golpe de Onganía al gobierno democrático de Arturo Illia.

Siempre reivindicé mucho la figura de Illia, porque además de haber sido un hombre de una honestidad intachable, había tomado dos medidas muy serias: la anulación de los contratos petroleros firmados por Frondizi, y la ley de Salud Pública y la política de medicamentos de Arturo Oñativia, un ministro extraordinario. Tocó dos sectores claves: el petróleo y los medicamentos. Eran políticas que afectaban a las grandes multinacionales petroleras y farmacéuticas.

A esto hay que agregarle los intereses económicos, la adhesión posterior de nuestro país y de Brasil a la Doctrina de Seguridad Nacional que proponía EE.UU. y el resultado de las elecciones legislativas del 65 en las que gana la alianza Unión Popular.

Sin olvidar, por supuesto, la campaña de desprestigio hacia el presidente Illia presentándolo como una tortuga, durmiendo la siesta, tomando té de peperina, en fin, deslizándose que era lento y que su caída era inevitable.

Tampoco se puede negar que hubo un sector sindical colaboracionista con los golpistas, una corriente “participacionista” que tuvo cierta implicación en los hechos.

Sin ir más lejos, tres o cuatro semanas antes del golpe se inaugura un local sindical –no recuerdo cuál–, al que asisten el general Lanusse, Jefe del Comando del Primer Cuerpo de Ejército, y otros generales más. Y cuando asume el General Juan Carlos Onganía, muchos sindicalistas, con Augusto Vandor a la cabeza, asisten a la jura... de una dictadura militar.

El golpe conllevó la disolución del Congreso, la intervención de la CGT y de muchos sindicatos, la implantación de una ley de Obras Sociales acordada con las empresas y los sindicatos “participacionistas” y una gran represión, como es propio de un gobierno reaccionario.

El sindicalismo estaba dividido entre los que apoyaban, y los que se oponían al golpe. La CGT intenta en dos oportunidades normalizar su situación mediante congresos que no llegan a realizarse y la “normalización” se posterga hasta marzo de 1968.

UPCN, conducido principalmente con la impronta de Amancio Pafundi, resiste a la dictadura, se opone al participacionismo y termina siendo uno de los protagonistas del surgimiento de la famosa CGT de los Argentinos en 1968.

Era una época de despidos y ajuste. De esos días recuerdo un conflicto grande en el sector Salud, durante el que compartí la lucha con Rodolfo “El Vasco” Arrechea, del Hospital Rivadavia. El Vasco será otro más de los que se pasen a ATE, acompañando años más tarde a Germán Abdala en la seccional Capital.

En lo personal, a pesar de ser secretario de Organización, empiezo a dedicarme más a las relaciones internacionales y tengo activa participación en lo que fue el nacimiento de la Confederación Latinoamericana y del Caribe de Trabajadores Estatales (CLATE) en 1967.

El Hospital Borda

Sin trabajo por el cierre de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, en el año 66 me presento a un concurso para trabajar en el área de Salud Mental en el Hospital Neurosiquiátrico Dr. José T

Borda. El Ministerio de Salud tenía direcciones de distintas áreas, una era la Dirección Nacional de Salud Mental que tenía su base administrativa y operativa en este hospital.

Los compañeros de UPCN me pasaron el dato del concurso, me presenté y tuve la suerte de salir segundo. Pasé a planta permanente junto a un grupo de más de treinta aspirantes, para realizar tareas

administrativas en una categoría media, escribiendo a máquina, haciendo informes y otras tareas.

Seguía siendo afiliado y dirigente nacional de la Unión Personal Civil de la Nación y empleado estatal. Ya no de la Legislatura Bonaerense, ahora del Ministerio de Salud de la Nación. Tenía 28 años, estaba recién casado, con una hija pequeña, Gabriela, y otro hijo en camino. ||

El Congreso fundacional de la CLATE

Desde 1965 UPCN venía realizando contactos con distintas organizaciones de trabajadores estatales hermanas, principalmente de Uruguay y de Chile. En particular con la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) de Chile y con la Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado (COFE) de Uruguay. Al principio mediante cartas y comunicaciones telefónicas, luego comenzarían los primeros viajes y visitas a cada país, para estrechar relaciones y darle forma a la idea de conformar una Confederación que reuniera a los sindicatos de trabajadores del Estado, empleados fiscales, funcionarios o servidores públicos –según las denominaciones locales– de los países de Latinoamérica.

Por aquellos años, en América Latina se respiraba una atmósfera de Guerra Fría, dictaduras y gobiernos conservadores. Muchos sindicatos de trabajadores estatales latinoamericanos estaban intervenidos; otros tenían prohibida o limitada la posibilidad de sindicalizarse.

En ese difícil contexto surgieron los primeros contactos, a raíz de la visita de una delegación de UPCN a Chile y del arribo de una comisión de la COFE a Buenos Aires. Sin olvidar los contactos epistolares con organizaciones de Brasil, Paraguay, Bolivia, Colombia y Ecuador. Se estaba gestando una confederación que aglutinara a los sindicatos de estatales latinoamericanos.

—A Chile fuimos con Amancio Pafundi en misión internacional en el año 65, para

visitar la ANEF y consolidar la relación. Tuvimos el gusto de entrevistarnos con dos referentes del gremialismo chileno: Clotario Blest, presidente de la Confederación Unitaria de Trabajadores de Chile (CUT), y Tucapel Jiménez Alfaro, presidente de la ANEF, a quien yo había conocido un par de años atrás.

Tuve el placer de convertirme con los años en amigo de Tucapel. Un ser verdaderamente excepcional, un hombre de una gran decencia, que años después sufrió una muerte horrible a manos de la DINA, la dirección de Inteligencia del dictador Pinochet. A pesar de ser el presidente de la ANEF, Tucapel se sostenía manejando un taxi. Luego del derrocamiento de Allende, cuando se encontraba precisamente haciendo su trabajo, suben dos sicarios a su taxi y lo degüellan. Fue un crimen político, no quedaron dudas. Al cumplirse los cincuenta años de la fundación de la CLATE en febrero del año 2017, se realizó un congreso en Cartagena de Indias, Colombia, y le hicimos un merecido homenaje del que participó su hijo, hoy diputado nacional en Chile, que lleva su mismo nombre.

En la COFE uruguaya, por su parte, el referente era Luis Iguini, uno de sus fundadores y el primer secretario General que tuvo la Confederación. Otro grande al que en el año 2018 le hicieron un homenaje por sus 90 años de vida, del que tuve el gusto de participar.

También se establecieron relaciones

con la Confederación de Servidores Públicos del Brasil donde había dos grandes líderes, Bisnair Maiani y Helio de Mello. De la misma manera habíamos hecho contactos con organizaciones bolivianas y paraguayas. El problema fue que en Bolivia estaba prohibido sindicalizarse y en Paraguay el sindicato estatal era una seccional del Partido Colorado, así que no se podía contar mucho con ellos.

En los preparativos del congreso latinoamericano de estatales, viajo a Venezuela para entrevistarme con los compañeros de ese país (UNEP), de Ecuador (CONTE) y de Perú (CONSEPP), donde fui reconocido con la mención de “Socio de Honor” de esas organizaciones.

En ese mismo año se realiza un encuen-

tro en la sede de UPCN, del que también participo, y se avanza aún más en la decisión de armar la Confederación. La intención era realizar el Congreso en el año 66, pero el golpe de Onganía nos obligó a suspenderlo hasta el año siguiente.

Finalmente el Congreso Fundacional se realiza en el verano de 1967 en la localidad de Chapadmalal, en la costa atlántica bonaerense, a treinta kilómetros de Mar del Plata, con la participación de organizaciones sindicales de trece países.

Las referencias fueron Saturnino Soto, Amancio Pafundi y José María Saravia (UPCN Argentina); Luis Iguini (COFE Uruguay), Ricardo Bayardo González y Héctor Santibáñez (ANEF-Chile); compañeros de la Asociación de Empleados y Obreros Municipales de Uruguay (ADEOM Uruguay) y Bisnair Maiani y Helio de Mello (CSPB-Brasil), esta última, la más representativa de todas las organizaciones en términos numéricos.

Esas organizaciones fueron las fundadoras y hoy, junto a ATE, siguen siendo algunos de los miembros más importantes de la CLATE.

El Congreso se realizó en un hotel de la Dirección de Turismo que apenas tenía habilitado el salón comedor, un lugar para las reuniones y algunas habitaciones. Recuerdo que había pérdidas de agua por todos lados. Se puede decir que hicimos el congreso en un hotel en obras.

Cada organización se hizo cargo de los viajes de sus representantes y viajamos desde Buenos Aires en dos colectivos suburbanos, los Leyland ingleses que realmente no eran muy cómodos para viajes largos porque los asientos eran durísimos. La comitiva tenía setenta u ochenta personas y llegamos muy cansados a Chapadmalal después de viajar toda la noche.

Chapadmalal, 1967. Primer Congreso de la CLATE. Nómina de organizaciones y delegados ▼





El encuentro, que duró dos días, fue un éxito. Hubo grandes intervenciones y se alcanzó un gran consenso. Todo eso se plasmó en una Declaración de Principios que fue muy plural, bien latinoamericana. Además incluyó todos los temas que se habían tratado: la construcción del Estado, la nueva sociedad, la profesionalización, la estabilidad... todos temas que se habían consensuado en el debate. Lo mismo pasó con la mirada política.

Creo que lo más significativo de esa Declaración de Principios es que aún hoy, cincuenta y dos años después, sigue vigente.

Fue una demostración de gran unidad —en un momento en el que primaba la división sindical—, más allá de los diversos colores ideológicos, porque había compañeros de izquierda como Tucapel

Jiménez—quien lamentablemente no pudo asistir—; sectores comunistas como Héctor Santibáñez de la ANEF de Chile y Luis Iguini de Uruguay; los peronistas de UPCN, etcétera.

A mí me tocó participar de la redacción del documento final junto a Luis Iguini y Héctor Santibáñez, los dos comunistas. “¿Y a quién le pedimos que redacte la Declaración Final...? Al cristiano”, cuenta siempre Iguini; y remata diciendo: “Pero los dos comunistas estuvimos totalmente de acuerdo”. Escribimos la Declaración a mano, no teníamos máquina de escribir, lo hicimos de forma tan precaria y humilde como fue todo el encuentro.

Se decidió que el presidente fuera Saturnino Soto, a su vez secretario General de UPCN, un gran promotor de la Confederación, y por lo tanto, que su primera sede

▲ Junto al también fundador de la CLATE, el uruguayo Luis Iguini de la COFE.

estuviera en Buenos Aires. A mí me tocó ocupar un lugar en la Comisión como Revisor de Cuentas.

La fundación de la CLATE fue un mojón importante en la historia de lucha de los trabajadores estatales de América Latina y el Caribe. Una demostración de que pese a las diferencias ideológicas y a las circunstancias políticas de la época —dictaduras, gobiernos conservadores, Guerra Fría—, los estatales fuimos capaces de discutir, consensuar y fundar una organización que hoy tiene más de medio siglo de vida, 67 organizaciones nacionales afiliadas —de manera directa o por intermedio de federaciones—, 18 países de América Latina y el Caribe adheridos y más de 4.000.000 de trabajadores y trabajadoras del sector público. Una experiencia sindical unitaria casi única en el mundo.

Es importante destacar que su realización fue un riesgo. No hay que olvidar que Argentina vivía bajo una dictadura reaccionaria y que muchos de los participantes eran militantes políticos de izquierda, comunistas, radicales y peronistas, que estaban proscritos y con sindicatos intervenidos.

Los que se mantuvieron al margen fue-

ron la Internacional de Servicios Públicos (ISP) y la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT); no estaban muy convencidos de que fuera una buena idea y miraban con recelo el nacimiento de la Confederación. La UNEP, Unión Nacional de Empleados Públicos de Venezuela, resolvió no venir al primer congreso, pero se sumó en el segundo.

En este segundo Congreso, que se realizó en 1968, también se sumó ATE y desde entonces participó activamente. No sabría decir por qué razones no fue de la partida fundacional, pero del 68 en adelante tuvo un gran protagonismo de la mano de Juan Horvath y de Héctor Quagliaro.

Dejando atrás esa desconfianza inicial, la CLAT también aceptó a la CLATE a partir del segundo Congreso y se estableció una relación muy estrecha.

Hasta el día de hoy la CLATE se distingue por su autonomía, su pluralidad y por la unidad construida a partir de esos dos conceptos.

Siento un enorme orgullo por haber aportado mi esfuerzo a esta organización y seguir contribuyendo humildemente a su presente de crecimiento sostenido. ||



▲ Flandes [Bélgica] 1972.
Visita a Minas del carbón

La CGT de los Argentinos

Los días 28, 29 y 30 de marzo de 1968 se convoca al Congreso Normalizador de la CGT en la sede de la Unión Tranviarios Automotor (UTA) en la calle Moreno del barrio de Once.

Se llevó a cabo bajo el nombre de Amado Olmos en homenaje al histórico dirigente combativo del sindicato de Sanidad y del peronismo, fallecido unos meses antes en un accidente automovilístico. Un gran dirigente sindical, referente ineludible de la Resistencia Peronista e inspirador de la experiencia que nacía con la CGT de los Argentinos.

Desde el comienzo de las sesiones se plantearon claramente dos posiciones: los que pretendían que sólo se reconocieran a los sindicatos que no estaban intervenidos por la dictadura y los que sostenían que debían participar todos.

Dicho de otra manera, los “participacionistas” y los combativos; o los que se sentaban a negociar con la dictadura y los que la combatían. De un lado Augusto Vandor, dirigente metalúrgico, y del otro, Raimundo Ongaro, de los Gráficos; para nombrar las cabezas de ambos grupos.

Al comenzar el Congreso, el sector “participacionista” se da cuenta que con los representantes de los “intervenidos” el sector combativo tenía el quórum necesario y deciden retirarse, no participar. No sólo se van, sino que además toman el

edificio histórico de la CGT donde se atrincheran con el nombre de CGT Azopardo, conformada por los grandes sindicatos: Metalúrgicos, Textiles, Comercio y Sanidad, entre otros.

Los combativos llevan adelante el Congreso y eligen a una lista única integrada por Raimundo Ongaro (Gráfico) como secretario General y Amancio Pafundi de UPCN como secretario Adjunto; Pedro Avellaneda de ATE, secretario de Finanzas y Ricardo De Luca de Navales, secretario de Prensa.

Otros grandes referentes eran Antonio Scipione, Oraldo Brito y Lorenzo Pepe de la Unión Ferroviaria; Julio Guillán de Telefónicos; Enrique Coronel de La Fraternidad; Jorge Di Pasquale y Alfredo Ferraresi, de Farmacia; José Rodríguez de Mecánicos; Benito Romano de Azucareros; Patricio Datarmini de Municipales y el socialista Eduardo Arrausi de Viajantes; entre otros.

Se adopta el nombre de CGT de los Argentinos (CGTA) y, ocupado el edificio histórico de la Central, se instalan en la sede de la Federación Gráfica Bonaerense en la calle Paseo Colón 731. A pocas cuadras una de otra.

No eran las grandes corporaciones sindicales, incluso algunas eran minoritarias, pero representaban claramente a la línea más combativa de los 140 gremios que por ese entonces tenía la CGT.

El proclamador

Antes de la realización del Congreso en la sede de la UTA, hubo una reunión en ATE Nacional, en el actual despacho del secretario General, donde los gremios más combativos definieron la postura que iban a llevar. Estuvo presente Bernardo Alberte, por entonces delegado personal del General Perón, que vino a legitimar la postura de los gremios que terminaron conformando la CGTA.

También hubo una disputa entre ATE y UPCN por la representatividad en la conducción y se acordó que Pafundi fuera el Adjunto y Pedro Avellaneda, el secretario de Finanzas.

En el Congreso tuve el honor de formar parte de la Junta Electoral, presidida por Rodolfo Díaz (UTA), en calidad de secretario. Luego de la retirada de los participacionistas se realizó la elección formal; los delegados congresales de todos los sindicatos presentes depositaban en las urnas su voto a una lista única que se había alcanzado por consenso. Si no recuerdo mal, el escrutinio final fue del 98% de los votos y unos pocos en blanco.

En mi calidad de secretario de la Junta Electoral me tocó proclamar la lista ganadora e ir invitando a pasar al frente a cada uno de los dirigentes electos.

Raimundo Ongaro hizo un discurso muy bueno, muy sentido, que marcó la vida de la CGT de los Argentinos. Recuerdo claramente cuando dijo *“Preferimos honra sin sindicatos, a sindicatos sin honra”*.

Junto a los integrantes del secretariado y las referencias sindicales que apoyaban la iniciativa, existía un grupo de intelectuales y abogados muy comprometidos que integraron esa experiencia: Rodolfo Walsh, director del mítico periódico, un

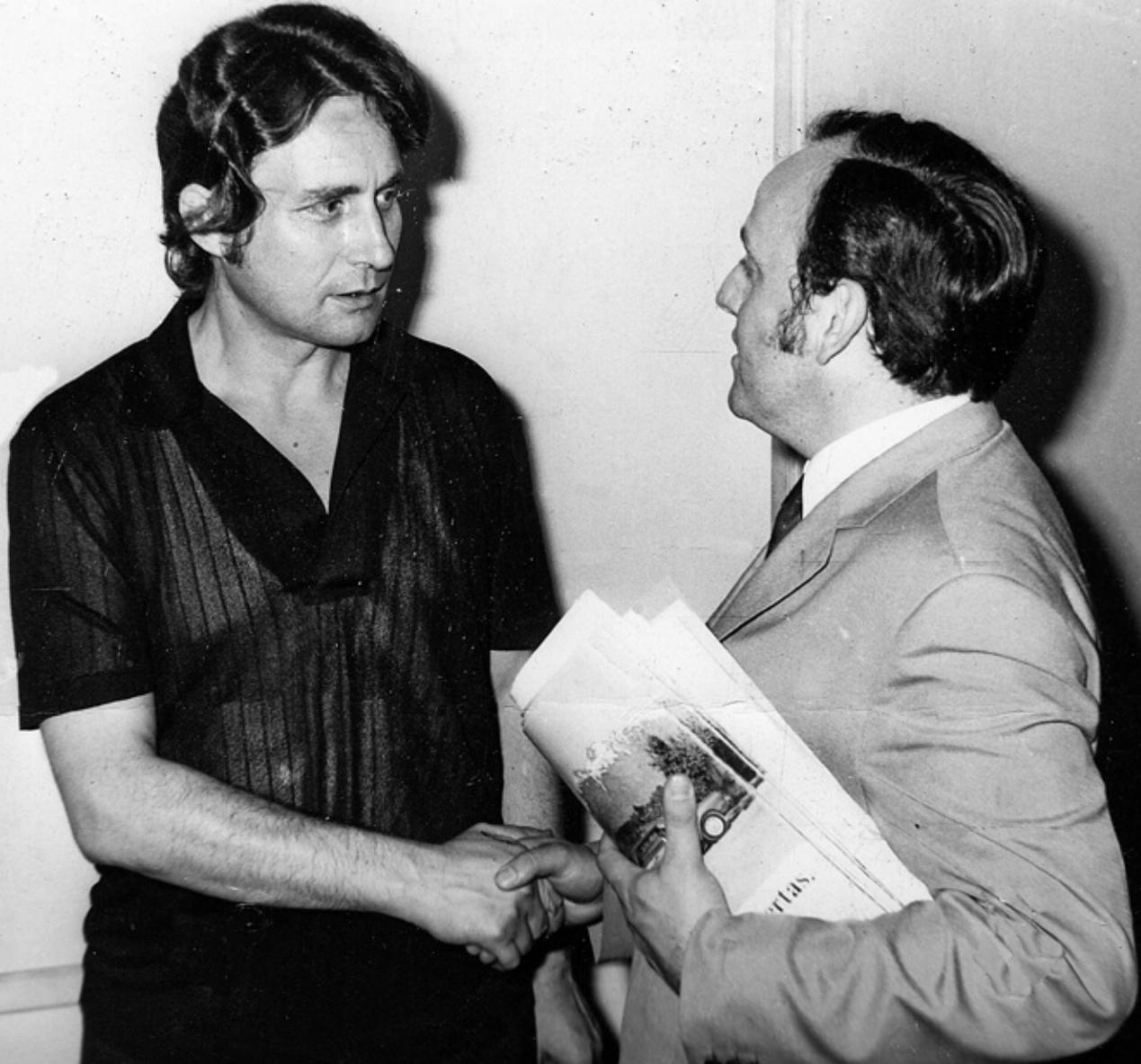
hombre no sólo muy talentoso, sino también muy pluralista, combativo, muy bien ubicado; Hugo Anzorreguy, abogado de los Gráficos, que junto al Dr. Landaburu, asesoró legalmente a la CGTA; y el obispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá, al que le decían el “obispo rojo”, un sacerdote muy comprometido, que luchó desde su lugar contra la dictadura y acompañó todos los conflictos.

A partir de ese momento, la CGT de los Argentinos no fue solo una parte del movimiento obrero, sino que se convirtió en una referencia política nacional; mucho más que una central de sindicatos combativos. Fue un elemento clave de la oposición a la dictadura y sus políticas neoliberales, significó el primer quiebre serio que tuvo el General Juan Carlos Onganía, al frente del gobierno de facto.

En la Central había comisiones de todo tipo, muchas de ellas de solidaridad. Yo integré como secretario la Comisión de Solidaridad con Tucumán, en apoyo a la lucha de la FOTIA, el fuerte gremio de los azucareros que conducía Benito Romano, miembro del secretariado de la CGT.

Onganía había decidido cerrar los veintitrés ingenios de Tucumán y se desató una gran resistencia con huelgas enormes que lograron evitar el cierre de algunos. Desde la comisión se hacían campañas de prensa, se juntaban alimentos para los que quedaban sin trabajo, se hicieron gestiones, negociaciones con la Cámara Empresaria Azucarera, se invitaban a delegaciones internacionales, acciones de solidaridad. En fin, todo lo que se pudo para evitar el desastre que significaban esos cierres.

Benito Romano fue secuestrado y desaparecido durante la última dictadura. Un luchador ejemplar con quien tuve el honor de trabajar codo a codo en aquellos años.



La sede de la CGTA fue un hervidero de la lucha contra la dictadura de Onganía, una referencia nacional, el centro neurálgico de la resistencia. Por sus pasillos circulaban los estudiantes, los militantes revolucionarios que abrazaban la lucha armada, los cristianos que se identificaban con Hélder Cámara y Camilo Torres, los sacerdotes del Tercer Mundo, los grupos de izquierda, los artistas e intelectuales comprometidos, los movimientos sociales y políticos y delegaciones internacionales. En síntesis, era un colectivo que bullía de militancia, compromiso e ideales revolucionarios.

Ongaro tenía la costumbre de hacer reuniones abiertas, asamblearias, en las que

todos participaban. Todos los conflictos pasaban por allí. Recuerdo la lucha de los trabajadores de la Editorial Codex, un conflicto emblemático, pero fueron innumerables las luchas y los hechos de resistencia. Sin olvidar las puebladas como el Correntinazo, los dos Rosariazos y el histórico Cordobazo.

La experiencia de la CGTA fue un ejemplo de pluralidad, si bien la gran mayoría eran peronistas, también hubo compañeros que venían del anarquismo, del socialismo y radicales combativos. Sus filas estaban integradas por militantes de la Resistencia Peronista y del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP),

▲ Con Raimundo Ongaro, secretario General de la CGT de los Argentinos

es decir, una mirada del peronismo desde la izquierda.

Además se planteaba el sentido de la autonomía y de la democracia interna en el marco del pluralismo. Ongaro respetaba a Perón pero también tenía sus diferencias. Él aspiraba a la organización del poder popular y no a depender tanto de las cintas grabadas con los mensajes que llegaban de Madrid. De ahí su frase famosa: “Solo el pueblo organizado salvará al pueblo”. Un concepto que, si no me equivoco, tomó de Emilio Máspero, el gran dirigente de la CLAT y amigo personal.

Acto del 1º de mayo... en la cárcel

El primer acto importante de la CGT de los Argentinos fue el Día del Trabajador en la Plaza Flores, donde se hace público el famoso “Manifiesto del 1º de Mayo” redactado por Rodolfo Walsh, que seguía los lineamientos de los Programas de La Falda y Huerta Grande, y de los congresos de la CGT de 1957 y 1962.

Hacia allí nos dirigíamos en un taxi Amancio Pafundi, el compañero Carricart del Sindicato de Aduanas, Dante Youssif de Sanidad y yo. Íbamos tirando panfletos por las ventanillas cuando nos empiezan a seguir dos patrulleros que a las pocas cuadras frenan al taxi y nos llevan detenidos a la Comisaría 38.

La excusa era averiguación de antecedentes, no nos maltrataron pero pasamos dos noches en un galpón, donde también tenían detenido a un grupo de pistoleros.

La primera noche vino el abogado de la CGTA, el Dr. Landaburu; vinieron también mi esposa, Gloria y mi cuñado, el doctor Juan Pedro Frailuna. Finalmente nos liberaron el 3 de mayo.

ATE en la CGT de los Argentinos

Mi participación en la CGTA fue en representación de UPCN, dado que era el secretario de Organización a nivel nacional. Pero ATE, por intermedio de Avellaneda, tuvo una destacada participación en la conducción nacional de la Central. Durante el Congreso y en los primeros años también fue importante el compromiso de Juan Horvath, su secretario General a nivel nacional. Y ni hablar de Héctor Quagliaro, que por aquellos años dirigía la combativa Regional Rosario de la CGT. Él, junto al Negro Aguirre, que conducía la seccional de ATE Rosario, fueron protagonistas ineludibles de los dos Rosarios, esas verdaderas puebladas contra la dictadura y sus políticas económicas.

Pero ya a principios de los años setenta la CGTA se había puesto en una posición muy dura, y eso llevó a que Perón le bajara lentamente el pulgar. Y con el distanciamiento del General desde el exilio, también comenzaron a alejarse algunos sindicatos. Uno de ellos fue ATE, Horvath tomó distancia y dejó de realizar sus aportes a la CGTA. Esto obligó a Pedro Avellaneda a renunciar, a pesar de que sus convicciones estaban firmes junto a Ongaro y los demás compañeros. Es que siendo el tesorero de la Central no podía justificar que su organización no aportara. Lamentablemente la representación de la CGT de los Argentinos se fue debilitando, permaneciendo como una referencia de la lucha contra la dictadura. Raimundo Ongaro y Jorge Di Pasquale, el secretario de Prensa, seguían sacando comunicados y resistiendo al gobierno de Onganía, pero ya sin gran poder de convocatoria.

Mi paso por la CGTA fue muy valioso, muy gratificante, un gran aprendizaje. Pero no duró mucho. A fines de ese año 68, que parecía interminable, mi vida dio un giro inesperado. ||

Sindicalismo cristiano y latinoamericano

Acción Sindical Argentina

La Acción Sindical Argentina (ASA) fue fundada en octubre de 1955 por un grupo de dirigentes de la Juventud Obrera Católica (JOC) y de la Acción Católica, influenciados por la experiencia de la Acción Sindical Chilena (ASICH) fundada por el jesuita Alberto Hurtado.

Fue una corriente sindical de pensamiento social cristiano que funcionaba dentro de la CGT y estaba integrada por dirigentes y militantes de distintos sindicatos como Bancarios, mecánicos de la FIAT, Ferroviarios, Sanidad, Madereros y Gráficos.

El secretario General era Juan Carlos Loureiro, ferroviario, y el mecánico Mario Bravo, representante de SMATA Córdoba, era su director. También estaba Emilio Máspero, uno de sus fundadores. Otros integrantes eran el mecánico Andrés Mercou y Miguel Romero, que luego sería un importante dirigente de ATE Capital.

Su sede era un hervidero de militantes cristianos comprometidos con lo social y lo político. Sin ir más lejos, allí se funda el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo.

Un habitué de la casa era Juan Carlos Elorrio, creador y director de la revista *Cristianismo y Revolución*, muerto en circunstancias muy dudosas durante la dictadura de Onganía.

Otro militante destacado de la ASA era

Dante Oberlin, un dirigente de los Gráficos, muy cercano a Ongaro, quien también había integrado el grupo sindical de la Democracia Cristiana, siendo su último secretario General.

En 1964 la ASA apoyó las sucesivas etapas del Plan de Lucha de la CGT y participó activamente de la experiencia de la CGT de los Argentinos. A nivel latinoamericano, adhería a los principios cristianos de la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC) y a la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC).

—Me acerqué a la filial de la ASA en Argentina en el año 63, aproximadamente, gracias a mi compañero Emilio Máspero de la CLASC y a la gente del Instituto Técnico y de Educación Sindical (ITEC), un nucleamiento de profesionales e intelectuales cristianos de izquierda dedicados a la capacitación y formación de trabajadores, integrado, entre otros, por Julio César Neffa —quien fuera director del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del CONICET— y Floreal Forni. El ITEC era el instituto de Formación de la ASA, que años después se transformaría en el INCASUR.

Básicamente mi función era realizar una suerte de coordinación de militantes con pensamiento cristiano progresista y vinculación y proyección latinoamericanista.

Luego del Golpe de Onganía en 1966 y el fin de mi experiencia legislativa acompa-

ñando a Carlos Auyero me fui alejando lentamente de la DC, pero no así de los sectores de orientación cristiana dentro del sindicalismo argentino y latinoamericano.

La CLAT

En Latinoamérica los trabajadores y sus sindicatos se agrupaban en tres grandes sectores: la ORIT, la CPOSTAL y la CLASC.

La poderosa ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores), con sede en México, estaba conformada mayoritariamente por los sindicatos norteamericanos y por la AFL-CIO, la mayor central obrera de los Estados Unidos y Canadá. Naturalmente representaba el pensamiento de un sindicalismo integrado plenamente al sistema.

Por otro lado, en el Congreso Permanente por la Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina (CPOSTAL), de tendencia marxista, participaba el sindicalismo ligado al Partido Comunista.

La tercera era la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC), creada en 1954 en Santiago de Chile, una central latinoamericana de orientación cristiana que siempre reivindicó la importancia de la autonomía y la libertad sindical, el humanismo, la justicia social, el latinoamericanismo y que tuvo una posición contraria a la guerra fría.

En octubre de 1966 la central cristiana CLASC, reunida en su XI Congreso Latinoamericano en Panamá, decide el cambio de su nombre por la necesidad de ampliar su horizonte de representación.

Por un lado, buscaban superar la identificación inicial con una inspiración única, y por otro, no apelar únicamente a los tra-

bajadores sindicalizados, con la intención de integrar a organizaciones de pobladores, cooperativistas, campesinos, mujeres y jóvenes. De esta manera la CLASC pasa a llamarse CLAT, Central Latinoamericana de Trabajadores.

La CLAT era, en alguna medida, la continuadora del ATLAS (Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas), ese intento de Perón en 1952 de construir una central latinoamericana, a través de la CGT, que no dependiera de la FSM, ni de la CIOSL, ni de la mirada “interamericana”.

En 1968 se realizan en Santo Domingo, República Dominicana, otros dos importantes eventos. Por un lado, el 1º Encuentro Sindical de América Latina (ECOSAL), organizado por la flamante CLAT en el local del Instituto Nacional de Formación Agraria, donde el principal orador fue Emilio Máspero, secretario General de la central cristiana.

Por otro, un Encuentro de Trabajadores del Mundo, con delegados de casi todos los países de América Latina, de Canadá, Estados Unidos, África y Europa, que culminó en un acto masivo ante más de 5.000 personas en un estadio de la capital dominicana.

—Por mi militancia cristiana y mi participación en ASA ya había tenido relación con la CLASC en Chile, en aquel viaje que hicimos con Amancio Pafundi en 1964 para establecer relaciones con los estatales trasandinos de la ANEF cuando estábamos conformando la CLATE. Al año siguiente también pude participar de un seminario realizado en Caracas sobre política y sindicalismo.

Y en 1968 tuve la oportunidad asistir a todas esas importantes actividades realizadas en Santo Domingo, integrando

una comitiva de la CGT de los Argentinos –especialmente invitados por la CLAT– junto a Raimundo Ongaro, Amancio Pafundi y Julio Guillán.

El Consejo Latinoamericano en Santo Domingo finalizó con una manifestación que se hizo en un parque inmenso, donde habló Raimundo Ongaro. Una organización afiliada a la CLAT en esa época, la Confederación Autónoma Sindical Clasista (CASC), con mucha base agraria, movilizó a miles de campesinos.

Un ofrecimiento inesperado

El secretariado de la CLAT estaba conformado por un Buró –así llamaban al Comité Permanente–, del que participaban Emilio Máspero de Argentina, Eduardo García de Cuba, Henry Molina de República Dominicana, Miguel Cardoso de Uruguay y Rubén Darío González de Venezuela.

De ellos, al que mejor conocía era a Máspero, un gran compañero metalúrgico que había militado en la Juventud Obrera Cristiana, alumno dilecto de Perón en las escuelas sindicales, fundador de la ASA e integrante de la conducción de la CLAT. Además, en lo personal, un maestro y un gran amigo. Una persona determinante para mí.

Ellos me comentan que la Confederación Mundial del Trabajo (CMT), una organización sindical internacional de orientación cristiana a la que pertenecía la CLAT, iba a realizar un Congreso para elegir nuevas autoridades. La idea era que por primera vez en la historia un latinoamericano ocupara un lugar de intermediación entre ambas confederaciones sindicales, porque hasta entonces todos habían sido europeos.

La sorpresa fue inmensa cuando me dijeron que yo era el principal candidato de la CLAT para ocupar ese cargo. ||



▲ Casamiento de Gloria y Carlos. Quilmes, 1965

El inicio de una gran familia

Gloria

A fines del 1959 era un joven quilmeño que trabajaba y estudiaba. Tenía un grupo de amigos con el que íbamos a los bailes en los clubes de barrio. Éramos una barrita de siete u ocho muchachos, viejos compañeros del Comercial, muchos de ellos también trabajaban en Rigolleau, con los que nos divertíamos mucho. Uno de ellos era Carlos “Bocha” Escuer, quien años después me presentó al Hermano Pascual Morel, gran amigo muy presente en nuestras vidas.

Íbamos a alentar al equipo de básquet de la Cervecería Quilmes en el que jugaban muchos de mis amigos. Osvaldo Mallea era uno de ellos, un muchacho menor que nosotros. Sabía que tenía una hermana pero apenas la conocía.

El caso es que en febrero del año 60 vamos de vacaciones a Mar del Plata con un grupito de amigos. Un día, paseando por la calle San Martín, uno de los muchachos me dice: “¿No te diste cuenta?... Pasó una chica muy linda y te saludó”.

Intrigado me di vuelta y vi que era Gloria, la hermana de Osvaldo. Me acerqué a saludarla, conversamos un poco y la invité a ir a bailar. Estaba de vacaciones con una amiga mayor que ella, de 35 años, y con su maestra que tenía apenas unos años más. Ya la había visto antes en Quilmes, en los partidos de básquet, pero no me había dado cuenta que era tan linda, mi amigo tenía razón.

Nos vimos dos o tres veces más en Mar del Plata y cuando volvimos nos pusimos de novios. Ella tenía 19 años y yo 20.

Gloria trabajaba llevando la contabilidad y la administración de la casa de electrodomésticos Montalbano Hnos., tal vez la más grande de Bernal, que quedaba en la Avenida Dardo Rocha. Salía tarde del trabajo, como a las ocho de la noche y yo la iba a buscar. Una de esas noches, acompañándola a su casa, me le declaré y me dijo que sí.

Estuvimos cinco años de novios y nos casamos en marzo del 65. La misa de casamiento la ofició Jerónimo Podestá, quien fuera Obispo de Avellaneda, el “Obispo rojo” le decían; un gran amigo y un hombre muy comprometido.

Como ella trabajaba en el rubro electrodomésticos, cada peso que ahorraba lo usaba para comprar las cosas de la casa. Al día de casarnos ya teníamos cocina, heladera, ventilador, lavarropas y todo lo necesario para equipar un hogar.

Por mi parte, cuando trabajaba en la Legislatura de La Plata, tuve acceso por el Banco Provincia a una línea de créditos para viviendas muy accesible, pero la condición era que uno ya tuviera un terreno donde construir. Con mis ahorros —que no eran muchos—, la ayuda de mi madre y la del papá de ella, juntamos 60.000 pesos y compramos un terrenito en cuotas en la calle Gran Canaria, que todavía era de tierra, aldaño al Parque de

la Cervecería de Quilmes. Un barrio hermoso que habían hecho los Bemberg, dueños de la cervecería, para los jefes y supervisores. Una zona de chalets y mucha arboleda. Cerca de donde construyeron la nueva Escuela Manuel Belgrano en la que mi madre se jubiló.

Al principio hicimos una construcción pequeña, con lo mínimo necesario, y la fuimos ampliando a medida que la familia crecía.

Tuvimos una hermosa luna de miel, una semana en Mar del Plata, donde comenzó todo, y desde allí nos fuimos a Bariloche porque nos habían regalado los pasajes. Al regresar nos instalamos en la casita flamante y llena de electrodomésticos. Y empezaron a llegar los chicos.

Siempre soñamos con tener ocho hijos, deseábamos una familia numerosa pero nos quedamos cortos, sólo tuvimos seis y llegaron por tandas.

La primera fue Gabriela en el 66 y al año siguiente Alejandro. En la segunda tanda vinieron Lorena, que nació en Bruselas en el año 72, y Silvina en Quilmes durante el 74. La última tanda fue en los ochenta: Leonardo, al comienzo de la década, e Ignacio –Nacho– que llegó con la democracia en 1983.

Para poder criar a tantos hijos fue bienvenida la ayuda de mi suegra, una gran mujer que nos acompañó mucho. Como deseábamos tener muchos hijos decidimos que Gloria dejara de trabajar para ocuparse de ellos. Lo que no impidió que siguiera colaborando como voluntaria en la Villa de Luján, en Quilmes, con el Padre Luis Farinello. Trabajó durante más de veinte años en la obra de ese gran amigo y sacerdote excepcional quien junto a un grupo de compañeros se encargaron de

atender en una Guardería infantil a más de cien niños a diario; de poner en funcionamiento un consultorio médico con enfermería; y organizar una cooperativa de viviendas de autoconstrucción, entre otras tareas. Aún hoy, cuando vamos al barrio, se acercan hombres que la conocieron de chicos a saludarla con cariño y agradecimiento. Sin dudas, una gran militante de las cuestiones sociales.

Años más tarde, también formó parte de la Fundación Plural de recuperación de las adicciones. Colaboró durante diez arduos pero felices años, combatiendo ese doloroso flagelo de nuestra sociedad.

Una vasca con todas las letras. Una mujer de ideas firmes, de gran sabiduría y comprensión, pero de gran firmeza también. Siempre digo que ella es la “troska” de la familia.

De Gloria destaco su sentido común, su perspicacia, su intuición. Su capacidad para observar los detalles y no equivocarse con la gente. Su transparencia y su gran corazón. Aprendí y sigo aprendiendo mucho de ella.

Llevamos sesenta años juntos sin habernos peleado nunca seriamente, sin habernos disgustado, sin problemas serios entre nosotros. La quise, la quiero y la querré.

El destino quiso que pasáramos diecisiete años fuera del país, armando y desarmando tres o cuatro casas, con mudanzas incluidas. Gloria todo lo emprendía asumiendo grandes responsabilidades, cumpliendo roles difíciles, alejándose por épocas de sus hijos y nietos, apoyándome en mi trabajo y en mis largas ausencias.

Una mujer ejemplar como esposa, como madre, como abuela. Una verdadera compañera. ||

La Confederación Mundial del Trabajo (CMT)

La Confederación Mundial del Trabajo (CMT) era en 1968 una de las tres federaciones sindicales mundiales junto a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y la Federación Sindical Mundial (FSM).

La CIOSL era la más numerosa, representaba a 157 millones de trabajadores y trabajadoras nucleados en más de 200 organizaciones sindicales de cerca de 150 países. Estaba dividida en regiones que representaban a América del Norte, Asia, África y Europa. Su postura ideológica estaba definida por los grandes sindicatos de EE.UU., Inglaterra y Alemania.

Fundada en 1949 se disuelve en octubre del 2006 para dar nacimiento a la actual Confederación Sindical Internacional (CSI).

La FSM, por su parte, es aún hoy una federación de sindicatos que sigue la línea del movimiento sindical de clase y lucha contra el capitalismo y el imperialismo.

Nacida en 1945, su sede está en Grecia y la integran en la actualidad 92 millones de miembros pertenecientes a sindicatos y centrales de 126 países.

La CMT, originalmente de orientación cristiana y tercermundista, era la segunda en importancia y en cantidad de países y centrales adheridas. Se dividía en federaciones por continente: la CLAT de América Latina y el Caribe; la Brotherhood of Asian Trade Unionists (BATU) de Asia;

la Organisation Démocratique Syndicale Des Travailleurs Africains (ODSTA) de África; la National Alliance of Postal and Federal Employee (NAPFE) y la Confederación de Sindicatos Nacionales (CSN) del Canadá, ambas de América del Norte.

Fue fundada en 1920 bajo el nombre de Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (CISC) y al igual que la CIOSL fue autodisuelta en octubre de 2006 para conformar la CSI.

La integraban 110 organizaciones de 96 países, y representaba a más de 16 millones de trabajadores y trabajadoras de todo el mundo.

1968. Nace la CMT

Entre el 1 y el 4 de octubre de 1968 se realiza el XVI Congreso de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos en Luxemburgo, donde se toma la decisión de que la organización cambie su nombre por el de Confederación Mundial del Trabajo (CMT).

La razón: ampliar el horizonte de representatividad más allá de los trabajadores sindicalizados y de credo cristiano. De esta manera, como ya había hecho la CLAT, adapta su nombre manteniendo el contenido de principios y valores humanistas.

En dicho congreso se dio a conocer una nueva Declaración de Principios, se conmemoró el 50° aniversario de la OIT y se

eligieron las nuevas autoridades del Buró Ejecutivo, encargado de llevar a cabo las líneas políticas y programáticas de los Congresos, que funcionaba en la ciudad de Bruselas, Bélgica.

Maurice Bouladoux, de la CFTD de Francia, fue reelecto presidente y lo acompañaban como vicepresidentes August Cool, de la CSC de Bélgica, por Europa; Eugene Akpemado, de Togo, por África; Johnny Tan, de Filipinas, por Asia; Emilio Máspero, de Argentina, por América Latina y Marcel Pepin, de Canadá, por América del Norte.

En la Secretaría General se designó a Jean Bruck, de Luxemburgo, y por primera vez en toda su historia, un representante del Tercer Mundo ocupó la Secretaría General Adjunta. Ni más ni menos que el argentino Carlos Custer.

—Volví de Santo Domingo realmente muy sorprendido por la propuesta. Tenía solo 29 años, estaba casado hacía muy poco, con dos hijos pequeños —María Gabriela y Alejandro—, sin experiencia internacional y con poco dominio de otros idiomas. Me costaba creer el ofrecimiento y dudaba realmente en aceptarlo.

Obviamente, al llegar a Buenos Aires lo consulté con Gloria y le hablé de mis miedos. Pero ella me alentó enseguida, e incluso se entusiasmó más que yo con la idea, siempre fue más decidida.

Así fue que acepté el ofrecimiento de la CLAT y en octubre de 1968, un año en que pasó de todo, asistí a Luxemburgo al Congreso Anual del bautismo de la CMT —cuando dejó de llamarse CISC—, para asumir mis nuevas funciones.

Inmediatamente debuté participando del Primer Encuentro de Trabajadores del

Tercer Mundo, celebrado en Frascati, Roma, patrocinado por la CMT y las Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos (ACLI) de Italia. Allí conocí y entablé una gran amistad con Emilio Gabaglio, tiempo después Secretario General de la Confederación Europea de Sindicatos (CES).

Una vez terminado el Congreso me quedé en Bruselas hasta fin de año preparando todo para la mudanza y el 5 de enero de 1969 nos trasladamos a Bélgica con la familia: Gloria, Gaby, Alo y yo.

Un Secretario General Adjunto de 29 años

Sin duda que para mí era una responsabilidad enorme, no sólo por ser el primer sudamericano que trabajaba con responsabilidades políticas en el Buró de la flamante CMT, sino también porque debía adaptarme a otras formas de hacer sindicalismo, nuevas costumbres, distintos métodos.

En Europa eran muy formales, a mí me llamaban “Monsieur le secrétaire”. Y ni hablar de las dificultades del idioma. Tuve que aprender francés a las apuradas y tratar de entender el inglés, aunque no pudiera hablarlo mucho. Mi gran suerte fue que Jean Bruck, el secretario General, un luxemburgués excelente, hablaba muy bien el español —entre otros cuatro idiomas— y eso me ayudó muchísimo.

Hay que tener en cuenta que en la CMT se trabajaba en cinco lenguas: francés, inglés, español, alemán y holandés. Los dos últimos, porque había organizaciones de Holanda, de Alemania, de Suiza y de Austria muy significativas en afiliados y que realizaban importantes aportes. Todo lo que se hacía debía ser traducido a esos cinco idiomas, el trabajo de traducción era enorme.



▲ Bruselas (Bélgica) 1971, con dirigentes de Camerún, Guyana y Nigeria

Otra cosa a la que tuve que adaptarme rápidamente fue a la puntualidad, siempre había que estar cinco minutos antes de cualquier actividad. Eso de llegar tarde era para ellos inexplicable.

Por supuesto también existían diferencias culturales, políticas e ideológicas. Recuerdo dos incidentes por esos disensos, con personas muy importantes.

El primero con el belga August Cool, uno de los vicepresidentes, cuando asistí en lugar del Secretario General de la CMT a un Congreso de los sindicatos europeos. Entre los invitados se encontraba una delegación de la Confederación Internacional de los Sindicatos Árabes, ya la sola participación de ellos era un progreso muy importante por esos días. El problema fue que no los anunciaron, parecía que los querían esconder y yo reaccioné indignado. Al belga no le gustó mucho mi actitud y me pidió que respetara los usos y costumbres de los europeos. En realidad le molestaba que alguien del Tercer Mundo pusiera en evidencia una falta grave. Pero salvando ese incidente, tuvimos una muy buena relación.

August Cool era un gran sindicalista al que su país le otorgó el título de Ministro de Estado en Bélgica, una categoría excepcional que se les da a políticos o a personalidades destacadas, una suerte de ministro sin cartera.

El otro entredicho lo tuve, nada más ni nada menos, que con el Director General de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el inglés Wilfred Jenks, un gran jurista a quien no le tenía especial aprecio.

Tuvimos una reunión en Ginebra en la que se conversaba sobre América Latina y discutimos fuerte. Se enojó tanto que

casi desiste de ir a un almuerzo que teníamos previsto.

El punto era que para la OIT no existía Latinoamérica, sino la “Región de las Américas” que incluía todo el continente, desde el norte hasta el sur. De esta manera —ya era una tradición—, los tres miembros de la “Región de las Américas” en el Consejo de Administración de la OIT eran un estadounidense, un canadiense y un tercero representante de las “demás naciones” de América Latina y el Caribe, según su perspectiva.

Yo había escrito un artículo para *Labour*, el boletín de la CMT, planteando la latinoamericanización de la OIT. Creo que fue mi primer artículo y acá lo publicó la revista del CIAS, el Centro de Investigación y Acción Social de los jesuitas.

En la nota sostenía que América Latina era una unidad, a pesar de sus diferencias, y que no tenía nada que ver en términos políticos, geopolíticos, culturales y económicos con Estados Unidos y el norte de América. Y denunciaba que el Panamericanismo siempre fue un instrumento de los norteamericanos para dominar Latinoamérica... situación que sigue vigente.

La Organización de los Estados Americanos (OEA), la Junta Interamericana de Defensa y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y a nivel sindical en aquella época, la misma Organización Regional Interamericana de los Trabajadores (ORIT), eran las estructuras con las que EE.UU. asociaba a todos los países de Latinoamérica, pero quedándose siempre con la última palabra. Dicho de otra manera, desde la Doctrina Monroe para acá vienen diciendo “*América para los americanos*”, cuando en realidad piensan “*América para los norteamericanos*”. Ese fue el tema que provocó la discusión.

El Grupo Dubrovnik

Una de nuestras disputas más importantes la teníamos con nuestros colegas de la CIOSL cada vez que se iba a conformar el Consejo de Administración de la OIT. La Organización Internacional del Trabajo es una entidad tripartita con representación de los gobiernos, los empresarios y los sindicatos y cada tres años eligen a los integrantes del Consejo.

La CIOSL, en esa época —con los americanos atrás—, era la principal operadora en el Tercer Mundo, tenía una cuasi hegemonía dentro de la OIT, una enorme influencia.

Nosotros apenas podíamos poner un representante en la lista de alternos; la Federación Sindical Mundial, incidía un poco más por el peso de la Unión Soviética que era la segunda potencia mundial; y la CIOSL presentaba una lista de trece cargos e imponía a la mayoría de los integrantes. El representante ruso en el Consejo de Administración en el año 72 fue Pierre Pimenov, un gran dirigente.

Para evitar esa superioridad permanente y excluyente, en 1972 nos juntamos con los sindicatos no alineados y conformamos un grupo llamado Dubrovnik, por la hermosa ciudad yugoslava sobre el Adriático en la que nos reunimos.



▲ 1. Luxemburgo 1968. Congreso Mundial de la CMT | 2. Milán (Italia) 1970. Consejo Mundial de la CMT | 3. Madrid (España) Parque Eva Perón, 1º de mayo | 4. Ginebra (Suiza) 1969. Congreso Mundial de la CMT

Era el grupo de todos los que no estábamos en la CIOSL: la FSM, la CMT, la Organización de la Unidad Sindical Africana, las centrales sindicales árabes (CISA), y los grandes sindicatos no afiliados, fundamentalmente los yugoslavos, que eran los organizadores de la reunión.

La intención era juntar fuerzas para impedir que en la elección del año 72 la CIOSL se quedara con toda la representatividad del sector de los trabajadores.

Se puede decir que la estrategia sirvió, que tuvimos un triunfo relativo, porque logramos colocar a algunos dirigentes rompiendo esa hegemonía absoluta. El candidato que encabezó nuestra lista fue el marroquí Mayoub Bensedik, un sindicalista famoso, un luchador por la liberación de su país.

En la OIT, además de la CMT, la CIOSL y la FSM, convivían la Federación de Sindicatos Chinos; la Confederación Internacional de Sindicatos Árabes, que agrupaba a sindicatos de dieciséis países y tenía sede en Damasco; y la Organización de la Unidad Sindical Africana, con sede en Ákra, capital de Ghana, que unía a las centrales sindicales de los países de África. Tuve el honor de ser invitado a varios congresos realizados en distintas naciones del continente africano.

Era común que muchas de estas organizaciones nos juntásemos a discutir estrategias para disputar la hegemonía de la CIOSL y, sobre todo, la política que llevaban adelante los sindicatos norteamericanos.

Ellos se valían de los llamados “Institutos Americanos de Sindicalismo Libre” para ir por todo el mundo influyendo ideológicamente y buscando, mediante becas, dinero y ayuda, cooptar dirigentes del Tercer Mundo. En África tenían a un hombre nefasto, Irving Brown, espe-

cialista en esa tarea, fundamentalmente la de propagar el anticomunismo a nivel sindical por todo el mundo.

Durante sus primeros gobiernos, Perón también se enfrentó al director de ese instituto en la Argentina, Serafino Romualdi, un hombre que trabajaba para la CIA y que terminó expulsado del país.

En la CIOSL no estaban solamente los norteamericanos, también confluían la DGB alemana, el TUC de los británicos, la Senjo de Japón, los países escandinavos, la Force Ouvrière de Francia y la CISL de Italia, entre otras.

Fueron años de tirantez, de recelos entre criterios diferentes sobre el rol de los sindicatos, a pesar de que ambas —la CIOSL y la CMT— teníamos sede en Bruselas y transitábamos los mismos pasillos.

La CMT se caracterizaba por su lenguaje más tercermundista, precisamente la zona del mundo donde más crecía. Creo que la CLAT ayudó mucho a que cada vez más la CMT se convirtiera en la expresión sindical mayoritaria de los trabajadores del Tercer Mundo, que representaban el setenta por ciento de sus afiliados.

A eso hay que sumarle las buenas relaciones que existían con los sindicatos no alineados, con la Federación Sindical Mundial y el acercamiento a las federaciones árabes y africanas.

A mi entender, señalo que uno de sus grandes aportes fue brindar al mundo sindical un lenguaje mayormente anticolonialista y anticomunista.

La CMT tuvo, entre otras, dos causas muy importantes en las que puso mucho empeño: la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica y la solidaridad con el Pueblo palestino.

Pude participar de esos procesos integrando el Comité Internacional contra el Apartheid y el Comité de Solidaridad con Palestina, desde el que se logró que la OIT le dedicara una sesión especial a la situación de los trabajadores en los territorios ocupados.

Un trotamundos

Mi tarea principal, independientemente de los compromisos en Bruselas, era cumplir con misiones internacionales y acercar el saludo y la solidaridad de la CMT a los congresos de las centrales y de los sindicatos adheridos y los de las confederaciones hermanas.

En el marco de las relaciones con la Federación Sindical Mundial visité Moscú (Unión Soviética), Varsovia (Polonia), Praga (Checoslovaquia) y Sofía (Bulgaria), para participar como invitado de sus congresos. De la misma manera, recibíamos delegaciones de la Federación en nuestra sede.

Viajé a El Cairo, en Egipto, a firmar un acuerdo de cooperación entre la CMT y la Confederación Internacional de Sindicatos Árabes (CISA) y otro con la Confederación de Sindicatos de Yugoslavia (CSY), de la ex Yugoslavia.

Tuve el honor de estar en el nacimiento de la Confederación Europea de Sindicatos (CES) que fuera dirigida posteriormente por el gran dirigente sindical Emilio Gabaglio.

En el año 69 participé en la Conferencia Internacional de la OIT en su cincuentenario —ahora cumple su centenario—, donde tuve la oportunidad de formar parte de la delegación recibida por el Papa Paulo VI. Y en los años subsiguientes, de las Conferencias Regionales de Acra

(Ghana), Caracas (Venezuela) y Bangkok (Tailandia).

En representación de la CMT pude estrechar relaciones con varios organismos internacionales: el ECOSOC (Comité Económico y Social) y el Consejo Internacional de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la FAO (Alimentación y Agricultura), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la UNESCO (Educación y Cultura), todas agencias de las Naciones Unidas. También con la Comunidad Europea, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el FMI y el Banco Mundial.

Calculo que en los cuatro años y medio que fui secretario General Adjunto de la Confederación Mundial del Trabajo habré visitado unos cuarenta y cinco países de todos los continentes.

Estuve en Rusia cuando aún pertenecía a la Unión Soviética, adonde retorné en tiempos de la Perestroika y conocí a Gorbachov; en América Latina estuve en Cuba, México, República Dominicana, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Brasil, Paraguay y Uruguay.

A Chile fui en 1970 para la realización del Consejo Latinoamericano de la CLAT, en representación de la CMT, y tuve la enorme fortuna de formar parte de la delegación que visitó al presidente recién electo, Salvador Allende. ¡Un gran latinoamericano!

De este modo me relacionaba permanentemente con los compañeros de la CLAT, la CLATE y la CLASEP, la Confederación Latinoamericana de Servidores Públicos. Sin olvidar mis contactos cada vez más frecuentes con los compañeros de ATE.

En África visité Senegal, Gambia, Nigeria, Togo, Benín —entonces se llamaba

Dahomey–, Camerún, el Congo –donde estuve tres veces–, Uganda y países árabes como Egipto, Marruecos y Mauritania.

Por supuesto que por Europa viajé mucho, ya fuera por reuniones o congresos, estuve en la mayoría de los países. Nosotros seguíamos mucho el proceso de la integración europea, en el que los sindicatos tenían una participación importante en el Comité Económico y Social de la Unión Europea, similar a la que tenemos en el Mercosur. De hecho, Maurice Bouladoux, nuestro presidente, era miembro del Consejo.

En Asia visité Filipinas, Ceilán, Sri Lanka, Hong Kong –que todavía no era parte de China y tenía un sindicato de servicios públicos y otro de maestros afiliados a la CMT–, Siria y Jordania.

También fui a Canadá, acompañando a Marcel Pepin, vicepresidente de la CMT y titular de la Confederación de Sindicatos Nacionales canadienses. Había tenido lugar una huelga muy importante de las tres centrales del sector público: la Confederación de Sindicatos Nacionales, el Congreso de los Sindicatos de Canadá (de la CIOSL) y el Frente de Trabajadores de los Servicios Públicos. Como respuesta encarcelaron a los presidentes de las centrales.

Fuimos a expresar nuestra solidaridad y a presionar por su libertad y regresamos cuando los dejaron en libertad condicional, impedidos de participar y hablar en público.

Allá dimos una conferencia de prensa acompañados por Marcel Pepin, que se quedó en silencio debido a esa prohibición.

Un gran hombre, de mucha valentía. Vino a América Latina en épocas muy

duras de represión y dictadura. Lo encarcelaron en Bolivia, lo expulsaron de Paraguay y vino a la Argentina en el año 1977 para pedir por los sindicalistas presos de la dictadura. Durante su estadía visitó las cárceles de Devoto, Caseros y la Unidad 9 de La Plata.

Cuba

Jesús Escandel Romero, secretario de Relaciones Internacionales de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), a quien había conocido durante la Conferencia Internacional de la OIT, me invitó a la isla y la CMT me permitió aceptar el convite.

Una vez allí el secretario General de la CTC, Roberto Veiga, me propone pasar dos días en Varadero para conversar a fondo sobre el proceso político de la Revolución.

Además de cultivar las relaciones con las organizaciones de trabajadores cubanos, fui con una misión un tanto reservada: interesarme por la situación de un grupo de sindicalistas que estaban presos, militantes del Movimiento 26 de Julio que criticaban la línea marxista leninista que había adoptado el gobierno. Era un grupo de inspiración cristiana importante, uno de ellos, Reynol González, –que estuvo preso casi diecisiete años–, tenía vínculos con la vieja Juventud Obrera Católica Internacional; un compañero muy querido.

Con Veiga discutimos mucho. Yo le planteaba mis dudas sobre el régimen comunista, el centralismo, la burocratización, el partido único, el tema de la vanguardia, de la falta de autonomía de la clase trabajadora, etc., etc. Siempre desde una postura de apoyo y simpatía por la Revolución Cubana, naturalmente, que no era solamente mía sino compartida por toda la CMT.



▲ Visita a la CTC
Cuba 1972.

En mis encuentros con las confederaciones rusas y chinas tuvimos debates parecidos, en particular sobre el tema de la supeditación de los trabajadores al Partido. Los chinos, por ejemplo, en la carta de constitución de su central de trabajadores, la más fuerte del mundo, reconocían el rol de vanguardia del Partido Comunista Chino. Pero años después, en un congreso, eliminaron esa referencia, lo cual no significaba una total autonomía.

Volviendo a mi charla con Veiga, el cubano, por supuesto, defendía todo lo que estaba sucediendo en su país. Me decía que tomaban en cuenta nuestras miradas y que creían que en el futuro muchas de esas cosas se iban a solucionar. Lo único que pedían era que no hiciéramos campañas contra Cuba, cosa que estaba descartada, obviamente. Y, por supuesto, reconocimos y valoramos la actitud antiimperialista del país, en especial los progresos en educación y salud.

También discutimos mucho el tema de los compañeros presos, pero lamentablemente no tuve oportunidad de visitarlos ni de lograr algún resultado, aunque tiempo después fueron liberados.

El golpe en Chile

En 1973, cuando se consuma el golpe de Estado en Chile, desde la CMT y la CLAT reaccionamos de inmediato con una condena durísima y establecimos un canal de solidaridad con muchos sindicalistas chilenos perseguidos y exiliados que pasaban por Bruselas. Además de pedir por la libertad de los presos en su país.

En diciembre de ese mismo año la CMT me envía en misión a Santiago junto a un italiano, Giuseppe Cumerlato, y un venezolano, Dagoberto González, excelente compañero, dirigente sindical, senador nacional y gran amigo.

Como había estado de sitio y toque de queda debíamos regresar al hotel antes de las diez de la noche al finalizar nuestras ocupaciones. Entre ellas, hablar con los compañeros de la CUT para interiorizarnos de la situación; mantener reuniones con miembros de organismos de Derechos Humanos, con el Cardenal y Arzobispo Raúl Silva Henríquez, creador de la Vicaría de la Solidaridad; también con el ex presidente y titular del Senado Nacional antes del golpe, Eduardo Frei y con muchos sindicalistas. Algunos de ellos, hay que

reconocerlo, muy críticos con el gobierno democrático de la Unidad Popular.

Casi no tuvimos acceso a funcionarios del gobierno y, lamentablemente, poco pudimos hacer por los presos políticos. Pero años después pudimos visitar, entre otros, a Rodolfo Seguel en la cárcel de Santiago.

La visita de Ongaro

Cuando asumí como secretario General Adjunto de la CMT, uno de los primeros en felicitarme y manifestar su alegría fue Raimundo Ongaro, por entonces secretario General de la CGT de los Argentinos, y uno de los impulsores de mi candidatura. Me decía: *“Carlos, por fin vamos a tener a alguien nuestro en Europa”*.

En la medida de mis posibilidades traté de ayudar en todo lo que pude. Enseguida se armó un Comité de Solidaridad y repudio a la dictadura de Onganía.

En 1969, ya se había producido el Cordobazo. En Europa, como todos los años, se realiza la Conferencia Internacional del Trabajo de la OIT en Ginebra, y asiste por Argentina el Ministro de Trabajo de la dictadura, Rubens San Sebastián, representante de América Latina para presidir la Conferencia.

Armamos una movida tan grande para repudiarlo, que un venezolano, William Franco, llegó a tirarle un zapatazo en plena Conferencia. Lamentablemente, sin puntería. Fue algo nunca visto. Se armó un tremendo revuelo, los compañeros africanos y europeos se solidarizaron con nosotros en el repudio, algunas delegaciones se retiraron y otras comenzaron a hacer ruido en el recinto.

Unos días después conseguimos que Raimundo Ongaro, que en ese momento

estaba preso en Argentina, fuera elegido miembro del Consejo de Administración de la OIT, integrando como suplente la lista que les correspondía a los trabajadores. A pesar de las presiones del gobierno argentino ante los organismos internacionales, cerca de setenta países votaron a favor de Raimundo.

Cuando me tocaba venir a la Argentina por asuntos de trabajo siempre aprovechaba para reunirme con los compañeros de la CGT de los Argentinos. De nuestra parte, colaboramos con la organización de un viaje de Ongaro a Europa.

En el año 70, Raimundo nos visitó en Bruselas y se alojó en casa. Me trajo de regalo una bandera argentina que se había usado en la ocupación de la Editorial Codex, un gran conflicto del sindicato gráfico. Es un recuerdo que guardo con mucho cariño.

Una gran experiencia humana

En lo personal fue una época muy agitada, de muchos viajes, de grandes experiencias y, sobre todo, de muchísimo aprendizaje.

Quiero destacar que siempre tuve la suerte de trabajar con gente muy honesta, creo que la honestidad era uno de los signos distintivos de la CMT, nunca supe de un solo caso de corrupción.

Familiarmente nos arreglamos bien, por supuesto gracias a Gloria que se pudo adaptar rápidamente, aprendió francés y organizó a la familia estupendamente. Gaby y Alejandro continuaron sus estudios y allí, en Bruselas, nació María Lorena.

Vivir en Europa me permitió tener mayor contacto con mi familia de origen suizo, y tiempo para viajar con Gloria y los chi-



▲ *Bélgica. Grupo de estudiantes argentinos en la Universidad de Lovaina*

cos en carpa por el sur y el norte del continente.

Estando en Bélgica comencé a estudiar y me gradué en Ciencias del Trabajo en la Universidad Libre de Bruselas (ULB). En esa época establecí una gran amistad con un grupo de estudiantes universitarios argentinos y latinoamericanos de las Universidades de Bruselas y Lovaina —en la que tuve la oportunidad de dar una conferencia—; entre ellos, Osvaldo Pérez Pardo, Daniel Carbonetto, Carlos Leyva, Fernando Novillo Saravia, Roberto Lavagna, Ignacio Páez, Carlos Franco, Ignacio Balbonín y muchos otros.

Cuando finaliza mi mandato me ofrecen renovar. Las autoridades de la CMT y los compañeros de la CLAT me insistieron para que me quedara un período más. Pero no acepté, sentía que ya había cumplido y que de quedarme corría el riesgo de divorciarme de la Argentina, de alejarme de la familia. Fueron cuatro años y medio de mucho trajín y mucha distancia

de mis pagos. Tenía ganas de volver.

Entonces me ofrecen seguir como miembro del Comité Confederal, uno de los tres órganos directivos junto al Congreso y los Consejos Anuales, que se reunía cada cuatro meses para discutir la política de la CMT. Participé de ese Comité durante dos períodos, en los que viajé tres veces por año a Bruselas.

Último Congreso

Mi último Congreso de esa etapa en la CMT fue en 1973, se llevó adelante en Evian-Les-Bains, una comuna francesa sobre el lago Lemán cercana a la ciudad de Ginebra. Y mi última participación oficial como secretario General Adjunto, fue en un Comité Confederal realizado en Roma a fines de febrero de 1974.

Al cumplirse mi mandato, la CLAT propuso para ocupar mi lugar a José Merced González, del FAT de México. A esa

altura, el secretariado de la CMT se había internacionalizado un poco, ya no eran todos europeos, se habían sumado el vietnamita Nguyen Van Than y un representante de la República de Mauricio, el africano Toolsyraj Benedyn.

El 28 de febrero de 1974 finalmente estaba otra vez viviendo en Quilmes, reintegrándome a mi puesto de trabajo en la Dirección de Salud Mental en el Hospital Borda, incorporándome a ATE y afiliándome al Partido Justicialista. ||

Milán (Italia) 1970. Consejo Mundial de la CMT ▼



El Peronismo

El 29 de diciembre de 1990 el presidente argentino Carlos Menem sancionó, entre otros, un decreto mediante el cual indultaba a los ex comandantes de las Fuerzas Armadas de la dictadura militar que habían sido condenados en el denominado Juicio a las Juntas de 1985.

Entre los beneficiados estaban Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Viola y Armando Lambruschini. El indulto también alcanzó a otros dos militares condenados por crímenes de lesa humanidad: Ramón Camps y Ovidio Riccheri.

—En ese momento, como muchos compañeros, decidí desafiliarme del Partido Justicialista al que pertenecía desde 1974.

El 17 de octubre de 1945

Ese día una gran movilización obrera se reunió en la histórica Plaza de Mayo para exigir la liberación del Coronel Juan Domingo Perón, por entonces vicepresidente de la Nación, Secretario de Guerra y Secretario de Trabajo y Previsión del gobierno del General Edelmiro Farrell, presidente de facto de la Argentina.

Ese día es considerado como el del nacimiento del peronismo como fuerza política en la Argentina y, dentro de su liturgia, se denomina el Día de la Lealtad.

Estando en casa nos enteramos por la

radio que había una gran movilización de los trabajadores a Plaza de Mayo. Al escuchar la noticia nos preocupamos por mi hermana Zulaika, que —como todos los Custer en algún momento— trabajaba en la Cristalería Rigolleau.

Mi madre se asusta mucho y le pide a mi padrino, don Luis Janezic, que la lleve a Berazategui para buscarla en la fábrica. Don Luis tenía un Opel, un auto pequeño, un lujo que se podía dar porque era director de Aguas Corrientes de la Municipalidad de Quilmes. En tren no se podía viajar porque iban y venían cargados de gente y no paraban en las estaciones.

Gracias a la buena voluntad del padrino fuimos a buscarla. Si mal no recuerdo, además de don Luis, mamá y yo, también iba la esposa de don Luis, “la madrina”, como le decíamos. La cristalería estaba justo frente a la estación: el Opel se descompuso a doscientos metros.

Mi madre salió corriendo a la fábrica y yo me quedé acompañando a don Luis que intentaba reparar el auto. Había sido mecánico de submarinos en Alemania y, obviamente, entendía del tema. Mientras le hacía compañía, miraba con asombro cómo pasaban los trenes que venían desde La Plata repletos de trabajadores que se asomaban por las ventanillas al grito de “Perón, Perón”. Era impactante.

A los cuarenta minutos mamá aparece con María Zulaika y volvemos a casa sin problemas. Pero nunca me la saqué de

la cabeza esa imagen. Había muchachos subidos en la locomotora, en el techo del tren, colgados de los estribos, asomados por las ventanillas. Era como una hinchada interminable que festejaba un campeonato. Llegué a ver tres de esos trenes abarrotados de trabajadores.

Tenía 6 años, no sabía ni qué día era, ni por qué gritaban. Pero me quedó claro que lo querían, que le eran leales, fieles. Era el 17 de Octubre de 1945; tiempo después comprendí por qué le decían el Día de la Lealtad.

Gracias a Evita conocí el mar

Mi segundo recuerdo sobre el peronismo data del año 50, declarado por el gobierno peronista el “Año del General José de San Martín”, en conmemoración del centenario de su muerte.

Mi madre obtiene un cupo de Turismo Social a Mar del Plata que incluía el pasaje en tren y la estadía en un hotel que se llamaba “Carlitos”, no me lo olvido. Era modesto pero lindo, en esa época todavía no existían los hoteles sindicales.

Mamá había ahorrado un peso tras otro durante mucho tiempo y en el tren nos pudimos dar el lujo de almorzar en el coche-comedor. Todo un privilegio para nosotros, una experiencia inolvidable.

Eran mis primeras vacaciones, pero lo que más me entusiasmaba era que iba a ver el mar por primera vez. Lo más parecido a unas vacaciones que había tenido hasta entonces había sido pasar unos días en la casa de algún tío o algún pariente.

Mi madre era una mujer de formación muy católica, más bien conservadora, tradicional. Pero, de alguna manera, se había

hecho peronista, no de militancia sino por simpatía con la figura de Evita.

“Esto, no se olviden nunca, se lo debemos a Evita”, nos dijo cuando estábamos viajando y yo le hice caso, nunca lo olvidé aunque entonces sólo tenía diez años. Y no me acuerdo solamente de lo que dijo, también de la playa, del hotel, de haber subido a la Torre de Aguas Corrientes –un paseo tradicional de la época– y de haber andado en tranvía. Allí viví en carne propia eso de que los únicos privilegiados eran los niños. Yo me sentí un privilegiado en esos días.

Preso de Perón

A los 15 años yo militaba en la Iglesia y en el Centro de Alumnos del Comercial de Quilmes. No tenía militancia política todavía, lo mío era más bien pastoral, de Acción Social.

Corría el año 55 y el gobierno de Perón atravesaba una gran crisis después de diez años en el poder. Yo era chico, pero en los ámbitos que frecuentaba se pensaba que, más allá de algunos errores, Perón era el que más había hecho por los trabajadores. Eso nadie lo dudaba, ni en el ámbito de la Iglesia ni entre los estudiantes. Todos veíamos que los trabajadores y los sindicatos estaban con Perón.

Las diferencias con la Iglesia comienzan en el 54 con la ley del divorcio, una norma totalmente aceptable y comprensible que se interpretó como una medida destinada a contrariar a la Iglesia. Por esos años se decía que gente cercana a Perón lo empujaba al enfrentamiento, ciertos sectores de la masonería: el ministro de Educación Méndez San Martín y el hombre de la comunicación, Raúl Apold. Eran versiones que yo escuchaba.

En realidad Perón había favorecido siem-

pre a la Iglesia. El cura Hernán Benítez, y en mayor medida el Cardenal Santiago Copello –arzobispo de Buenos Aires y el primer Cardenal que tuvo la Argentina–, actuaban como nexo favoreciendo la relación de Perón y Evita con la Iglesia.

El Cardenal Copello fue un religioso que hizo muchísimo por la expansión de la Iglesia, construyó innumerables parroquias por todos lados y lo hizo con el apoyo del peronismo. De hecho, cuando Perón cae, desde Roma lo reemplazan recriminándole haber sido muy tolerante con el peronismo. Muchos años después tuve la suerte de conocerlo en Roma donde lo habían nombrado con un cargo honorario, Canciller de la Iglesia, cuando ya era muy anciano.

Pero después de los bombardeos a Casa de Gobierno y Plaza de Mayo el 16 junio de 1955 se desata un gran enfrentamiento con la Iglesia.

El gobierno respondió con detenciones y allanamientos, a la par que algunos sectores salieron a quemar la sede del periódico *La Vanguardia* del Partido Socialista, el Comité Radical, el Jockey Club de la calle Florida y cuatro iglesias: San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio y La Merced. La más destruida fue la de San Francisco, a una cuadra de la Plaza de Mayo.

Fueron momentos lamentables, muy tristes. Desde mi visión, dolía mucho ver a un gobierno popular que ayudaba a los trabajadores enfrentarse con una Iglesia que también colaboraba con los más humildes.

Nunca creí que esto fuera idea de Perón pero, años después, cuando tuve oportunidad de hablar con él no me animé a preguntárselo.

Lo cierto es que un día un grupo de policías golpea la puerta de casa. Sale mi hermana, preocupada de que me hubiera

pasado algo, y le preguntan por mí, que justo en ese momento no estaba. “*Cuando venga que se presente en la comisaría*”, le dicen y se van sin dar más explicaciones.

Horas después me presento acompañado de mi cuñado y quedo detenido a pesar de ser menor de edad. Adentro ya estaban alojados Eduardo Montalti, Miguel Aranaga y otros compañeros del Centro de Jóvenes de la Iglesia.

En realidad no nos iniciaron una causa ni nos maltrataron, nos retuvieron por averiguación de antecedentes. Pasamos esa noche y al otro día nos liberaron. Eso sí, nos preguntaron si teníamos armas, si habíamos hecho guardia en la Iglesia y dos o tres cosas más, pero siempre correctamente, sin apremios.

Es cierto que habíamos hecho guardia durante algunas noches en la parroquia y en el colegio contiguo. Fue en esos días en que se quemaron iglesias y no queríamos que pasara lo mismo en la nuestra. Incluso hubo un rifle de aire comprimido escondido por ahí, pero nada más. Era una cuestión de defensa en días difíciles y confusos.

Perón en Puerta de Hierro

Tras el golpe militar del 16 de septiembre de 1955 que derrocó al gobierno democrático de Juan Domingo Perón, el General marchó a un exilio obligado que duró dieciocho años.

En su derrotero estuvo asilado en Paraguay, Panamá, Nicaragua, Venezuela, República Dominicana y, finalmente, en España donde se radica hasta el 20 de junio de 1973 cuando regresa definitivamente a la Argentina.

Ya en España, tras solicitar asilo al gobierno español del General Francisco

Franco, se instala en Torremolinos, en la Costa del Sol, y unos meses después se traslada a Madrid, a una quinta del alejado barrio madrileño de El Plantío.

A fines de 1960 se mudó a un edificio en El Viso (Chamartín), entre cuyos inquilinos se encontraba la actriz de Hollywood, Ava Gardner, y un año después se instala en una amplia residencia en el barrio de Puerta de Hierro con su esposa María Estela Martínez de Perón, más conocida como Isabelita. Años después, tras la muerte del General, ella se transformaría en la primera mujer en asumir la presidencia de la Nación en Argentina.

En ese ya mítico lugar recibió durante años a una interminable lista de periodistas, historiadores, políticos, militares y dirigentes sindicales que peregrinaban hasta allí para entrevistarse con él.

El primer intento por entrevistarlo

Intenté verlo o saludarlo en el viaje que hice a Europa en el año 1962. Al enterarse de que iba a estar en Madrid, varios compañeros y amigos de Quilmes me dieron algunas cartas para que se las acercara al departamento donde vivía, en la calle Embajador Arce Nº 11. Por supuesto que sin ningún contacto ni previo aviso, de caradura nomás.

Tomé coraje y me presenté en esa dirección. Recuerdo que era una casa de departamentos muy bonita y que el portero y dos personas de seguridad me explicaron que el General no estaba y que tampoco daba audiencias. De todas maneras aceptaron entregarle las cartas y una tarjeta mía.

Tenía 22 años y unas ganas tremendas de conocerlo pero no fue posible, como era de esperar.

El impacto de estar frente a él

L ogré encontrarme con él por primera vez en 1971, por intermedio de un amigo de Ongaro, Orlando Ímaz, un compañero telefónico de Santa Fe que se había radicado en España. Cuando lo conocí, Ímaz era gerente financiero de Huarte, una empresa española muy importante. Vivía en un departamento en Puerta de Hierro, cerca de la vivienda de Perón, donde solía alojar a los compañeros que iban a Madrid. En su casa me crucé en una oportunidad con Mario Firmenich y Fernando Vaca Narvaja, dos importantes dirigentes de la organización Montoneros.

Destaco a Ímaz como un gran compañero, muy solidario, muy honesto. Con los años construimos una gran amistad y a él le debo haber tenido el enorme gusto de conocer personalmente a Perón.

La idea de que me reuniera con él fue de Raimundo Ongaro, que ya lo había visitado y no había quedado muy conforme con la entrevista. Cuando nos encontramos en un Congreso en París me pidió que le diera una mano y me contactó con Ímaz, que tenía una relación muy fluida con Perón y me podía gestionar el encuentro.

Si no me equivoco, llegué un sábado al aeropuerto de Barajas en Madrid donde me estaba esperando Orlando y fuimos directamente a la residencia de Puerta de Hierro.

El General estaba solo porque Isabelita, su esposa, y José López Rega, su secretario, habían ido a un Foro del Tercer Mundo que organizaba Luis Echeverría, presidente de México, en París.

Entramos a la Quinta 17 de Octubre en Puerta de Hierro y nos quedamos esperándolo en el hall, hasta que de pronto apareció. Fue impactante. Yo estaba parado

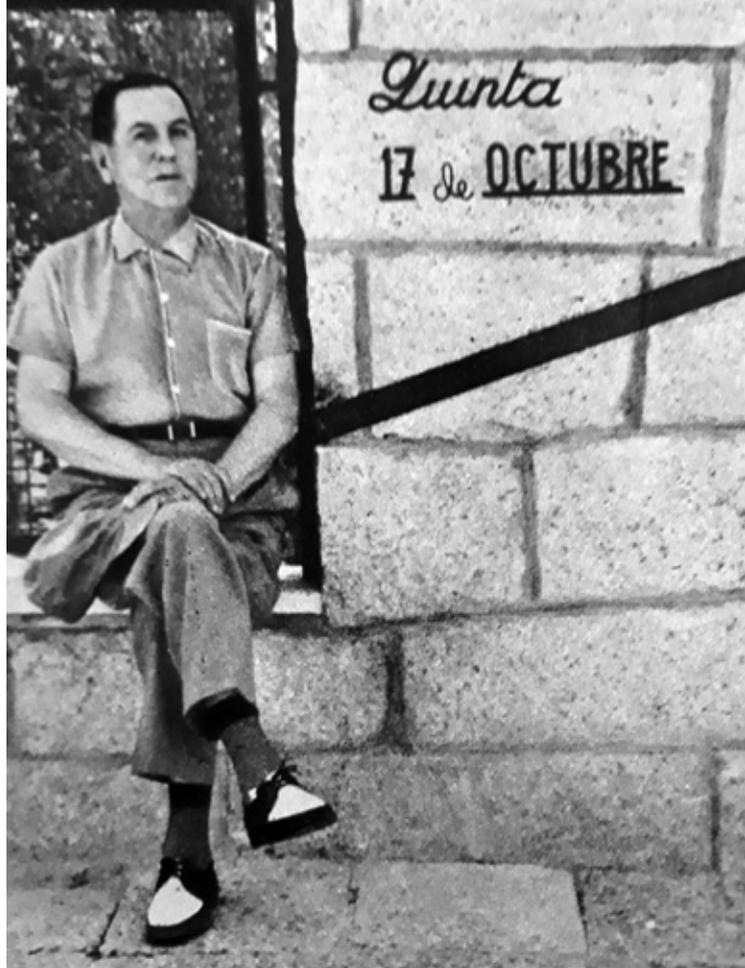
uno o dos escalones por arriba de él y aun así me sacaba una cabeza. Me pareció gigante. Tenía una presencia muy fuerte. Un aura.

Se mostró muy afectuoso, nos hizo pasar a una sala donde había tres sillas, mandó traer café y comenzamos a charlar. Por supuesto, Perón para hablar no tenía límites, era un narrador brillante con una memoria lúcida, apelando siempre a pinceladas anecdóticas. En síntesis, un seductor nato. Usaba palabras sencillas para decir cosas profundas. Y uno no podía interrumpirlo ni quería. Yo tenía que dominar la alegría y la emoción que me causaba estar frente a él. No se trataba sólo de cruzar dos palabras y saludarlo. Estaba en su casa, sentado frente a él. Conversando, escuchándolo. Fue una oportunidad única.

Pero no podía olvidarme de que me habían encargado una misión: introducir el tema de la CGT de los Argentinos y de Ongaro. La oportunidad se dio cuando apareció el tema de la OIT y la elección de Raimundo en el Consejo de Administración, una forma de reivindicar su figura y repudiar la dictadura de Onganía.

En ese resquicio que se me presentó, le hablé de la importancia de la CGTA tanto en el movimiento sindical como entre los estudiantes, los abogados, los gremios combativos y todos aquellos que resistían a la dictadura.

Entonces el General toma un anotador, traza una línea y pone un punto grande arriba: *“Este es el poder militar financiero que hay que vencer”* me dice, y agrega: *“Acá, del otro lado de la línea, tenemos los distintos componentes que son adversarios de ese poder: sectores sindicales que no están en la CGT de los Argentinos, empresarios nacionales, intelectuales y, por supuesto, la CGT de los Argentinos. Lo que yo tengo*



que hacer es tratar de que confluyan la mayor cantidad de fuerzas de este sector para poder enfrentar con alguna posibilidad de éxito a este poder militar financiero porque, como dice una ley de la física, nunca voy a poder vencer a ese poder si no tengo al menos el mismo poder o más. Ahí es donde Ongaro creo que se equivoca. Él me dinamita todos los puentes que yo tiendo para unir a esos sectores y derrotar al poder militar financiero. El problema es que él quiere hacer la revolución solo con los buenos... y los buenos somos pocos”; termina diciendo con una sonrisa pícar.

▲ Perón en la Quinta 17 de Octubre en Puerta de Hierro, Madrid

Después de semejante explicación no insistí más con el tema y seguimos hablando de otras cosas. Le conté de mi tarea en la CMT, hablamos de la CLAT (*“Son todos peronistas”*, me dijo), del foro del Tercer Mundo en París al que no había podido ir pero que le parecía muy importante. Hay que recordar que Perón, un genio de la



▲ Madrid (España).
Perón en su
escritorio en
Puerta de Hierro

geopolítica, fue un precursor indirecto del Movimiento de los No Alineados y fue uno de los primeros en hablar de Tercer Mundo.

También habló de la lucha antiimperialista y mostró su simpatía con el Vietcong y su guerra contra los EE.UU, sobre lo que parecía estar muy bien informado, como sobre todos los temas.

Después que nos encarrilamos en la conversación me sentí con más ganas de escucharlo, cada palabra suya era valiosa. No hablaba por hablar, aun en palabras muy simples siempre sus referencias remitían a cuestiones de fondo.

Fue una entrevista de más de una hora con un Perón distendido, aparentemente sin otro compromiso, solo. Se lo veía entero, lúcido, muy bien arreglado. Hay que tener en cuenta que esta reunión fue tres años antes de su muerte.

Esa visita, más allá de la experiencia personal, tuvo eco. Salió un artículo en la revista *Primera Plana*, un semanario muy prestigioso que fundó Jacobo Timerman en el que escribía Tomás Eloy Martínez, que reflejaba la visita con una foto mía y describía la campaña internacional contra Onganía y las denuncias en la OIT.

Luego de la entrevista, por supuesto, hablo telefónicamente con Ongaro y le cuento que mucho no había podido avanzar en el objetivo de acercar posiciones. Tampoco él creía que yo pudiera hacerle cambiar el pensamiento al General, pero teníamos esperanzas de poder remarla un poco.

Recuerdo sus palabras: *“No te preocupes, Carlos, vamos a insistir, pero el Viejo se va a tener que convencer”*.

Ongaro tenía también un estilo muy personal, un poco avasallante. Tal vez su error fue ir a verlo para decirle lo que tenía que hacer. La CGT de los Argentinos se había radicalizado y obstruía la estrategia de Perón de buscar un acuerdo más amplio. Esa es mi impresión.

El segundo encuentro

La siguiente oportunidad de encontrarme con el General Perón fue en 1972 a través del Dr. Julio Greco, un abogado y profesor, fundador del Movimiento Nacional Latinoamericano –un colectivo de intelectuales, políticos y sindicalistas de América Latina– con quien habíamos coincidido en el 68 en Santo Domingo,

en aquella actividad paralela al Consejo Latinoamericano de la CLAT en la que me ofrecieran la posibilidad de integrar la CMT.

El Dr. Greco viajó a Bruselas para dar una conferencia que habíamos organizado para un grupo de argentinos y gente de la Maison d'Amérique Latine (la Casa de América Latina).

Invitamos, entre otros, al embajador argentino, Leopoldo Tettamanti, un gran diplomático al que le hicimos varias manifestaciones de protesta contra la dictadura frente a la Embajada. Él no podía aceptar la invitación oficialmente, y tampoco recibirlo en la Embajada; pero sigilosamente se hizo presente en la conferencia para saludarlo entre bambalinas.

Greco tenía una amistad personal con Perón, que veía con buenos ojos las actividades del Movimiento Nacional Latinoamericano. Le cuento de mi visita del año anterior y mi deseo de volver a verlo, y él se compromete a gestionar una cita aprovechando que tenía previsto visitarlo a los pocos días.

Efectivamente, me llama desde Madrid para contarme que había hablado con Perón, que se acordaba de mí y que con mucho gusto me volvería a recibir.

Solicito permiso en la CMT y vuelo a Barajas rápidamente. Como la vez anterior, mi amigo Orlando Ímaz estaba esperándome para llevarme a Puerta de Hierro.

Tuvimos que aguardar un rato porque Perón tenía una entrevista con José Ber Gelbard, un empresario argentino al que nombraría Ministro de Economía durante su tercera presidencia, el ideólogo del Pacto Social.

Nos recibieron Isabelita y José López

Rega, conversamos brevemente con ellos y enseguida nos atendió el General.

Esta segunda reunión fue más corta, veinte minutos durante los que particularmente hablamos sobre el general Lanusse, el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional (GAN) y de la bravuconada sobre su persona: “*A Perón no le da el cuero para volver*”. Nos contó que Lanusse le mandaba emisarios para acordar, pero que no pensaba volver a la Argentina condicionado. Ese fue el gran tema del segundo encuentro: su regreso al país. Ya la cuestión de la CGT de los Argentinos se había diluido mucho.

Por mi parte, le cuento que estaba por viajar a Cuba en una misión internacional por la CMT, invitado por la Central de Trabajadores Cubanos (CTC). Se interesó mucho y me pidió que al regreso pasara a contarle cómo me había ido. Lamentablemente, a mi vuelta de Cuba distintas circunstancias me impidieron ir a verlo como me había pedido, pude hacerlo tiempo después.

Cuando me despedía le dije: “*General, nos vamos a ver en Argentina. A ver si me recibe cuando sea presidente*”.

“*No, hijo. Yo presidente, no –me contesta. Yo ya no tengo edad para ser presidente. Yo lo que quiero es una secretaria que me ayude y un magnetófono (grabador) para poder ayudar a construir América Latina*”. Y acto seguido, agrega con una sonrisa pícaro entre los labios: “*La Argentina me queda chica*”.

No hay dos sin tres

El tercer encuentro fue a principios del año 73 y también lo tramitó Ímaz, pero esta vez fue un tanto protocolar. Había gente esperando, no como la pri-

mera vez que estaba solo, nos recibió en su oficina, sentado en su escritorio.

Lo que me llamó mucho la atención, fue que cuando nos acomodamos llamó a su secretario y le dijo: “*Lopécito, tráenos tres cafés*”. Calculo que habría personal de servicio en semejante casona, pero se los pidió a él. Al ratito vino López Rega y nos sirvió los cafecitos.

En su despacho había una gran biblioteca, un mapa de Argentina y la pintura de un gaucho. Yo le hablé de mi cuñado, intendente de Las Heras, y de mi hermano, presidente del Partido Justicialista de esa localidad; entonces sacó unas fotos con su imagen y las firmó con dedicatorias para ellos y para mí. En la mía puso: “*Al amigo Carlos Luis Custer, con cordial afecto*”. Obviamente la guardo como un tesoro.

Como habíamos quedado, le conté mis impresiones del viaje a Cuba, lo que había visto y las conversaciones con los compañeros de la CTC. Le hablé de la imagen positiva que me había dado lo que se estaba viviendo en la isla y también de mis reparos: que el Partido Comunista fuera la fuerza excluyente, la falta de pluralismo y que la sociedad me parecía muy cerrada, entre otros puntos.

Él me dijo que compartía mis preocupaciones y que lo único que deseaba es que a Cuba le fuera bien, porque con sus particularidades, no dejaba de ser una experiencia antiimperialista muy importante.

Al finalizar la reunión nos acompañó al hall donde nos esperaban los famosos caniches que le saltaban alrededor. Siempre se mostró muy amable y afectuoso.

Le repetí que esperaba verlo nuevamente, ya como presidente y en Argentina. Él sonrió amablemente, pero esta vez no dijo nada.

Al despedirnos lo palmeo cordialmente en la espalda, muy despacito, y López Rega que estaba a su lado, me dice: “*No lo palmeé mucho, a ver si no podemos llegar...*”. Un comentario que me resultó mal intencionado dado que lo mío había sido solamente una señal de afecto.

Tampoco tuve mucha oportunidad de hablar con Isabel, sólo palabras de circunstancia, verdaderamente no me causó una gran impresión.

Fue por esos meses de 1973 cuando, casi siete años después de mi alejamiento del Partido Demócrata Cristiano, me afilié al Partido Justicialista de la Provincia de Buenos Aires. En Quilmes, más precisamente.

El último adiós

No tuve oportunidad de entrevistarme con Perón en Argentina, pero obviamente seguí todo su proceso como Presidente de la Nación a partir del imponente triunfo el 23 de septiembre de 1973 con el 62 % de los votos, entre ellos el mío.

Estuve frente a la Casa de Gobierno en el acto del 1º de Mayo de 1974, el día del enfrentamiento con los Montoneros, quienes se retiraron de la Plaza. Fue una jornada de tristeza e incertidumbre.

También estuve en Plaza de Mayo, días después, el 10 de junio, cuando dio su último discurso y designó a su único heredero: el Pueblo. Participé junto a la inmensa mayoría de la clase trabajadora del dolor y la congoja por su partida.

Ingresé al Salón Azul del Congreso Nacional con una delegación de la CLAT, junto a otros dirigentes latinoamericanos, para rendir el último tributo al General y Presidente de los argentinos.

El pensamiento latinoamericano de Perón

En gran medida la postura ideológica, la visión geopolítica con la que me manejé tanto en la CLAT como en la CMT tenía mucha afinidad con el pensamiento de Perón.

Su equidistancia con el capitalismo y el comunismo, lo que él llamaba la Tercera Posición; su convocatoria a trabajar con los países No Alineados; sus visiones anticipatorias sobre el Tercer Mundo; la integración latinoamericana y el ABC (la alianza entre Argentina, Brasil y Chile) que lleva adelante durante su primera presidencia, que podría considerarse la antesala del Mercosur; su rechazo a las políticas imperialistas de los Estados Unidos; su tesis sobre el Continentalismo y la posterior etapa del Universalismo.

Todos estos fueron aportes valiosísimos de Perón al pensamiento latinoamericanista y que, sin dudas, marcaron el mío y definieron los humildes aportes que pude hacer desde mi responsabilidad internacional.

Por eso, cada uno de esos encuentros con el General en Puerta de Hierro fueron experiencias inolvidables, no sólo desde lo personal sino, fundamentalmente, desde lo político e ideológico.

Por esas vueltas de la vida, dieciséis años después y en representación de la provincia de Buenos Aires, asumí como Diputado Nacional por el peronismo. En ese entonces y del mismo modo que a Germán Abdala y sus compañeros del Grupo de los 8, los propios peronistas me cuestionaban por defender los ideales del General Perón. ||

El Consejo Coordinador Argentino Sindical Su acción en el Cono Sur

Una vez finalizado su mandato en la Secretaría Adjunta de la CMT, Custer se instaló nuevamente en su Quilmes natal junto a su familia. Hasta ese momento, en virtud de haber asumido una representatividad internacional, se le había otorgado una licencia especial sin goce de sueldo en la Dirección de Salud Mental, con sede en el Hospital Borda.

Lo primero que hizo al llegar fue presentarse a trabajar a las siete de la mañana en la sede del histórico neuropsiquiátrico.

—La reincorporación a mi empleo estatal fue algo muy particular, porque en definitiva yo venía de ejercer una función internacional muy importante y ahora volvía al llano.

Pero reconozco que me incorporé con ganas y tuve la suerte de ser bien recibido. Trabajaba en la oficina de Personal que tenía un gran jefe, Rubén Aldasoro, un hombre excelente, un ejemplo de funcionario público.

Después de un tiempo me trasladaron a otra sección para colaborar en una revista de neuropsiquiatría, una publicación de mucho prestigio que sacaba el Instituto Nacional de Salud Mental, del cual dependían todos los hospitales psiquiátricos.

La sede de la revista también estaba en el Borda, el jefe era el Director Administrativo del Instituto, Enrique Malles, otro modelo de funcionario responsable.

El ingreso al mundo ATE

Durante mi estadía en Bruselas fui perdiendo contacto con la gente de UPCN. Me había ido en buenos términos, renunciando a mi cargo en el gremio para asumir en la CMT, pero con los años la relación se fue enfriando, básicamente porque no me convencía la política que llevaban adelante.

Por otro lado, había intensificado los contactos con la gente de la Asociación Trabajadores del Estado (ATE) a partir de la asunción de Juan Horvath, su secretario General, a la presidencia de la CLATE. Horvath lleva adelante una política de crecimiento de esa expresión sindical de los estatales en el área latinoamericana, y comienza a relacionarse más con la CLAT y, por ende, con la CMT.

Fue en esa época cuando me afilié a ATE, organización a la que pertenecían compañeros con los que me unían años de compartir experiencias: Horvath, Pedro Avellaneda, Héctor Quagliaro y el Negro Aguirre de ATE Rosario, entre tantos otros.

A estos dos últimos, protagonistas del Rosariaz, los había conocido en la CGT de los Argentinos. Los volví a ver en el 68, en una despedida que me hizo un grupo de dirigentes sindicales de la ASA antes de irme a Bruselas. Con Quagliaro también me había cruzado en una actividad de la CLAT en Venezuela.

Mi afiliación a ATE y el compromiso de

colaborar con la organización en todo lo que pudiera, impulsaron a Horvath a tramitarme una licencia gremial sin goce de sueldo. De ese modo, a los tres meses de estar trabajando en el Hospital Borda, pasé a ocupar un cargo honorario en ATE Nacional: Director de Asuntos Internacionales del Consejo Directivo Central.

En marzo de 1974, también me hice cargo de la recién abierta Oficina Regional del Cono Sur (ORECSUR), dependiente de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), con sede en Buenos Aires, creada con el propósito de estrechar vínculos entre los sindicatos de los países del sur de Latinoamérica: Uruguay, Brasil, Chile, Paraguay, Bolivia y Argentina.

Paralelamente me integro al Instituto Internacional de Estudios y Capacitación Social del Sur (INCASUR), un ámbito de Capacitación Social que también dependía de la CLAT desde principios de los años setenta.

La ORECSUR era una oficina dependiente de la CLAT y la CMT y participaba tanto de la OIT como de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales. Sin olvidar las relaciones fluidas que teníamos con las embajadas de Venezuela, Bélgica y Alemania. En su puerta flameaban las banderas de todos los países del Cono Sur. Esto le daba cierta cobertura internacional. O dicho de otra manera, evitaba que los militares de la dictadura nos tiraran la puerta abajo.

El INCASUR, por su parte, era un espacio dedicado al estudio de las problemáticas en el movimiento de trabajadores y de capacitación y formación de cuadros y dirigentes sindicales y sociales. En un principio estaba dirigido a Argentina, Uruguay y Paraguay, pero luego se extendió a Chile, Brasil y Bolivia. Su primer director fue el paraguayo Rodolfo Romero, más conocido

como “Roro”, un dirigente sindical que aún hoy transita los caminos latinoamericanos transmitiendo conocimiento. También trabajaban en el Instituto el uruguayo Galo Pochelú, y los argentinos Guillermo Quesada, Alfredo Di Pace y Ramón Ermácora.

En alguna que otra oportunidad yo había dado charlas o había participado como expositor en las conferencias del INCASUR. En una de ellas, tuve la suerte de conocer a Germán Abdala, ese extraordinario dirigente sindical y político que con los años se convertiría en compañero y amigo.

Otro recuerdo muy fuerte que tengo del INCASUR, es el del asado que hubo a mediados del año 1979 en su sede de la Avenida de los Constituyentes, en Villa Pueyrredón, para agasajar a los dirigentes sindicales que habían estado detenidos durante tres o cuatro meses por participar en el primer paro que se le hizo a la dictadura el 27 de abril de ese año.

Entre los agasajados se encontraban Roberto Digón, Alberto Micó, José Luis Castillo, Roberto García y Ricardo De Luca. Algunos habían estado en la cárcel de Devoto y otros en la de Caseros. En un par de oportunidades, en representación del ORECSUR, fui a visitarlos a ambos penales.

Tal vez la principal función que terminó teniendo el ORECSUR por esos años fue servir de refugio a los compañeros que escapaban de la represión dictatorial. Es importante recordar que en ese momento en la gran mayoría de los países de Latinoamérica había dictaduras y en otros, estaban por llegar. El único remanso era Venezuela que pasó a ser el destino de muchos exiliados.

Chile

El 11 de septiembre de 1973 un Golpe Militar encabezado por Augusto Pino-

chet derroca al gobierno democrático del presidente Salvador Allende, dando inicio a una sangrienta dictadura que se prolongó hasta 1990.

Esa dictadura de extrema derecha se caracterizó por ser un modelo autoritario, ultraliberal y anticomunista, en el que se prohibieron los partidos políticos, se limitó la libertad de expresión, se disolvió el Congreso Nacional y se atentó gravemente contra los Derechos Humanos con miles de presos, asesinados y detenidos desaparecidos y una cifra superior de militantes políticos y sindicales obligados a exiliarse.

—En Chile habían derrocado a Salvador Allende, y una de las misiones de ORECSUR fue ayudar a los compañeros perseguidos por la feroz dictadura de Pinochet.

Manuel Bustos, por ejemplo, fue un dirigente muy importante de los textiles que llegó a ser diputado nacional y presidente de la central chilena (CUT). Al exiliarse pasó por Buenos Aires donde compartió con nosotros la Nochebuena y luego se fue a Italia. Al tiempo decidió volver a Chile y pasó un periodo de “extrañamiento”, una modalidad de prisión domiciliaria en un lugar alejado de su domicilio. Fue entonces cuando lo fui a visitar en Rancaagua, una ciudad al sur de Santiago.

También visité en dos oportunidades en la cárcel de Santiago a Rodolfo Seguel, dirigente del Sindicato de trabajadores del Cobre, una figura de la resistencia obrera a la dictadura, considerado por muchos el Lech Walesa de Chile.

No me quiero olvidar de Tucapel Giménez, uno de los promotores de la CLATE asesinado por acción de la CIA cuando conducía un taxi. Él había promovido la conformación del Grupo de los 10, una decena de sindicatos importantes que formaron un bloque para oponerse a Pinochet.

Bolivia

En 1971 el gobierno popular del General Juan José Torres fue sustituido por una dictadura militar de extrema derecha encabezada por el General Hugo Banzer, quien prohibió la acción sindical y política, suspendió los derechos civiles y ocupó militarmente los centros mineros. El gobierno de facto se extendió hasta 1982.

—Durante la dictadura de Banzer en Bolivia, apoyamos a don Juan Lechín Oquendo en su exilio en Argentina. Solía pasar las tardes en nuestra oficina buscando compañía y refugio.

Lechín había sido vicepresidente de su país en el gobierno revolucionario del MNR, pero en el año 74 se tuvo que exiliar y se vino a Buenos Aires. Al poco tiempo de llegar lo encarcelaron en la sede de Coordinación Federal de la Policía.

Para sacarlo de su encierro hicimos varias gestiones con el Dr. José Antonio Allende, Presidente del Senado durante el gobierno de Isabelita, ya muerto Perón.

Años después lo volví a ver siendo secretario General de la COB, en plena dictadura, en un congreso realizado en la clandestinidad en la localidad minera de Coro Coro; y ya en democracia, en otro realizado en Cochabamba.

Un gran dirigente, sin dudas, un revolucionario. Digno representante de los mineros bolivianos. Tengo su imagen grabada con el cigarrillo apagado en la boca, pasando las tardes en nuestra oficina.

Preso en Uruguay

El 27 de junio de 1973 el presidente Juan María Bordaberry, electo democráticamente en 1971, en alianza con las fuerzas

Armadas disuelve las Cámaras legislativas, prohíbe los partidos políticos, ilegaliza los sindicatos y lleva adelante una política de persecución, encarcelamiento y asesinatos de opositores al régimen. La dictadura cívico-militar se prolonga hasta marzo de 1985.

—En Uruguay había una dictadura disfrazada con un presidente, Juan María Bordaberry, puesto por los mismos militares. Allí conocí a Luis Pastorino, dirigente de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), antecesor del gran Pepe D'Elía.

A Montevideo fui en una misión de solidaridad para informarme y colaborar económicamente con los compañeros que estaban presos y otros que acababan de salir, entre ellos un gran dirigente sindical, muy ligado a la CLAT, Omar Machado, que había estado dos años en prisión.

Tenía que encontrarme con él para entregarle un dinero, pero antes voy a una reunión con cerca de treinta compañeros de la Acción Sindical Uruguaya. De pronto cae el Ejército y nos lleva a todos detenidos, yo era el único extranjero.

No me voy a olvidar nunca que llevaba encima un papelito con su dirección, y para que no lo descubrieran me lo metí en la boca disimuladamente y me lo fui comiendo despacito. Era el 8 de julio de 1976.

Nos tuvieron tres días detenidos en condiciones relativamente buenas, no nos trataron mal. Fueron liberando a todos los uruguayos, a mí me dejaron para el final porque esperaban los antecedentes de Argentina.

Mientras estaba detenido fueron al hotel a revisar mis cosas y encontraron un maletín con documentos, incluso un boletín con el discurso que había dado en un

Congreso de la COB en Bolivia, creo que en Oruro, donde hablaba pestes de las dictaduras. “¿Usted dijo eso?”, me preguntaban en los interrogatorios.

El día que me largaron me dicen: “Póngase el abrigo que tenemos que salir”. Pregunto a dónde íbamos y me responden: “Ya lo va a saber”. Finalmente me llevaron al Departamento Central de Policía, en pleno centro.

Tengo viva en mi memoria una imagen: había mucha gente haciendo cola en la puerta de un cine, y al bajarme del patrullero esposado me hicieron pasar delante de todos.

Al entrar me encuentro con el Dr. Daniel Sosa Díaz, abogado y dirigente de la Democracia Cristiana Uruguaya que a solicitud de los compañeros uruguayos había ido a pedir por mi libertad. Resulta que el abogado era el vicepresidente de la Federación Ciclista de Uruguay y el comisario que me tenía preso era el presidente. En confianza con el policía, le habló bien de mí y consiguió que me dejaran libre. Se podría decir que me salvé gracias al ciclismo.

No pude salir ese día porque era fin de semana y tuve que esperar hasta el lunes. Quedé detenido en una oficina, durmiendo sobre un colchón en el suelo con el temor de lo que pudiera sucederme a mi vuelta a la Argentina. Afortunadamente en Aeroparque sólo me esperaban Auyero y otros abogados.

El Paraguay de Stroessner

El General Alfredo Stroessner encabezó un golpe de Estado en Paraguay en agosto de 1954 y gobernó de facto durante treinta y cinco años llevando adelante una política represiva que llevó al asesinato de más de 3.000 personas.



▲ 1. Custer en uso de la palabra durante la Conferencia Latinoamericana por la Democratización del Estado [CLASEF CLATE], en ATE (1985) | 2. Custer junto a dirigentes sindicales locales en Utrecht, Holanda | 3. Caracas, 1973. Reconocimiento a Gloria y Carlos de organizaciones sindicales latinoamericanas al regreso de la primera misión en la CMT



4. Austria. Participando del Congreso de la CMT en 1985 junto a Abdala, De Gennaro, Miguel Gazzera y Horacio Mujica | 5. Curazao, 1990. Disertando durante un encuentro de HORECAF, sindicato de hoteleros, restaurantes y turismo.

El movimiento sindical y las Ligas Campesinas del Paraguay sobrevivieron con extraordinaria dignidad a larga noche de la dictadura strosnista. Vivieron en la semi-clandestinidad, con feroces represalias y un extraordinario espíritu combativo. La Confederación Paraguaya de Trabajadores (CPT) era una organización totalmente cooptada por la dictadura.

—Rindo un homenaje a dirigentes sindicales y campesinos paraguayos, que a través del MSP, la CNT, la CUT y las Ligas Campesinas lucharon con enorme dignidad contra la dictadura strosnista. En Paraguay teníamos relaciones muy estrechas con la Comisión de Derechos Humanos y con la gente del Partido Liberal Radical, del Partido Revolucionario Febrerista y con la Democracia Cristiana.

A la Comisión de DDHH la presidía una mujer muy valiente, doña Carmen de Lara Castro, que fue diputada del Partido Liberal. ¡Había que ser presidente de la Comisión de DDHH...! El vicepresidente era otra gran personalidad que murió hace poco, el profesor Luis Resck, de la Democracia Cristiana, un maestro de maestros.

Estas dos personas eran un remanso cuando íbamos a Asunción porque eran las que nos acompañaban en todas las gestiones y nos recibían en sus casas. Nuestra misión, particularmente, era estar cerca de las bases sindicales y de los compañeros de las Ligas Campesinas.

Siempre éramos recibidos por los ministros de Trabajo, habremos estado con tres o cuatro de ellos para demostrarles que lo nuestro no era ni clandestino ni turbio. Hacíamos gestiones por los compañeros presos, denunciando los atentados que se cometían.

A Paraguay fui por primera vez en diciembre del 73 en plena dictadura, y la segunda

acompañado de Rodolfo Romero, director del INCASUR, en julio del 74. Mientras estábamos allá muere el General Juan Domingo Perón en Buenos Aires, casualmente por una neumonía que contrajo en una visita a Paraguay un mes antes.

En oportunidad de una jornada de formación con más de treinta compañeros paraguayos y un rosarino, Emilio Valenti, caen todos presos. Yo me salvé porque no fui, pero ellos estuvieron detenidos durante dos meses en una cárcel a las afueras de Asunción.

Es bueno recordar que la dictadura de Stroessner fue terrible, por eso siempre admiré la valentía de los paraguayos. Recuerdo a un periodista, Martín Almada, Premio Nobel Alternativo, un hombre extraordinario, que descubrió los “archivos del terror” donde se revelaban todos los mecanismos del Plan Cóndor, un plan de inteligencia diseñado y coordinado por los servicios de seguridad de las dictaduras militares de Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay, en colaboración con la CIA de Estados Unidos, para aniquilar a la militancia revolucionaria en la década de los 70.

La primera cárcel de Lula

La dictadura militar se inicia en Brasil en marzo de 1964 con el derrocamiento del gobierno democrático de João Goulart y finalizó en 1985 con la asunción de José Sarney.

El régimen se caracterizó por aplastar la libertad de prensa, reprimir severamente la oposición política y violar reiteradamente los Derechos Humanos.

En el año 79 se realiza en Brasil una gran huelga de todo el sector metalúrgico de San Pablo, se la llamó la huelga del ABC por-

que participaban tres municipios industriales San André, San Bernardo y San Caetano. Algunos le agregan el municipio de Diadema, y la llaman huelga del ABCD. Una medida de fuerza que llegó a poner en aprietos a la dictadura vigente por aquellos años.

El sector metalúrgico se encontraba en expansión con grandes fábricas (Ford, Volkswagen, General Motors) y Luiz Ignacio da Silva, más conocido por Lula, era el secretario general del sindicato metalúrgico de San Bernardo y el líder de esa huelga.

—La CLAT me pide que vaya a apoyar el conflicto en su representación y, por razones de seguridad, me quedo viviendo en la casa de un amigo nuestro, Rui Brito de Oliveira Pedrosa, ex diputado federal.

Con él fuimos a la Catedral de Sao Bernardo, donde estaba el Obispo Claudio Hummes, hoy arzobispo y cardenal, conocido entre otras cosas porque era la persona que estaba al lado del Cardenal Bergoglio cuando lo nombran Papa. Él fue el que le dijo: “No te olvides de los pobres”, impulsando a Bergoglio a elegir el nombre de Francisco y no el de Ignacio —de Loyola— como se esperaba de un jesuita.

Al llegar a la Catedral nos llevaron a la sacristía donde estaba Lula y tuve la oportunidad de charlar un rato con él y expresarle la solidaridad y el apoyo de la CLAT.

Era un Lula muy joven, con una barba tupida y un gorrito de ferroviario, esos azules con visera. Me dio la impresión de que era un gran líder sindical, una muy buena persona y un tipo sensato. Él creía, y sigue creyendo, en la organización del pueblo, que no hay otro camino que ese: la organización y la conciencia del pueblo.

Poco tiempo después lo encarcelan y

regreso a Brasil. Estaba detenido en el Departamento de Orden Público (DOP) de San Pablo, voy a visitarlo pero no me permiten verlo.

De ahí fui a una asamblea en la misma Catedral en que me había encontrado con Lula, donde pude conocer a otros dos grandes políticos: Ulises Guimaraes, quien presidió la Constituyente por la nueva Constitución de Brasil, un gran político; y André Franco Montoro, un gran latinoamericanista, que más adelante sería gobernador de San Pablo.

También estaba presente Ricardo Alemao, un dirigente sindical de mucha potencia, integrante del PCdoB, el Partido Comunista de Brasil, el principal orador de ese acto. Al finalizar, lo sacaron a escondidas porque se temía que los servicios lo apresaran a la salida.

Después tuve la suerte de encontrarme con Lula en otras oportunidades. Una vez cenamos juntos en Bruselas, luego lo vi acá cuando era presidente electo y lo visitamos con Víctor De Gennaro, siendo este secretario General de la CTA, en la embajada de Brasil. Él le tiene un afecto especial y un gran respeto a Víctor. No por nada en el acto de proclamación de la fórmula en Brasil dijo que De Gennaro era su candidato para ser presidente de la Argentina.

En 1981 volví a Brasil, esta vez para participar de un congreso en la ciudad de Santos, donde se realizó un intento de unificación de las distintas centrales que se llamó CONCLAT, Conferencia Nacional de las Clases Trabajadoras, la primera conferencia de todos los sindicatos en las postrimerías de la dictadura.

Todavía no existía la CUT de Brasil, había ocho grandes centrales profesionales, más bien corporativas. Se avecinaba una renovación sindical en un clima de mucha

tirantez entre los que habían luchado contra la dictadura y los “pelegos” o amarillos, que habían colaborado con los militares.

Finalmente ese intento no se consumó y el CONCLAT no volvió a repetirse, pero participar de aquella actividad fue una experiencia muy interesante.

Después de ese congreso nacen la Central Única de los Trabajadores (CUT) en 1983; la Confederación General de Trabajadores (CGT) en 1986 y Fuerza Sindical en 1991, producto de una división de la CGT.

La CUT se fundó en agosto de 1983 en São Bernardo do Campo, Estado de São Paulo, con sectores identificados con la Articulación Nacional de los Movimientos Populares y Sindicales (Anampos), que defendían, de un modo general, un sindicalismo independiente de la injerencia estatal, pero democrático y activo, sin acomodación a la estructura sindical.

La CUT debería no sólo garantizar el acceso más amplio de la clase trabajadora a las entidades y a la estructura sindical, sino también ampliar los derechos de organización para todos los individuos.

El CCAS

En agosto de 1977 llega a la Argentina una Misión de Solidaridad de la CMT y la CLAT con la intención de interesarse por la situación de los presos políticos y sindicales. Dicha misión encabezada por el canadiense Marcel Pepín tiene reuniones con dirigentes sindicales, entrevistas oficiales en el Ministerio de Trabajo donde se interioriza sobre la intervención de la CGT y visita a presos políticos en las cárceles de Caseros, Devoto y la Unidad 9 en La Plata.

La delegación estaba integrada por Dago-
berto González de Venezuela (senador

nacional); otro venezolano, Rafael León León, secretario general de la CTV y también diputado nacional; Eduardo García, cubano venezolano, secretario general adjunto de la CLAT y Willy Peirens, secretario General de la CSC de Bélgica.

—Pepin era una eminencia. Fue presidente de la CMT, presidente de los Sindicatos de Canadá, profesor en la Universidad, un gran escritor, un hombre extraordinario.

Cuando la delegación llega a la Argentina en 1977 la recibimos en un Plenario que se hizo en la sede del sindicato de taxistas en la calle Neuquén, con la presencia de Roberto Digón y otros dirigentes recientemente liberados, en el que se cantó la marcha peronista. En realidad, fue una excusa para juntar a los gremios que intentaban resistir a la dictadura.

Luego del plenario fuimos recibidos por el General Liendo, por entonces Ministro de Trabajo de la dictadura, y nos habilitan para visitar las cárceles de Caseros, Devoto y la Unidad 9 en La Plata.

La delegación también fue recibida por el comodoro Juan Carlos Porcile, interventor de la CGT, con el que se mantuvo una reunión muy tensa. De hecho, Eduardo García, de la CLAT, al salir hace declaraciones a la prensa pidiendo la libertad de todos los presos y el esclarecimiento sobre los desaparecidos. El diario *La Opinión*, que recogió la información, tituló la nota “Insólitas declaraciones”.

Al terminar la misión habíamos resuelto realizar una conferencia de prensa en el Hotel City del centro porteño para dar cuenta de lo realizado por la comitiva en su visita a la Argentina.

Recuerdo que estaba saliendo de mi casa para ir al hotel y recibo un llamado del comisario Pappalardo, jefe policial de

Orden Gremial —el área que espía a los dirigentes sindicales—, pidiéndome reunirnos con urgencia.

Durante el encuentro me anticipa que no iban a permitir la conferencia de prensa, que los invitados corrían el riesgo de ser expulsados y que nosotros íbamos a sufrir consecuencias.

Finalmente decidimos desistir de la actividad y la delegación partió rumbo a Montevideo sin contratiempos. Más tarde me llama Juan Horvath, titular de ATE Nacional, y me aconseja no regresar a mi casa y llevar a mi familia a otro lugar. Un marino, interventor de UPCN, le había pasado el dato: *“Hay bronca con ustedes, mejor es que se guarden unos días”*.

Para no correr riesgos nos fuimos con Gloria, mi suegra y los cuatro chicos al departamento de un médico amigo, el Dr. Eduardo Protto, donde nos quedamos cinco o seis días escondidos. Tuvimos miedo, los chicos no entendían qué pasaba y vivimos casi una semana llenos de incertidumbre.

El propio Eduardo García, años después, me confesó que se fueron ese día mirándonos las caras y pensando “Pobres tipos, la que les espera”. Pero no pasó a mayores.

En el marco de esa Misión de Solidaridad se crea el Consejo Coordinador Argentino Sindical (CCAS), un espacio de participación de los gremios y las agrupaciones sindicales de Argentina relacionadas con la CLAT.

La integraban, entre otros, el sindicato de Fideeros, Farmacia y Navales, además de agrupaciones sindicales que también eran miembros del Consejo. La Agrupación Nacional Unidad y solidaridad en ATE (ANUSATE) se suma a partir de finales del año 77.

De alguna manera, el CCAS vino a reemplazar a lo que en su momento fue la Acción Sindical Argentina (ASA), un espacio de coordinación de militantes sindicales con una mirada humanista, transformadora y latinoamericanista.

Entre otros, fueron de la partida dirigentes de la talla de Horacio Mujica (Farmacia), Roberto Digón (Tabaco), Ricardo De Luca y Cayo Ayala (Obreros Navales) y Alfredo Carazo (FATPren).

El CCAS se ocupaba además de acompañar los procesos de las organizaciones afiliadas y de las centrales sindicales que tenían relación con Argentina. Lo llevaba adelante un pequeño grupo presidido por Miguel Gazzera, un dirigente fideero de gran capacidad que fuera secretario de Prensa de la 62 Organizaciones Peronistas, acompañado a su vez por Alicia Crescini. Más adelante se sumaron Daniel Parceró, periodista e historiador de ATE y Agustín Rojo, que fue Director de Prensa de ATE Nacional a fines de los años ochenta.

Su principal tarea era fortalecer la relación con los sindicatos, dar cursos de formación y ayudar a las organizaciones sindicales y dirigentes de los países donde había dictaduras.

Asistencia a los exiliados

Tal vez una de nuestras principales tareas durante las dictaduras latinoamericanas, además de las denuncias y las visitas a los presos, fue ayudar a salir del país y ubicar en el extranjero a los compañeros que debían exiliarse.

A través de la Regional Sur de la CLAT, se pudo asistir a distintos políticos y sindicalistas perseguidos, entre tantos otros a Julián Licastro, político peronista y ex militar; al Dr. Horacio Moavro, abogado

de Luz y Fuerza; a Dante Oberlin, dirigente gráfico que participaba en ASA por la CGT de los Argentinos; al Dr. Manuel Urriza, abogado de ATE y presidente del Instituto Juan Perón; a Alicia Fondevila de los Gráficos; a Jorge Di Pasquale de Farmacia y ex secretario de Prensa de la CGTA.

El circuito para el exilio se iniciaba en San Pablo (Brasil), con la colaboración del Frente Nacional del Trabajo, muy ligado a la Arquidiócesis de San Pablo; un organismo fundamentalmente de derechos humanos que acogía a militantes que llegaban de otros países.

A muchos se los ubicaba en distintas organizaciones ocupando determinadas funciones: el abogado Urriza fue director de Prensa de la CLAT; Licastro tuvo un cargo en el Instituto Andino de Estudios Sindicales; a Moavro se lo ubicó en un Instituto de la Democracia Cristiana (ICD) y así con muchos otros.

Uno de nuestros lamentables fracasos, para decirlo de alguna manera, fue con una tucumana, Nérida Azucena Sosa de Forti. Esposa de un médico que se había exiliado en Venezuela, la tuvimos viviendo en las oficinas del CCAS durante un tiempo hasta que logramos subirla a un avión en Ezeiza con sus cinco hijos. Desgraciadamente los militares se enteraron y la bajaron del avión junto a los chicos. A ellos los entregan en una orden religiosa y Nérida no apareció nunca más.

Otro caso muy triste fue el de Jorge Di Pasquale, secretario de Prensa de la CGT de los Argentinos. Era habitué de nuestra oficina en la calle Venezuela, como Horacio Mujica, Alfredo Ferraresi y otros compañeros. A Jorge lo ayudamos a irse a Caracas donde estuvo trabajando en la Universidad de los Trabajadores de la CLAT. Pero a los meses de estar allá no soportó el exilio ni la lejanía con su fami-

lia y tomó la decisión de volver a pesar del peligro. Intentamos convencerlo de que se quedara pero no hubo caso. Volvió en noviembre de 1977 y un mes después lo secuestraron. No volvimos a saber nada de él, fue una de las peores pérdidas.

Lo mismo le sucedió a Roberto Repetto, dirigente nacional de UPCN, trabajador de la Dirección Nacional de Previsión Social. Fue secuestrado y desaparecido en marzo del 1978 cuando sólo tenía 28 años. Un compañero que había estado en la CLATE y había denunciado las violaciones a los derechos humanos de la dictadura.

Venezuela, el oasis democrático

Venezuela era uno de los pocos países de la región que no había sufrido golpes de Estado, no sólo había democracia, sino que además en Caracas funcionaban la sede de la CLAT y la Universidad de los Trabajadores de América Latina (UTAL).

La pertenencia de ANUSATE al CCAS permitió que muchos compañeros de ATE pudieran viajar a formarse a Venezuela e incluso ocupar cargos en el ámbito nacional e internacional aun antes de recuperar el gremio.

De esta manera, Carlos Cassinelli, Héctor Quagliaro, Víctor De Gennaro, Germán Abdala fueron una suerte de miembros extraordinarios en el ámbito de la CLAT, a pesar de que ATE no pertenecía ni a la Central Latinoamericana ni a la CMT.

Víctor fue secretario General Adjunto del CCAS, Germán cumplía otras funciones como Manuel Sbarbati, Osmar Zapata y el propio Colorado Quagliaro.

Muchos otros compañeros fueron asiduos participantes de los cursos que se daban en la UTAL en San Antonio de los

Altos, en una colina a 25 kilómetros de Caracas. Eran unos cursos superiores que duraban dos meses y medio, destinados a cuadros dirigentes.

Venezuela era por entonces un oasis de democracia, un refugio para los perseguidos por las dictaduras de todo el continente, estaba llena de argentinos y sudamericanos exiliados de sus países.

Cada vez que viajábamos llevábamos cartas o encomiendas para los compañeros que se habían refugiado allí. Recuerdo haberle llevado envíos de su familia al radical Adolfo Gass, a Manuel Urriza, abogado de ATE, a Julián Licastro, el dirigente peronista, y a muchos más.

Por esos años hubo gobiernos socialdemócratas como el de Carlos Andrés Pérez; y demócratas cristianos, como los de Rafael Caldera y Luis Herrera Campins; tres presidentes democráticos y solidarios.

La militancia en ATE

Paralelamente a su actividad en estos organismos de la CLAT, Carlos colaboraba con la conducción de ATE Nacional y se ligaba cada día más a la marcha del gremio.

En el año 1975 ATE festeja su cincuentenario con una gran cena en el Hotel Savoy, al que asisten dirigentes de todo el arco sindical y político argentino. La gran sorpresa de la noche fue la presencia del Almirante Emilio Massera, comandante en Jefe de la Armada y luego integrante de la Junta Militar de la dictadura que caería sobre el país apenas un año después.

El titular de ATE, Juan Horvath, lo conocía desde su época de trabajador en los Astilleros Río Santiago por lo que tenía buena llegada a él y al resto de los marinos.

Hasta ese momento Custer tenía una muy buena relación con Horvath, que lo había acompañado en su primer día de trabajo al regresar de la CMT y le había gestionado la licencia gremial que le permitió asumir sus funciones en el ORECSUR y el CCAS.

Pero el 24 de marzo de 1976 se produce el golpe militar y Argentina se suma a las dictaduras que ya existían en Chile, Uruguay, Paraguay, Brasil y Bolivia. De esta manera se cerraba el círculo de gobiernos militares en todo el Cono Sur.

En junio de ese mismo año, apenas cuatro meses después del golpe, Juan Horvath asiste a la Conferencia Internacional de la OIT invitado por los dictadores.

Esta actitud provocó que Héctor Quagliaro y otros integrantes de la Comisión Directiva Nacional de ATE, junto a dirigentes de distintas seccionales y un grupo de jóvenes militantes, se enfrenten a Horvath.

—Fue el fin de nuestra relación humana y política. Algo que lamenté mucho porque incluso nuestras familias tenían un lindo vínculo.

Paralelamente crecía mi amistad con Héctor Quagliaro con quien participábamos del Movimiento Sindical Peronista.

En una cena que tuvimos en la cantina de Avenida Belgrano y Alberti, justo en la esquina de ATE, Quagliaro me presenta a un jovencísimo vocal de ATE Nacional opositor a Horvath. Era Víctor De Gennaro.

Empieza entonces una etapa nueva en mi vida. Se abre otro espacio de militancia con mucho por venir: la fundación de ANUSATE y la larga pelea para recuperar la democracia en general, y la Asociación Trabajadores del Estado en particular.

Mis responsabilidades en la Regional de la CLAT duraron hasta 1989. Fueron quince años de trabajo, siempre en el local de la calle Venezuela. Ese mismo lugar por el que pasaron una inacabable lista de dirigentes y militantes muy valiosos y que sirvió de refugio a tantos otros que debían exiliarse para salvar sus vidas. Fue también donde recibimos la primera visita de las Madres de Plaza de Mayo que por esos días se estaban constituyendo como organización de Derechos Humanos.

Un lugar de formación, de construcción de lazos entre las organizaciones sindicales y de humilde lucha contra todas las dictaduras del Cono Sur. Un lugar que simbólicamente terminó siendo con los años el hogar, y la última morada, de un compañero emblemático en la historia de ATE: Germán Abdala.

Campaña del No en Chile

La Constitución chilena de 1980, producto de una reforma de la Junta Militar que en el año 1973 había tomado el poder mediante un golpe de Estado y asesinado al presidente democráticamente electo Salvador Allende, establecía un mandato de ocho años para la Presidencia de la República. Transcurrido este período, el pueblo chileno debía ser convocado a las urnas para decidir si quería conceder a Pinochet un nuevo período o, por lo contrario, prorrogar un año más su gobierno y convocar, pasado ese tiempo, elecciones a la Presidencia. El plebiscito para elegir entre la opción del Sí o la opción del NO a la continuidad del General en el poder fue convocado para el 5 de octubre de 1988.

-La Concertación Democrática, integrada por partidos que estaban a favor del NO como la Democracia Cristiana, el Partido

Comunista, el Partido Socialista y los radicales, nos invitaron a Víctor De Gennaro y a mí a participar como observadores internacionales del Plebiscito, junto a otras veinticinco o treinta personas.

El lugar de votación que nos tocó observar es muy emblemático: el Estadio Nacional, el principal campo de concentración durante los primeros días del golpe en 1973, una cancha de fútbol donde torturaron y mataron a mucha gente.

Más allá de la simbología, tuvimos la alegría de ver cómo en el recuento de votos se imponía el NO al régimen dictatorial que llevaba quince años en el poder.

Fue una experiencia muy intensa, porque a pesar de la felicidad por el triunfo del No había mucha tensión porque nadie sabía si Pinochet iba a aceptar el resultado final o lo anularía por decreto.

Afortunadamente, sea por presiones militares internas, políticas o internacionales, el dictador se vio obligado a aceptar el plebiscito y se desencadenó el proceso democrático que llevó a la elección y, finalmente, a la victoria de Patricio Aylwin, de la Concertación, sobre los candidatos pinochetistas en los comicios del año siguiente.

También fue una alegría el triunfo de Aylwin; un político a quien yo respetaba y al que tuve oportunidad de tratar en distintas ocasiones. Creo que a pesar de las dificultades y los condicionamientos que tuvo que afrontar durante la transición, hizo un trabajo excelente.

Fue un político demócrata cristiano, de centro derecha, muy bien ubicado y con una dimensión ética y también social de la política. Lo había conocido en los años 60 en un congreso de la Democracia Cristiana, lo vi luego en un seminario político

realizado en Río Ceballos (Córdoba) y en las distintas misiones que hice con el ORECSUR a Chile durante los años de la dictadura.

Recuerdo con emoción haber estado en el cierre de su campaña, en un gran acto ante centenares de miles de personas; también en su asunción y luego cuando ya era presidente de Chile. Junto al senador nacional de la izquierda cristiana, a Radomiro Tomic, fueron de los políticos más importantes de esa etapa de la historia chilena.

EL MOPUL

El Movimiento Popular por la Unidad Latinoamericana (MOPUL) fue una iniciativa promovida por la CLAT en 1983 donde se convocó no sólo al sector sindical sino que había también profesionales, camaristas, políticos y gente de diversas organizaciones. Estaban, entre otros, Abel Di Próspero, un escribano de la Confederación de Profesionales y el doctor Capón Filas, un gran camarista de trabajo.

También participó Jorge Julio Greco, creador y presidente del Movimiento Nacional Latinoamericano y uno de los grandes propiciadores de la unidad latinoamericana. Gracias a él tuve la oportunidad de conocer años antes al gran poeta republicano español, Rafael Alberti, cuando lo trajo a Buenos Aires y, por sus gestiones, pude visitar a Juan Domingo Perón en su residencia madrileña de Puerta de Hierro.

El debate y la intención del MOPUL fue fomentar la unidad latinoamericana, creando conciencia en todos los sectores para intensificar la coordinación entre los movimientos; sin esperar a que los gobiernos tomaran la iniciativa, sino construyéndola desde abajo, por convicción de sus pueblos y de sus organizaciones populares.

Hay que recordar los lamentables conflictos bélicos que enfrentaron a pueblos hermanos: los enfrentamientos entre Perú, Bolivia y Chile; la guerra de El Salvador y Honduras; Perú con Ecuador en los 90; la Guerra del Chaco, la de la Triple Alianza o los conflictos fronterizos que casi nos llevan a la guerra con Chile.

El MOPUL, cuyas ideas y objetivos se fueron plasmando a través de los diferentes procesos de integración (Pacto Andino, MERCOSUR; UNASUR, CELAC), aún tiene vigencia en los sentimientos de hermandad y solidaridad de los Pueblos de Latinoamérica y el Caribe.

Visita a Yugoslavia junto a Víctor y Germán

En el año 1985 fui al Congreso de la CMT realizado en Baden-Baden (Austria) —por mi condición de ex secretario General Adjunto de la Confederación era invitado a todos los congresos tanto de la CMT como de la CLAT— integrando una comitiva conformada, entre otros, por Miguel Gazzera, Horacio Mujica, Mario Morán, Germán Abdala y Víctor De Gennaro, representando al Consejo Coordinador Sindical Argentino (CCAS).

Una vez terminado el Congreso, con Víctor y Germán fuimos a Yugoslavia invitados por la Confederación de Sindicatos de Yugoslavia, cuyo secretario de Relaciones Internacionales era Raif Dizdarevic, para conocer mejor la experiencia de autogestión.

El avión que nos llevaba no puede aterrizar en Belgrado y nos deja en Split, una ciudad hermosa de la costa dálmata construida sobre el palacio de Diocleciano, un emperador romano. De allí, tras unas horas de espera, nos fuimos en tren hasta Belgrado.



▲ 1985. Con Germán Abdala y Víctor De Gennaro en Yugoslavia

Nos habían preparado un programa para conocer el sistema de autogestión, que se aplicaba tanto a nivel de las empresas, como a nivel regional y nacional. Las empresas tenían un consejo de autogestores con un director que tenía la tarea de la coordinación y la mayor responsabilidad.

La experiencia nos interesaba mucho porque se trataba de un socialismo autogestionado que buscaba superar la avaricia del capitalismo privado y evitar la burocratización de un Estado centralista.

Lo que conocimos en ese viaje nos resultó tan atractivo y establecimos tan buena relación con ellos, que luego fueron otros dirigentes sindicales a empaparse de ese camino alternativo, de esa experiencia.

Estando en Belgrado tuvimos la oportunidad de entrevistarnos con el General Zenko que había sido el Jefe de Estado

Mayor de la guerrilla del Mariscal Tito, un hombre que tenía una historia legendaria de lucha contra el fascismo de Ante Pavelic en Croacia.

Desafortunadamente Yugoslavia sufrió muchas dificultades y ese logro de constituir una República Federal agrupando las seis naciones, con la muerte de Tito y los desencadenantes que se producen después de la Caída del Muro, desembocaron en su desintegración. Esas seis repúblicas federadas terminan independizándose, y por supuesto terminó también el sistema de autogestión.

Guardo un hermoso recuerdo de ese viaje compartido con Víctor y Germán, apenas un año después de la Recuperación de ATE y siempre lamenté que esa experiencia de un país autogestivo, socialista y No alineado –Yugoslavia fue el creador de ese concepto–, no triunfara y se instaurara definitivamente. ||

ANUSATE

En el año 1975 la Asociación Trabajadores del Estado tiene dos importantes acontecimientos. Por un lado, celebra sus primeros cincuenta años de vida y se dispone a festejarlo en gran forma. Por otro, hay elecciones generales donde se impone, como siempre, la histórica lista Azul y Blanca sin oposición mediante.

A pesar de la lista única no todo era consenso en las filas de las autoridades nacionales de ATE. Juan Horvath conducía el sindicato en calidad de secretario General del Consejo Directivo Central, como se lo llamaba por entonces, desde hacía una década pero, tras su distanciamiento de la experiencia combativa de la CGT de los Argentinos y el apoyo a las medidas liberales del gobierno de Isabel Perón, López Rega y el ministro de Economía, Celestino Rodrigo, no las tenía todas de su parte.

Un grupo de dirigentes encabezado por Héctor Quagliaro, integrante de la conducción nacional de ATE; un jovencísimo vocal del Consejo Directivo, representante de la Secretaría de Minería, Víctor De Gennaro, y muchos militantes más, peronistas y de izquierda, cuestionaban su liderazgo y la falta de crítica a la política económica del gobierno nacional.

En ese marco se da el golpe militar del 24 de marzo de 1976, autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, interrumpiendo nuevamente un proceso democrático para instalar una dictadura que quedará en la memoria como la más genocida de todas las que sufrió nuestro país.

Una feroz y brutal represión arrasa con las organizaciones populares, guerrilleras o no, mediante el terrorismo de Estado, la constante violación de los derechos humanos, la desaparición y muerte de miles de personas, la apropiación sistemática de niños y otros crímenes de lesa humanidad. Sin olvidar la falta de libertad de prensa, la prohibición de la actividad sindical y política y la intervención de los sindicatos.

En julio de 1976, Horvath integra la comitiva oficial que participa de la Conferencia Mundial del Trabajo de la OIT en Ginebra invitado por los militares golpistas. Su presencia allí, de algún modo, legitimaba al gobierno de facto.

En diciembre de ese año, se realiza en la Falda (Córdoba) el Congreso Ordinario de ATE y asoma la oposición a Horvath que terminaría oficializándose un año después bajo el nombre de ANUSATE.

—Por esos años, era un afiliado a ATE con licencia gremial sin goce de sueldo en Salud Mental y estaba a cargo de la oficina regional de la CLAT en el Cono Sur (ORECSUR).

Tenía muy buena relación con Horvath, de hecho me invitó a participar de los festejos del 50° aniversario de ATE que se celebró en el Hotel Savoy, donde me llamó mucho la atención la presencia del almirante Massera en representación de la Armada. Con la ida de Horvath a la OIT a poco del golpe, se profundizan las diferencias políticas que ya habían aparecido

con la CGTA y luego en el gobierno de Isabel.

Yo no era directivo de ATE pero tenía relaciones con muchos compañeros, uno de ellos Héctor Quagliaro, que representaba el ala más dura, más combativa. Con él había compartido las reuniones del Movimiento Sindical Peronista que se realizaban en ATE, a las que Horvath nunca asistía. En la seccional Capital pasaba algo parecido, Carmelo Cantizano, su secretario General, era isabelista de la primera hora y un sector importante se agrupaba para hacerle oposición.

Como decía, con la llegada del golpe militar y el viaje de Horvath a Ginebra, todo se complicó mucho más y los sectores críticos a la línea política llevada adelante por la conducción de ATE comenzaron a juntarse en las oficinas de la calle Venezuela de la ORECSUR. Se acercaban también agrupaciones de otros gremios, podríamos decir que allí nacieron varias agrupaciones opositoras.

Lamentablemente no pude estar el 10 de diciembre de 1977, cuando se funda orgánicamente ANUSATE en la Casa Nazareth, al lado de la Iglesia de la Santa Cruz en Buenos Aires, porque me encontraba participando del Consejo Anual de Planificación de la CLAT en Caracas. Pero tomé parte de todos los preparativos e hice la gestión para que se reunieran en ese lugar.

En 1977 también se lanza el Consejo Coordinador Argentino Sindical (CCAS), dirigido por Miguel Gazzera, y dos abanderados de la lucha contra Horvath se integran orgánicamente. Víctor De Gennaro y Germán Abdala, quien asumió la dirección de Formación.

Víctor había sido despedido de su trabajo en Minería, Quagliaro de su sector, y muchos otros compañeros estaban cesantea-

dos. Germán era delegado de ATE Minería y a la tarde colaboraba en las tareas en el CCAS.

Pero más allá de la colaboración con el CCAS, se dedicaban íntegramente a fundar la agrupación a través de los cursos de formación del CCAS y del INCASUR que se realizaban en todo el país. Más de una vez participé de esas actividades. Recuerdo haber viajado a Tucumán y a Santiago del Estero con Víctor.

Por supuesto que los dirigentes de ATE Nacional, Horvath en especial, se enfurecían con ese ámbito donde se gestaba su oposición. De hecho, años después, nos expulsan del sindicato a Quagliaro, De Gennaro, Manuel Sbarbati, Andrés Pérez y a mí, en un Congreso ilegal realizado en Paraná, Entre Ríos. Los insultos y las descalificaciones también alcanzaban a la CLAT, el ORECSUR, el INCASUR y el CCAS. Para ellos éramos todos traidores y zurdos y hacían pintadas con la leyenda "*De Gennaro y CLAT: Marxismo en ATE*".

Por entonces Horvath recibe en su oficina formalmente a Eduardo Estévez, secretario General de la CLASEP, y cuando lo acompaña hasta la puerta para despedirlo, le entrega una carta para que "leyera luego". Al llegar a la esquina, Eduardo la abrió y leyó que lo consideraban "persona no grata". Ni siquiera tuvo la dignidad de decírselo en la cara.

Se puede entender el enojo que tenían. La CLAT, de alguna manera, apoyaba a los que estaban armando una agrupación opositora, que con los años se convirtió en una suerte de gremio paralelo y más tarde les ganó el sindicato.

Mi compromiso con la agrupación y nuestras diferencias políticas provocaron la ruptura de mi vínculo personal con Horvath, el fin de nuestra amistad y la de

nuestras familias. Él habrá sentido como una traición mi relación con ANUSATE; yo no pude perdonarle que me expulsara del sindicato por pensar distinto. Nos volvimos a ver en los 90, pero de nuestra relación ya no quedaba nada en pie.

La CLAT no era la única que apoyaba a la naciente agrupación. ANUSATE tenía el respaldo de otros gremios y agrupaciones sindicales peronistas unidos en la lucha contra la dictadura; e, incluso, de quien fuera con los años el emblema sindical de aquella lucha: Saúl Ubaldini. Recuerdo que en 1978 fui a buscarlo a su casa para llevarlo a una reunión de ANUSATE que se hacía en la Casa de Nazareth. Y también tuvimos el apoyo de Adolfo Pérez Esquivel, otro amigo de la CLAT.

Por todo esto, ANUSATE también integraba el Movimiento Sindical Peronista – el brazo político de la estructura sindical–; la Comisión de los 25 –el ala combativa a la dictadura de una CGT intervenida–; las Agrupaciones Gremiales Peronistas y lo que luego fue la CGT Brasil.

Debo reconocer que si bien nunca descuidé mis responsabilidades en la regional de la CLAT con los otros sindicatos argentinos, ni con las organizaciones de Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Chile –que también sufrían dictaduras–, el compromiso con ANUSATE era la lucha en la que ponía el corazón.

Después de mi experiencia de cuatro años en la superestructura de la CMT, necesitaba mi sindicato de base, necesitaba la militancia desde abajo, el “crecer desde el pie”, como dice Zitarrosa, y ANUSATE me daba eso. Era la mística, la militancia con pocos recursos, el entusiasmo y la utopía de recuperar un sindicato desde afuera porque habíamos sido suspendidos y echados, bajo una dictadura represiva y con la actividad gremial

prohibida. Era pelar por ATE, por el Justicialismo y por la democracia.

Con Víctor y Germán nos dividíamos la tarea. De Gennaro se relacionaba con los gremios hermanos a nivel nacional, Abdala lo hacía en la Capital Federal y yo me ocupaba de la relación con los sindicatos de la provincia de Buenos Aires.

Así fue que participamos activamente del primer paro a la dictadura realizado el 27 de abril de 1979, de las marchas a San Cayetano por Pan, Paz y Trabajo o del histórico paro y movilización a Plaza de Mayo del 30 de abril de 1982, días antes de la invasión a Malvinas. ANUSATE con sus banderas estuvo presente en todas esas luchas.

Y lo hicimos junto a compañeros de otras organizaciones sindicales con los que construíamos todos esos espacios. No me puedo olvidar de Ricardo Pérez de Camioneros, Guerino Andreoni de Comercio, José Luis Castillo de Conductores Navales, Cayo Ayala y Carlos Gaitán de Obreros Navales, Roberto García de Taxistas, Roberto Digón del Tabaco, Osvaldo Borda del Caucho, los Verdes ferroviarios con Lorenzo Pepe, Daniel Di Próspero y Armando Matarazzo, Alfredo Mico de FONIVA y tantos más.

La campaña

ban pasando los años y la agrupación seguía creciendo. Se sumaban compañeros todos los días, se sumaban otras agrupaciones de las provincias, crecía la representatividad de ANUSATE y algunos hasta creían que más que una agrupación era un nuevo sindicato.

Víctor, secretario General de ANUSATE, me pedía que básicamente me encargara de tres temas. La relación con el Ministe-



▲ 1. Congreso de Delegados de ANUSATE, 1984 | 2. Plenario de ANUSATE, junto a Andrés Pérez, De Gennaro y Héctor Quagliaro | 3. Con Víctor, Germán, Ramón Ermácora y Marcela Bordenave | 4. Visita a Tucumán, 1986 | 5. Encuentro Rama Salud junto a Abdala, Mario Muñoz y Carlos Cassinelli | 6. Visita de Saul Ubaldini al Congreso de ANUSATE, 1991.



rio de Trabajo, la prensa y el financiamiento. No era nada fácil porque para el Ministerio nosotros estábamos expulsados del sindicato, no éramos afiliados. Algo de plata podía conseguir porque la CLAT había hecho un fondo de solidaridad para la recuperación sindical que permitía ayudar a las agrupaciones de los ferroviarios, la gente de Sanidad y los estatales, entre otros. No eran sumas enormes pero venían muy bien. Lo de la prensa era un poco más fácil porque mi condición de representante de una central Latinoamérica me daba cierta facilidad para conseguir notas o menciones en los diarios.

Ya en el año 83 teníamos un local en la calle Constitución, en el barrio del mismo nombre, donde se hacían cursos, charlas y reuniones de todo tipo. Allí el alimento oficial era el choripán. No había actividad que no terminara con una choripaneada.

Por ese local pasaba mucha gente importante que venía a darnos su apoyo: Carlos Auyero, José “Pilo” Bordón, Julio Guillán, Adolfo Pérez Esquivel, el periodista Hugo Gambini, Norberto Galasso, Fermín Chávez, Floreal Ferrara y muchos más.

Recorriendo el país

En 1983, ya en democracia, se venía en ATE una elección nacional que nos obligaba a recorrer todo el país. Recuerdo haber viajado con Víctor a La Pampa, donde conocimos a Noelia Guzmán, la única mujer que integró el Consejo Directivo tras la recuperación. Con ella comenzamos a construir la agrupación en su provincia.

En otra oportunidad, yendo con Víctor a San Rafael, Mendoza casi nos matamos. Me quedé dormido mientras manejaba, nos salvamos de milagro.

A veces íbamos a lugares adonde no conocíamos a nadie; entonces buscábamos a alguien de ATE y tratábamos de vencerlo de construir la agrupación allí. No teníamos padrones, ni referencias. Arrancábamos de cero.

Con Héctor Quagliaro hicimos una gira en mi viejo Peugeot por Rosario, Santa Fe, Paraná, Goya, Corrientes y Resistencia recorriendo todas las dependencias de Vías Navegables, ese sector del Estado donde nació ATE y donde Quagliaro era referencia.

Fuimos a Mar del Plata, a Chapadmalal, La Plata, Tucumán y muchísimas ciudades más donde, como hormiguitas, construíamos la agrupación paso a paso aprovechando, muchas veces, los cursos de formación del INCASUR.

Candidatos expulsados

Fue un balde de agua fría para todos nosotros la victoria de Raúl Alfonsín. ANUSATE no se alineó con ninguna candidatura en especial, pero el grueso de los compañeros éramos peronistas y nos imaginábamos una victoria del Justicialismo.

De todas maneras, nuestra lucha era la recuperación de ATE y en eso poníamos nuestro mayor esfuerzo. Para colmo se venía la normalización de los sindicatos y nosotros todavía teníamos muchos compañeros, fundadores de la agrupación y seguros candidatos en distintas provincias, que estaban expulsados del sindicato, habían sido despedidos o prescindidos del Estado por los militares. Por ende, no podían presentarse como candidatos en las elecciones. En esa situación, despedidos o expulsados, estaban, entre otros, Víctor De Gennaro, Héctor Quagliaro, Cacho Mengarelli, Jorge Acedo, Osmar Zapata, Manuel

Sbarbati, Andrés Pérez y yo, sin ir más lejos.

Para revertir la situación de los expulsados por Horvath en ese congreso ilegal de Paraná, iniciamos las gestiones en el Ministerio de Trabajo con un radical de Quilmes, Víctor De Martino, quien nos permitió acceder al ministro Juan Manuel Casella, a quien le pedimos que declarara la nulidad de ese Congreso y, por ende, de las expulsiones. Pero no era algo fácil.

Luego, en el marco de la Semana Social organizada en Mar del Plata por la Pastoral, a través de Monseñor Laguna, un gran amigo nuestro, pudimos reunirnos otra vez con Casella para insistir en el tema. Se venían las elecciones y todavía no había ninguna resolución. La situación era apremiante.

Finalmente, diez días antes de las elecciones, sale la resolución por la que se declaraba la nulidad del congreso y de las expulsiones. De esta manera, Víctor De Gennaro se puede presentar como candidato a secretario General y Manuel Sbarbati a secretario General Adjunto.

Fiscal en Quilmes

El día de las elecciones, el 6 de noviembre de 1984, me tocó ser fiscal de la Lista Verde en Quilmes, donde la Azul y Blanca era mayoría. Creo que había un padrón de 400 o 500 afiliados y mi función era que no nos llenaran la urna con votos falsos. Perdimos ampliamente pero con los votos reales, sin trampa.

Finalmente más de 20.000 compañeros y compañeras votaron por nosotros y “La Verde” se impuso claramente a nivel nacional y en gran parte de las provincias. Lo que parecía imposible se hizo realidad y la alegría estalló en nuestra sede. Víctor

De Gennaro y Manuel Sbarbati ganaron a nivel nacional y Germán Abdala en la seccional Capital.

Para comprender el triunfo de ANUSATE hay muchas explicaciones posibles. El prestigio ganado durante la lucha contra la dictadura, el apoyo del sindicalismo combativo, la esperanza de renovación sindical que representaba la Verde, la gran campaña publicitaria, el esfuerzo enorme de recorrer el país ganando voluntades y muchas cosas más. Pero creo que fue fundamental haber podido fiscalizar el acto eleccionario e impedir que nos hicieran trampa.

Otro gran reconocimiento es a Carlos Cassinelli que cumplió un papel extraordinario durante la campaña. Carlitos era un organizador nato, parecía un suizo trabajando, por su prolijidad y su capacidad. Fue el motor de esa campaña. Víctor y Germán eran la cara visible y combativa. Quagliaro, el prestigio y la historia. Carlitos, el organizador obsesivo y puntilloso. Los demás, ayudamos.

Realmente parecía imposible que en un gremio como ATE perdiera el oficialismo. Hacía muchos años que en los sindicatos más poderosos no ganaba una lista opositora. En la normalización sindical ocurrida con el regreso de la democracia, volvieron a la conducción de las organizaciones los mismos que estaban antes de la dictadura. En ATE eso no sucedió.

La recuperación

El 21 de noviembre de 1984, en un acto realizado en el patio de ATE Nacional, en la avenida Belgrano, ante la presencia de todo el arco político progresista, de Derechos Humanos, organizaciones sociales y gremios combativos asumimos las nuevas autoridades del Consejo Directivo. Yo tuve el inmenso honor de asumir

como secretario de Prensa y Propaganda y de oficiar como maestro de ceremonia durante el acto.

Tal como imaginábamos nos encontramos con un gremio devastado, lleno de deudas, con seccionales cerradas, cuentas embargadas, juicios con los propios abogados del gremio. Un desastre, el gremio parecía haber caído en un descuido total y absoluto y había que empezar de cero.

Y lo hicimos contagiados de la mística que había representado en su momento la CGT de los Argentinos. Representábamos la esperanza de la renovación sindical, con caras nuevas, con jóvenes –Víctor tenía 33 años y Germán, secretario General de ATE Capital, 29–, comprometidos con la lucha por los derechos humanos, alejados de la burocracia sindical y con la bandera de la honestidad por delante.

Fue impresionante ver cómo el gremio se recuperaba de sus cenizas: comenzó a crecer en afiliados, en infraestructura –se construye el anfiteatro, se renueva la sede, se compran el hotel y el camping– y, sobre todo, se construye un ATE progresista, democrático, combativo, sustentado en sus bases y en las decisiones de la asamblea.

En 1987 –las elecciones se hacían cada tres años–, asumo la secretaría de Acción Política en ATE y en 1989 me convocan nuevamente a la CMT para ser su secretario General.

Con el respaldo de mis compañeros, asumo esa función sin dejar nunca de pertenecer a la Asociación Trabajadores del Estado, ocupando cargos o no. Ya para esa altura era mi casa, mi sindicato, mi lugar en el mundo. Y lo sigue siendo. ||

▲ 1984, sede del Consejo Directivo Nacional de la ATE. Celebración de la victoria electoral y recuperación del sindicato. En la foto: Andrés Pérez, Héctor Quagliaro, Víctor De Gennaro, Saúl Ubaldini y Carlos Custer

Diputado nacional

Desde finales de 1982, luego del paro y la movilización del 30 de marzo y perdida ya la Guerra de Malvinas, comienza el proceso de transición democrática de la mano del último presidente de facto, el general Reynaldo Bignone.

Tras ganar la interna partidaria con su agrupación Renovación y Cambio, Raúl Alfonsín es proclamado candidato a presidente por la Unión Cívica Radical (UCR) mientras que Ítalo Luder, acompañado por Deolindo Felipe Bittel, son la fórmula del Partido Justicialista.

El 30 de octubre de 1983 Alfonsín obtiene el 51,7% de los votos y es elegido Presidente de los argentinos en el retorno definitivo de la democracia a nuestro país.

Dos años después, en noviembre de 1985 se realizan las elecciones legislativas para renovar la mitad de las bancas en la Cámara de Diputados de la Nación. Si bien la UCR vuelve a imponerse y a obtener la mayoría absoluta en la Cámara, baja el caudal de votos obtenidos.

Las terceras elecciones en tiempos de democracia, en la que se eligieron legisladores y gobernadores en todas las provincias del país, se realizan el 6 de septiembre de 1987.

Esta vez el peronismo logra imponerse por un estrecho margen y obtiene la mayoría de las provincias, mientras que la fuerza gobernante apenas logra mantener una mayoría simple en el Congreso.

Era el comienzo del fin del gobierno de Alfonsín.

Las elecciones presidenciales de 1989 estaban previstas para el mes de octubre, pero la difícil situación económica y la hiperinflación obligaron a adelantarlas al 14 de mayo. La fórmula Carlos Menem y Eduardo Duhalde del Frente Justicialista de Unidad Popular (FREJUPO) logró imponerse con el 47,49% de los votos a la UCR encabezada por el gobernador cordobés Eduardo Angeloz.

El riojano Menem le había ganado las internas partidarias al gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero, echando por tierra el sueño de la renovación peronista.

También se adelantó la asunción del flamante presidente al 8 de julio, día en que la Argentina vio por primera vez desde 1928 la sucesión presidencial entre dos mandatarios constitucionales y, desde 1916, entre presidentes de distintas fuerzas políticas.

Sin quererlo ni desearlo

Perdida la Guerra de las Malvinas, la dictadura da sus últimos pasos y se renueva la actividad política partidaria. En ANUSATE nos identificábamos mayoritariamente como peronistas, pero no nos expresábamos en términos político partidarios. Por un lado, porque el Justicialismo atravesaba una grave crisis, y por otro, por

que nuestra actividad fundamental estaba orientada a recuperar ATE.

En la clausura de la campaña del 83, nos movilizamos a esa increíble convocatoria que hubo en la 9 de Julio. Fue un acto extraordinario en el que lamentablemente Herminio Iglesias, presidente del Partido en la Provincia, quema el famoso ataúd con la bandera del radicalismo. Esto se suma a otras cuantas cosas, provocando la derrota de la fórmula peronista Luder-Bittel a manos de Alfonsín. Lo mismo sucedió en la provincia de Buenos Aires, donde Herminio perdió con el Dr. Alejandro Armendáriz de la UCR. Si hasta en Quilmes ganaron los radicales...

En las elecciones parlamentarias del 85 el peronismo va dividido en la provincia de Buenos Aires. Por un lado, el PJ con Herminio Iglesias a la cabeza y, por otro, una alianza entre la renovación peronista y la Democracia Cristiana denominada Frente Renovador Peronista, por la que Antonio Cafiero es elegido diputado nacional.

En el año 87 se eligen gobernadores –los presidentes todavía se renovaban cada seis años–, y en un congreso partidario se impone la fórmula Cafiero-Macaya en representación de esa nueva corriente del peronismo que era la Renovación, a la que nosotros a título personal adheríamos.

Los militantes sindicales peronistas bonaerenses nos reuníamos en el Sindicato de Farmacia, donde el coordinador era Horacio Mujica. De esas reuniones participaban José Luis Castillo, de Conductores Navales –luego presidente del Congreso del Justicialismo Bonaerense–; los compañeros visitantes médicos, los de SMATA y de otros siete u ocho gremios de la provincia de Buenos Aires.

Ese año se realiza el congreso partidario del peronismo bonaerense para elegir

los candidatos a las elecciones de medio término. Era enero y estábamos todos de vacaciones en la Costa Atlántica. Germán Abdala paraba en Santa Teresita, Víctor De Gennaro en Mar de Ajó y yo en San Bernardo. Pero como estábamos muy cerca unos de otros, nos juntábamos siempre con las familias para comer asados, ir a pescar o compartir un día de playa. Entre mis seis hijos, los de Víctor y los de Germán y Marcela Bordenave, su compañera, había dieciséis chicos alrededor nuestro, parecía una colonia de vacaciones.

Justo en esos días teníamos que ir a participar al congreso partidario del Peronismo y Víctor me pidió que fuera. Íbamos como integrantes de la Comisión de los 25.

Los 25 era un grupo de sindicatos peronistas que habían resistido a la dictadura: camioneros (Ricardo Pérez), Comercio (Guerino Andreoni), Farmacia (Mujica y Azcurra), ferroviarios (Lorenzo Pepe), Tabaco (Digón), taxistas (Roberto García), Caucho (Osvaldo Borda) y muchos otros. Representaba una corriente progresista y latinoamericana del sindicalismo nacional y popular, referenciada con Saúl Ubaldini, por entonces secretario General de la CGT.

Con la Renovación se había recuperado la mística, veníamos de ganar en el 85 con Cafiero a la cabeza, y teníamos mucha expectativa con la elección de candidatos a gobernador, vice, senadores y diputados para los comicios de septiembre del 87.

Los integrantes de la Comisión de los 25 nos juntamos en un hotel, nuestro “cuartel general” del congreso, en el que se alojaban los máximos referentes.

Me tocó participar de una reunión entre los sindicalistas y dos de los principales representantes del peronismo, Antonio Cafiero y Eduardo Duhalde, para discutir

la participación de los representantes de los trabajadores en la lista de diputados.

Todavía tengo presente la imagen de Duhalde –luego gobernador de la Provincia y presidente de la Nación–, recostado en la cama, anotando en un papelito la lista de diputados que se iba armando.

La decisión era incluir en puestos expectantes al compañero Hugo Curto, de 3 de Febrero, a pedido de Cafiero; a Lorenzo Pepe que debía renovar la banca obtenida en el 83 y a José Luis Castillo, presidente del Congreso partidario. El 17° lugar de la lista se lo ofrecen a Horacio Mujica que no acepta, parecía casi imposible entrar en ese lugar, el peronismo tenía que hacer una elección excelente para que tuviera chances.

Nos fuimos a un bar a discutir quién reemplazaría a Mujica. Castillo dice: *“Si Mujica no acepta, yo propongo que pongamos a Custer que es uno de los que ha tenido más continuidad en el grupo”*. Agradecí el ofrecimiento pero aclaré que no tenía autorización del sindicato para aceptar ningún cargo. *“No te preocupes, eso lo arreglamos con Víctor”*, me dijo Castillo y el tema quedó ahí.

Me quedé preocupado, no había ido con ningún mandato y necesitaba consultarlo pronto con los muchachos. Todavía no había celulares y Víctor no tenía teléfono en el lugar donde paraba. Decidí volverme esa misma noche a San Bernardo, manejando en medio de una tormenta increíble, a contarles lo que había pasado.

Al otro día compramos *Clarín* y nos encontramos con una nota de una periodista acreditada al Congreso: *“Sin quererlo ni desearlo, Carlos Custer completa la grilla de candidatos a diputados”*. Víctor y Germán se rieron mucho y se burlaron todo el día de ese título.

Finalmente la lista quedó así: Ítalo Luder, Eduardo Duhalde, Irma Roy, Guido Di Tella –que venía de la Democracia Cristiana y fue muy resistido– y yo... en el puesto 17 de los 35 candidatos que la conformaban.

Campaña y asunción

Encaramos la campaña proselitista con mucha ilusión, se había armado una muy buena lista y teníamos una fórmula atractiva. Colaboré en lo que pude en la Provincia y, sobre todo en el Partido de Quilmes. Nuestro candidato a Intendente era Eduardo Camaño, efímero presidente de la Nación a la caída de De la Rúa, cuando tuvimos cinco mandatarios en una semana. Y el compañero Cayo Ayala, de los Navales, era candidato a senador provincial. En Quilmes se colgaron pasacalles que decían: “Cafiero. Camaño. Cayo Ayala. Custer”.

En la Provincia participé de actos en Berazategui, Varela, Punta Alta y Bahía Blanca. Yo no era figura ni tenía esperanzas de entrar, pero iba a acompañar y a hacer fuerza. Además tenía una muy buena relación con Luis Macaya, el candidato a vice gobernador, y conocía desde siempre a don Antonio Cafiero.

Finalmente, el 6 de septiembre de 1987 Cafiero gana la gobernación y entran 15 diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires. Por muy poquito quedamos afuera Franco Caviglia, en el puesto 16, y yo en el 17.

En 1989, frente a la crisis económica que atravesaba el país, el presidente Alfonsín adelanta la entrega del poder. El triunfo fue de Carlos Menem, quien asume en julio de ese año. Por su parte, Duhalde deja el Congreso para asumir como vicepresidente de la Nación, e Ítalo Luder para hacerse cargo del Ministerio de Defensa. De este modo,

Franco Caviglia entra al Parlamento en el lugar de Luder y a mí me toca reemplazar a Eduardo Duhalde.

Asumí el 15 de julio de 1989 y juré por Dios, la Patria y los Santos Evangelios. Por entonces se acostumbraba a utilizar esa fórmula, o solamente por la Patria. Actualmente los legisladores agregan otros contenidos a sus juramentos; si en aquel momento se hubiese podido, habría jurado también por ATE y ANUSATE.

Al momento de asumir, como no podía ser de otra manera, en el palco estaban toda mi familia, amigos, los compañeros de ATE con Víctor a la cabeza, los compañeros sindicalistas Pepe Azcurra y Horacio Mujica, gente de Quilmes... Mi hijo Leonardo que tenía 9 años gritó: “¡Bien, papá!”, y se escuchó en todo el recinto. Fue muy emocionante.

Legislador en los tiempos del menemismo

Mi mandato como legislador fue realmente corto, un poco más de siete meses. Es que estando en el Parlamento me ofrecen la Secretaría General de la Confederación Mundial del Trabajo, donde ya había sido secretario General Adjunto. Renuncio el 28 de febrero de 1990.

Como diputado nacional integré la Comisión de Legislación del Trabajo que presidía Osvaldo Borda, también de Los 25, y la Comisión Internacional en la que pude aportar algo de mi experiencia en la CMT.

Políticamente fue una experiencia bastante amarga, porque a poco de asumir, Carlos Menem comienza a implementar una política neoliberal de Reforma del Estado y de privatización de las empresas públicas.

Como representante de los trabajadores estatales, me abstuve de votar la mayoría de las leyes laborales y las referidas al Estado; apoyarlos iba contra mi ideología, me generaba problemas de conciencia. Pero por otro lado, pertenecía a un bloque sindical peronista en el que casi nadie criticaba esos proyectos.

Cuando se votó la ley de Reforma del Estado me fui del recinto; no pensaba avalar ese proyecto. Pero me presionaron tanto para que al menos diera quórum que volví, me senté en la banca y me abstuve de votar. Mi postura en el bloque era más que minoritaria, sólo compartida con José “Conde” Ramos y Darío Alessandro (padre).

Menem había nombrado a Néstor Rapanelli de la empresa Bunge y Born como ministro de Economía; a Triaca (padre) como ministro de Trabajo; a Julio Guillán –un histórico dirigente combativo– acompañando a María Julia Alsogaray en la privatización de ENTel; a Roberto Digón de Los 25 como viceministro de Triaca. En fin, muchos compañeros que habían resistido la dictadura y representaban la renovación del peronismo, aceptaron las políticas de Menem.

Tenía mejor relación con legisladores de otros bloques: con el socialista Guillermo Estévez Boero, con Matilde Quarracino –la hermana del obispo, una demócrata cristiana de izquierda– y con Carlos Auyero, mi amigo. Pero en el peronismo, solamente con el Conde y con Darío. Estaba muy solo, creo que en el bloque se pusieron contentos cuando me fui.

A pesar de las limitaciones hice mi tarea para lo que conté con la ayuda de muchos compañeros. Tuve el apoyo de Víctor y la gente de ATE; de Román Albornoz, un compañero muy capaz que fue mi secretario parlamentario, de Emilio Albistur, Juan



▲ Buenos Aires, 1989. Juramento en la Cámara de Diputados

Carlos Córca y de mi hijo Alejandro que me daba una mano; en realidad éramos un grupo chico.

La Universidad de Quilmes

Mi mayor logro como diputado nacional, tal vez el único, fue sacar el proyecto de ley de la Universidad de Quilmes, un sueño de toda la comunidad quilmeña que venía impulsando hacía muchos años la Comisión Pro Universidad que había hecho un gran trabajo.

Yo estaba ligado a esa Comisión integrada por docentes, académicos, comerciantes y distintas personalidades de Quilmes. Ya en la campaña electoral había convocado a candidatos de distintos partidos para contarles el proyecto y comprometerlos a apoyarlo.

Me sentía obligado a pelear por esa ley no solo como diputado y vecino del partido, también como padre. Mis hijos y todos los jóvenes de Quilmes que cursaban una carrera universitaria tenían que viajar hasta la Capital Federal o a La Plata. La ciudad ya tenía más de 600.000 habitantes y tenía derecho a pedir su universidad.

El proyecto original lo había presentado un radical, Ricardo Cornaglia, abogado laboralista de Quilmes, que ya había terminado su mandato. Lo toma entonces un médico demócrata cristiano, Eduardo González, también quilmeño. Pero no prosperó, no pasó la Comisión de Presupuesto.

Cuando asumo vuelvo a la carga con el anteproyecto y logro que me apoyen José Luis Manzano, jefe del bloque peronista y el pampeano Jorge Matzkin, presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda.

Con ese respaldo voy a ver a Miguel Ángel Pierri, presidente de la Cámara de Diputados para convencerlo de tratar el proyecto en el recinto. Le gusta la idea y se le ocurre aprovechar la ocasión para presentar también el proyecto de creación de la Universidad de La Matanza.

El 29 de septiembre de 1989 se cerraba el período parlamentario, entonces tuvimos una de esas sesiones maratónicas en las que hay que aprobar infinidad de proyectos. El mío no estaba en el orden del día, así que pido la palabra para solicitar que se tratara el tema de manera excepcional —a pesar de que todavía faltaba el trámite de la evaluación.

Pierri aprovecha para bajar del lugar que ocupaba como presidente, ocupar su banca y solicitar lo mismo para La Matanza.

Se somete a votación y el proyecto es aprobado por más de los dos tercios necesarios cuando el tratamiento se hace sobre tablas, como excepción. Hubo una explosión de alegría en el palco donde estaba la gente de la Comisión Pro Universidad y el propio intendente, Eduardo Camaño.

La cuestión es que era la última sesión del período parlamentario, y para poder convertirlo en ley, debíamos lograr que esa misma noche se tratara en Senadores.

Con el visto bueno del presidente Pierri salgo corriendo a buscar al Secretario Administrativo para que la firme, y desde ahí paso al Senado a ver al vicepresidente, un gran amigo y compañero de ANUSATE, el Senador Nacional doctor Oraldo Britos, ferroviario de la provincia de San Luis.

Britos me envía a ver, en medio de la sesión, a la senadora Olijela del Valle Rivas, presidenta de la Comisión de Educación, a la que me acerco en cuclillas con el proyecto en la mano.

La senadora tuvo que hacer lo mismo que hice yo en Diputados, solicitar que a modo de excepción, se tratara el proyecto en esa también maratónica sesión del Senado. Y así se consiguió aprobarlo en las dos cámaras, el mismo día.

Al otro día, el diario *El Sol* publicó en primera plana: “*Se aprobó la creación de la Universidad Nacional de Quilmes*”.

Después de veinte años, desde la creación de las universidades de Lomas de Zamora y de Luján, nacía una nueva universidad en el conurbano bonaerense.

La UNQ fue creada por la Ley N° 23.749 del Congreso de la Nación, el 29 de septiembre de 1989 y promulgada el 23 de octubre de ese año. Su normalización tuvo lugar poco más de tres años después, el 12 de diciembre de 1992.

Entra Germán Abdala al Congreso

Si bien yo había sido electo en 1987, entré al Congreso en 1989, como ya dije, reemplazando a Duhalde. Ese año, junto a las elecciones presidenciales del 14 de junio, también se eligieron senadores y diputados.

En esa oportunidad obtiene su banca como diputado nacional por la ciudad de Buenos Aires, en la lista del peronismo, Germán Abdala, quien asume el 10 de diciembre del mismo año.

Germán aceptó ir en el quinto lugar de la lista de Capital Federal sabiendo que sólo una gran elección podía instalarlo en Diputados, ya que el electorado porteño no suele acompañar mucho al peronismo; pero aún así logró entrar. Algo parecido a lo que me pasó a mí en la Provincia, no íbamos en lugares con muchas

posibilidades. Yo ya había presentado mi renuncia –que se efectivizó en marzo–, pero tuve la alegría de estar presente y acompañar hasta su banca al querido Germán.

Fue una fiesta para todos los compañeros ATE y de ANUSATE; tener a Germán en el Congreso era un orgullo. Aunque enfermo y con bastantes dificultades físicas –caminaba con un bastón–, su lucidez estaba intacta y lo hizo notar en el recinto.

Tuve oportunidad de escucharlo en algunas reuniones de bloque durante el poco tiempo que lo compartí con él y daba gusto. Fue brillante su pelea como vicepresidente segundo de la Bicameral de Seguimiento de las Privatizaciones defendiendo Aerolíneas Argentinas, YPF y todas las empresas del Estado.

La reunión con Menem

Gustavo Beliz, por entonces presidente del Instituto Nacional de la Administración Pública, organiza una reunión con Carlos Menem, presidente de la República, para saludarme y celebrar que un argentino ocupara la secretaría General de una confederación mundial.

Lo había conocido en Quilmes, donde ejercía la abogacía después de haber estado preso en la dictadura. Luego lo visitamos a raíz de una actividad realizada por el Movimiento Por la Unidad Latinoamericana (MOPUL).

La reunión con el presidente fue, dentro de todo, bastante cordial. Él sabía de mis resistencias a aprobar las leyes que legalizaban sus políticas; sabía que era uno de los pocos díscolos que peleaba contra el ultra liberalismo con muy poco poder de fuego. Pero independientemente de eso, celebraba que un argentino ocupara un

cargo importante en una central sindical internacional.

Cumplidas las formalidades, le expliqué que me daba mucha pena dejar la diputación con dos años de mandato por delante, pero que creía importante asumir la nueva función. Le expliqué también la complejidad como representante de los trabajadores del Estado de avalar ciertas políticas, y le pedí si podía recibir a Víctor De Gennaro y a Germán Abdala.

Meses después esa reunión se concretó y hay una simpática anécdota sobre el encuentro. Mientras Víctor le hablaba sobre la situación de los estatales y la problemá-

tica de sus políticas respecto del Estado, Menem se quedó —o “se hizo el”— dormido en el escritorio. Germán, que había llevado una hojita de ruda macho en el bolsillo para contrarrestar la fama de yeta del presidente, fue el que salvó la situación: dio un golpe en la mesa, como quien pone énfasis en sus palabras, con el único objetivo de despertarlo. Menem abrió los ojos sobresaltado y rápidamente le dijo a Beliz, presente en la reunión, que hiciera *“todo lo que pedían los muchachos”*. Y dio por terminada la reunión. No hace falta aclarar que ese pedido nunca se cumplió.

A fines de febrero de 1990 vuelvo a Bruselas a asumir mis nuevas funciones. ||

Secretario General de la CMT

En 1989 la CMT pasaba por un momento muy especial. Su secretario General, el polaco Jan Kulakowski, había renunciado para asumir en la Embajada de Polonia en la Unión Europea, en el marco político de la transición del gobierno comunista pro soviético del General Jaruzelski a las elecciones democráticas en las que fue elegido Lech Walesa, dirigente sindical polaco.

Kulakowski era un jurista, político europeo y sindicalista que jugó un rol muy importante en la integración de Polonia a la Unión Europea. Era un gran intelectual, muy amigo de Lech Walesa y de Tadeusz Mazowiecki, quien llegó a ser presidente interino en la transición de Polonia, un alto funcionario en las Naciones Unidas en el área los derechos humanos e integrante del Parlamento Europeo.

En una etapa de crecimiento, de gran expansión por la inclusión de los países de Europa del Este, la CMT perdía a un gran dirigente como Kulakowski y necesitaba reemplazarlo por alguien con consenso dentro del Buró Político.

—En noviembre de 1989, cuando llevaba apenas cuatro meses de mandato como diputado nacional, recibo un llamado de Emilio Máspero, secretario General de la CLAT, pidiéndome un favor especial: que volviera a Bruselas a reemplazar a Kulakowski, que dejaba su cargo en la CMT.

Mi primera reacción fue decirle que no podía, que acababa de asumir como dipu-

tado, que mi familia ya estaba establecida, que mis hijos estaban grandes, que ATE y que... Emilio me interrumpe para explicarme que era el candidato consensuado por todo el Buró —integrado por diez personas— y por las federaciones. Y, para convencerme, me recuerda que la CLAT había ayudado mucho a ATE y al sindicalismo argentino. Por si fuera poco, enfatiza que me necesitaban y que no podía decirle que no.

Con el primero que hablé del ofrecimiento fue con Gazzera, del CCAS, porque recibí el llamado estando en su oficina; más tarde con Víctor y Germán, con los compañeros de la Renovación Peronista y, por supuesto, con Gloria y mi familia.

Víctor, Germán y Quagliaro no estaban muy convencidos. Me necesitaban en la batalla contra las políticas de Menem y les daba pena perder ese espacio en el Congreso. Pero por otro lado les gustaba la idea, porque de ocupar ese cargo, ATE tendría mayor respaldo internacional. Para los compañeros del peronismo también significaba una baja, pero sabían que yo luchaba en soledad dentro del Bloque.

Gloria, como siempre, fue práctica y decidida. *“Si te lo pide la CLAT que hizo tanto por ustedes, y no tienen otra alternativa... no podés decirles que no. Tenés que ir”*.

Luego me convencí yo mismo. Era cierto lo que decía Gloria, no me podía negar. Pero además era un desafío enorme. La CMT tenía por ese entonces afiliados y afi-

liadas en más de cien países y seguía creciendo con la incorporación de los países de Europa del Este y la inclusión del Solidarnosc de Polonia, una central con ocho millones de afiliados y afiliadas.

El Congreso de Caracas y la nueva etapa en la CMT

A fines de 1989, se realiza el Congreso Sindical Mundial en Caracas donde Custer es electo Secretario General de la CMT y se convierte en el primer dirigente del Tercer Mundo en asumir ese rol en una central sindical mundial.

—Me acompañaron a Caracas Víctor, Miguel Gazzera, Horacio Mujica y algunos compañeros sindicalistas más. Estaba toda la plana de la CLAT y la CMT; y como invitados al Congreso el Director General de la OIT, Michel Hansenne; Lech Walesa con una delegación de Solidarnosc y el presidente de Venezuela, Luis Herrera Campins. Hubo representantes de las demás centrales sindicales mundiales y regionales: la CIOSL, la FSM, la CES, la CISA (árabes), la OUSA (africanos) y de noventa países con los que la CMT mantenía relaciones internacionales, los árabes, los africanos... y muchos organismos de Derechos Humanos, realmente fue un congreso muy importante.

En esa ocasión tengo el gratísimo honor de ser condecorado con la Orden del Trabajo por el propio presidente venezolano, un hombre muy ligado a los trabajadores. La misma distinción recibieron el escribano Abel Di Próspero y mi amigo y compañero Miguel Gazzera.

En ese marco doy mi primer discurso como secretario General de la CMT y, de alguna manera, reitero las posiciones de la organización, advirtiendo que el derrumbe del comunismo —sucedido por esos días—

no debía significar una avanzada del capitalismo inhumano; que el Estado de bienestar, vigente los países del oeste de Europa, se había conseguido gracias a la lucha de los trabajadores y que aún quedaban muchos derechos por conquistar: la ley de cogestión, la participación de los trabajadores en los directorios de las empresas, el sistema de participación, la justa distribución de las riquezas...

Desde Caracas voy a Bruselas para arreglar algunos temas y vuelvo a pasar las fiestas acá. Ya de regreso en Europa con toda la familia, Lorena se inscribe en la Universidad Libre de Bruselas. Los tres menores, Silvina, Leonardo y Nacho prosiguieron sus estudios en la Escuela Europea, una experiencia educativa muy interesante nacida al calor de la Unión Europea con la intención de afianzar la integración de los doce países que por entonces la conformaban. Era un crisol de lenguas y culturas. Los abuelos de esos chicos, tal vez, se habían matado en la Segunda Guerra Mundial y ahora sus nietos se educaban juntos, aprendiendo uno el idioma del otro. Esta vez mis dos hijos mayores se quedaron en Argentina porque ya estaban avanzados en sus carreras universitarias.

Me hice cargo de la Secretaría General con un secretariado de cuarenta personas. Se hablaba, escribía y traducía en cinco idiomas: inglés, holandés, francés, alemán y español. La CMT publicaba un boletín semanal de noticias, *Labour*, y una revista que salía en forma bimensual. Había un gran trabajo de redacción, traducción e impresión.

Mi tarea consistía básicamente en elaborar documentos y textos, mantener y acrecentar los contactos, recibir gente, participar de los congresos de las organizaciones afiliadas de todo el mundo y realizar misiones especiales. En síntesis, cumplía con las formalidades y el pape-

leo en Bruselas, pero la mayor parte del tiempo estaba viajando.

El presidente de la CMT era Willy Peirens, un belga muy amigo mío, progresista, que vino a Buenos Aires durante los años de la dictadura para solidarizarse con los presos políticos, y en 1987 al Congreso de la CLAT realizado en Mar del Plata. Un compañero que fue muy solidario con ATE. Representante de la nueva generación de sindicalistas, de los “jóvenes turcos” como les decían a los más nuevos. Su cargo era un tanto nominal, presidía las reuniones, era una figura política que ocupaba un rol moral y de consulta. La responsabilidad y el trabajo descansaban particularmente en la Secretaría General.

Comencé mi misión con mucho entusiasmo, intentando cumplir no solamente con mis obligaciones establecidas, sino tratando de tener iniciativa.

Una de nuestras prioridades tras la Caída del Muro de Berlín, era tener presencia en los países de Europa del Este compitiendo con la CIOSL, la central mayoritaria por su extensión y representatividad y con los sindicatos estadounidenses. Ellos tenían orgánicamente una postura muy pro occidental. Nuestra visión era más tercermundista, autogestionaria y anti-imperialista.

Mis objetivos eran, por un lado, reforzar a la CMT, en particular su presencia en el Tercer Mundo. Por el otro, asegurar una buena relación con otras expresiones del sindicalismo internacional, no sólo con la CIOSL, sino también con la FSM que tenía su sede en Praga adonde fui varias veces invitado.

También, por supuesto, fortalecer la presencia en África y en los países de Europa del Este, en los que estaban sucediendo acontecimientos muy importantes. Vivían

una transformación muy grande, salían de gobiernos fuertes que habían absorbido a los sindicatos, convirtiéndolos en correas de transmisión de los partidos políticos que gobernaban; y pasaban además de economías centralizadas a economías de mercado, con los riesgos que eso significaba.

En esa coyuntura surgían nuevos sindicatos, contestatarios con los regímenes unitarios. Eran nuevas experiencias que debíamos acompañar y apuntalar, ampliando los espacios de libertad y autonomía sindical.

Otra meta importante era impulsar un frente sindical común internacional que tomara posición frente a los graves acontecimientos que se sucedían en el mundo: las políticas económicas que impulsaban el Fondo Monetario y el Banco Mundial, o las directivas de la Organización Mundial del Comercio.

La disputa al interior de la OIT era otro objetivo fundamental. Como trabajadores representábamos el 25% del poder real dentro del Consejo de Administración, espacio desde el cual se puede avanzar en la ampliación de derechos sociales, a través de, por ejemplo, el Convenio 151 sobre la libertad sindical de los estatales, o el 153 de las Convenciones Colectivas para los trabajadores del Estado.

Siempre se presentaba una lucha a la hora de integrar el Consejo de Administración, órgano responsable de nombrar al Director General. Estaba conformado por 56 miembros: 28 representaban a los gobiernos —de los diez países más industrializados—, 14 a los empresarios y otros 14 a los trabajadores.

La elección de esos 14 miembros representantes de los trabajadores de 140 países era motivo de controversia entre las diferentes corrientes. Habitualmente la CIOSL se

quedaba con 13 puestos, dejando uno para los soviéticos que generalmente ocupaba Pierre Pimenov, un gran sindicalista. Con los años logramos ubicar compañeros nuestros en esa lista, pero no fue nada fácil.

En junio de 1990 asisto a la Conferencia Internacional del Trabajo. El director General de la OIT, Michel Hansenne, en su discurso de apertura para presentar la Memoria Anual, había dicho que el problema de la libertad se estaba solucionando gracias a la democracia con mercado y que asistiáramos al fin del modelo de economía centralizada.

A los expositores posteriores les tocaba hacer una devolución a la Memoria presentada. Durante mi intervención –primer discurso como secretario General de la CMT–, hice una denuncia sobre el peligro de la absolutización del mercado y su avance sobre la democracia y los derechos de los trabajadores. No podía dejar de decir que la OIT está para hacer respetar los derechos civiles y laborales y no para preocuparse tanto por el mercado. Todos celebramos el avance de la democracia, pero no para supeditarla al mercado y al capitalismo.

Recorriendo el mundo de los trabajadores

Rusia y Gorbachov

Estuve siete años al frente de la CMT. Siete años intensos recorriendo cerca de noventa países, desde Malasia y Tailandia a Sudáfrica y Palestina. Pasando del invierno al verano en horas. Me bajaba de un avión para subirme al otro. En ocasiones Gloria me esperaba en el aeropuerto con otra valija, tomábamos un café mientras me contaba las novedades de la familia y me subía a otro avión en busca de un nuevo destino.

De tal suerte llegué a Rusia en épocas de Mijail Gorbachov, jefe de Estado de la Unión Soviética entre 1988 y 1991, invitado por los sindicatos rusos para participar de una Conferencia Sindical Mundial sobre la Perestroika, la reforma política y económica que precipitó el fin de la URSS.

Tuve oportunidad de ver el desfile del 1º de Mayo en la Plaza Roja. Algo realmente imponente, cientos de miles de trabajadores recorriendo las calles de Moscú antes del desfile militar.

1º de Mayo en Sarajevo

Entre 1991 y 2001 se produjeron en el territorio de la ex Yugoslavia una serie de conflictos étnicos entre las seis repúblicas que la integraban, denominados las Guerras Yugoslavas o de los Balcanes.

Los enfrentamientos se dieron entre los serbios, por un lado, y los croatas, bosnios y albaneses, por otro. Aunque luego, en Bosnia-Herzegovina, se enfrentaron duramente los serbios contra los bosnios.

El conflicto obedeció a causas políticas, económicas y culturales, así como a la tensión religiosa y étnica, y tuvo como detonantes la abolición de la autonomía de Kosovo y la declaración unilateral de independencia de Croacia y Eslovenia con el consecuente contagio del resto de las repúblicas yugoslavas. Los países occidentales tampoco contribuyeron a mantener la integridad de Yugoslavia.

Tras la desintegración nacieron las nuevas repúblicas independientes de Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia y Serbia.

–La CMT, la CIOSL y la CES, fuimos invitadas a pasar el 1º de Mayo de 1992 en Sarajevo, ciudad que sufrió el mayor ase-

dio en la historia moderna durante la Guerra de los Balcanes.

Para poder llegar tuvimos que hacer una serie interminable de gestiones. Primero con las Naciones Unidas (ONU) donde vimos al egipcio Butros Butros-Ghali, su secretario General, y al francés Antoine Blanca, secretario General Adjunto, para pedirles la cobertura de los Cascos Azules. Pero nos la negaron, no nos podían garantizar la seguridad y no querían correr riesgos con civiles.

El problema era que para llegar al lugar donde se realizaba el acto había que atravesar el así llamado Corredor de la Muerte. Una avenida central de Sarajevo, paso obligado a la salida del aeropuerto, donde había francotiradores serbios que le tiraban a todo lo que se movía.

Por intermedio de Guy Drilleaud, presi-

dente de la CFTC, accedimos a una reunión con Francois Mitterrand, presidente de Francia, en el Palacio del Elíseo, a la que fuimos con Willy Peirens, el presidente de la CMT.

Fue un encuentro muy provechoso, Mitterrand accedió a trasladarnos a Bosnia en un avión militar, habida cuenta que Francia tenía un contingente muy importante de sus fuerzas armadas dentro de los Cascos Azules en esa zona.

Finalmente nos subimos a un Hércules de la Armée de l'Air –Ejército del Aire francés–, el secretario general de la CIOSL, Enzo Friso; Emilio Gabaglio, secretario general de la Confederación Europea de Sindicatos (CES) y yo. Todos con chalecos antibalas y cascos.

El avión tenía unos pocos minutos para aterrizar en el aeropuerto de Sarajevo y

partir nuevamente. Esa misma noche volverían a buscarnos. Apenas nos bajamos nos subieron a un transporte militar blindado, con las banderas de Francia y las Naciones Unidas, en el que ya estaba el embajador galo.

Atravesamos sin problemas el Corredor de la Muerte, pasamos por una fábrica subterránea, y de ahí fuimos a una sede sindical frente a una plaza llena de gente; nos estaban esperando para comenzar el acto.

Salimos al balcón a saludar junto al embajador y comenzó la celebración del 1º de Mayo. Hablaron los representantes de los sindicatos bosnios, un herido de guerra y luego nosotros tres.

El embajador nos apuraba mucho; estaba preocupado por nuestra seguridad porque había amenazas de bombardeos al edificio. De todas maneras, abajo, la plaza era una fiesta. Hacía meses que estaban en guerra, sitiados y, sin embargo, festejaban el Día del Trabajador.

Cuando terminaron los discursos nos dieron algo de comer y rápidamente nos subieron al avión nuevamente, siempre acompañados por el embajador. El avión nos dejó en un aeropuerto sobre la costa adriática, en una zona de control croata y de allí volvimos a Francia.

Reuniones en las Naciones Unidas y el FMI

No todas nuestras reuniones y visitas eran a sindicatos y centrales. Como representantes de una organización sindical internacional teníamos que cumplir ciertos formalismos con otros organismos internacionales.

En esta tarea nos relacionamos con las Naciones Unidas y muchas de sus agencias, como la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura) o la UNESCO. También con organismos a los que solíamos criticar, la OMC, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacio-

*Hacia Sarajevo:
Carlos Custer
(CMT), Enzo Friso
(CIOSL) y Emilio
Gabaglio (CES) ▼*



nal. Eran compromisos con sentido técnico y político que obligadamente teníamos que cumplir.

Quizás la reunión con el secretario General de las Naciones Unidas (ONU), el diplomático egipcio Butros Butros-Ghali, en su sede de Ginebra, haya sido uno de los encuentros más importantes que tuve.

Ghali había sido Ministro de Relaciones Exteriores en Egipto y tuvo una actuación muy destacada al frente de la ONU. A él le tocó la época de la Caída del Muro, el fin de la Guerra Fría y el intento de los EE.UU. de convertirse en gendarme del mundo.

No hay que perder de vista que la sede de la ONU está en Nueva York y que los EE.UU. son su principal contribuyente. Pero, a pesar de las presiones, Ghali siempre intentó moverse con independencia, con gran dignidad y con mucha autoridad moral.

Juntos repasamos la situación mundial —él lo explicaba todo con una gran sencillez—, nos inclinamos por las cuestiones sociales y compartimos la preocupación por el avance poderoso de los Estados Unidos, y la necesidad de impedir que eso significara un retroceso para los trabajadores.

Eran los días de Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en EE.UU., de ofensiva neoliberal, de retroceso en los derechos sociales, y por sobre todas las cosas, de la idea excluyente del mercado.

Coincidimos en la intención de preservar el rol de la OIT —una de las agencias de las Naciones Unidas— y fortalecer el Comité Económico y Social (ECOSOC) —que nosotros integrábamos—, y el Consejo Internacional de los Derechos Humanos. Es decir, darle más fuerza a esos organismos de la ONU orientados a los derechos sociales, sindicales y humanos.

En ese y en otros encuentros que tuvimos en Washington, demostró su preocupación por esos problemas y su esfuerzo para que las libertades individuales y los derechos de los trabajadores fueran preservados. Por eso guardo una gran imagen de él y también de su adjunto, Antoine Blanca.

Dos veces por año visitábamos la sede del FMI en Washington. Allí conocimos al francés Michel Camdessus, director del organismo, un hombre muy particular. Un seductor nato al estilo de Carlos Menem. Simpático, atento, chistoso y muy educado.

No voy a decir que fuimos amigos pero, a pesar de las diferencias ideológicas, tuvimos una buena relación. En una oportunidad me escribió una carta donde decía: *“Carlos, vos que sos un buen cristiano, rezá mucho para que un rico pueda pasar por el ojo de una aguja”*, en referencia a la parábola cristiana que dice que *“es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre al Reino de los Cielos”*.

En otra ocasión nos invita a almorzar a Willy Peirens, José Prince, —representante de la CMT en Washington— y a mí en la propia sede del FMI, donde intentó convencernos de que Domingo Cavallo, ministro de Economía de Menem —y luego de De la Rúa—, era muy buen economista.

Por supuesto le planteamos que nuestro objetivo era defender un nuevo orden económico internacional, establecer ciertas reglas mínimas para el comercio mundial, enfrenar el problema de la deuda externa y fijar una tasa razonable para las transacciones financieras (Tasa Tobin).

Camdessus nos escuchó atentamente y promovió reuniones de su staff con dirigentes sindicales; pero era evidente que las visiones y los intereses eran contrapuestos y sopesaban mucho más unos que otros.

Conferencia Mundial sobre el Desarrollo

A fines de 1993, en el marco de un viaje al Cono Sur de Latinoamérica, visito Chile y tengo el gusto de ser recibido en el Palacio de la Moneda por Patricio Aylwin, primer presidente democrático al finalizar la dictadura militar de Pinochet.

Lo conocía de visitas anteriores y de compartir militancia en la Democracia Cristiana de nuestros países.

Se mostró tan sencillo y afectuoso como siempre, conversamos sobre lo que estaba pasando en el mundo con la concentración financiera y económica, la ofensiva neoliberal y nuestra preocupación sobre los derechos de los trabajadores.

El presidente chileno comenta que hacía años tenía la idea de que Naciones Unidas realizara una Conferencia Mundial sobre el desarrollo social, algo que resultaba más que oportuno para frenar esa avanzada economicista que buscaba ocupar todos los terrenos.

Nos cuenta que inclusive lo había conversado con su embajador ante la ONU, el Dr. Juan Somavía, a quien yo conocía de la Comisión Sudamericana de Paz en los tiempos del Pinochet.

Naciones Unidas había realizado en 1992, en Brasil, la Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Cumbre para la Tierra), preocupada por el cambio climático y la contaminación. La intención de Aylwin era repetir esa experiencia, pero bajo la temática del Desarrollo Social. Ciertamente la idea nos gustó mucho, y le anticipamos nuestro apoyo como CMT.

Inmediatamente llama al embajador Somavía y le adelanta que yo iba a viajar a EE.UU. para hablar con él sobre la Con-

ferencia. Tenía previsto volver a Bruselas, pero tuve que cambiar los planes y volar directamente a Nueva York para cumplir con esa misión.

Días después estaba desayunando con Somavía en su oficina. Me cuenta que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el órgano supremo, se había entusiasmado con la propuesta y la había planeado para su aprobación en la Asamblea.

El problema se presentó con la OIT, que no estaba muy contenta de que hubiese prosperado una iniciativa relacionada a su campo de acción específico, que no había salido de su seno. Eran celos propios de las instituciones, pero finalmente aceptó la idea porque no sólo era buena, sino muy oportuna y propicia. A esa conclusión llegamos tras discutir el tema con Michel Hansenne, el director General de la OIT y Enzo Friso, el secretario General de la CIOSL.

La Conferencia finalmente se realiza en Copenhague en marzo de 1995 con la presencia de noventa jefes de Estado, entre ellos el francés Mitterrand, el canciller alemán Helmut Kohl, el vicepresidente de EE.UU., Al Gore, y muchos mandatarios de América Latina, Asia, África y Europa.

Allí se trata de poner de relieve que el problema no es sólo el crecimiento, sino la necesidad del desarrollo. Y que esto implica desarrollo social, mayor equidad y equilibrio ecológico.

Butros-Ghali, el secretario general de las Naciones Unidas, abrió la conferencia. El segundo orador fue Patricio Aylwin, representando al país de la iniciativa. El presidente de Chile enunció una frase que me quedó grabada: *“El mercado se ha demostrado un instrumento muy importante para la iniciativa humana, la creatividad, el impulso del desarrollo; pero a su vez es un ins-*



▲ 1. 1995, Ginebra. Conferencia de la OIT. Con Hassan Sumonu, Sec. Gral. de la OUSA | 2. 1993, Ginebra. Palacio de la ONU. Con Butros-Ghali, su Secretario General | 3. 1996, Pekín. Con Wei Jianxing, Pte. de la Federación Nacional de Sindicatos de China | 4. 1994, Varsovia. Congreso Nacional de Solidarnosc en Polonia | 5. 1993, Polonia. En los Astilleros de Gdansk | 6. 1994, Whashington. Con trabajadores postales en EE.UU. | 7. 1992, Bilbao. Con José Leunda, presidente de Ela (Solidaridad de Trabajadores Vascos) | 8. 1995, Michel Camdessus, director del FMI en la sede de la CMT, Bruselas.



trumento totalmente ineficaz e incapaz para asegurar un mínimo de distribución y de justicia social”.

Siempre pensé que el hombre no solo se mueve por razones ideológicas o emotivas, que también lo hace por intereses. Ese motor, ese incentivo, no se puede diseñar. Esa concepción de creatividad, de progreso económico, ese deseo de mayor bienestar hay que aprovecharlo siempre, pero teniendo en cuenta que el mercado es absolutamente incapaz de asegurar la justicia social y la distribución de la riqueza.

Tuve la responsabilidad de participar con un discurso en nombre de la CMT, en el que reafirmé esta idea: que el desarrollo económico por sí solo no le sirve a la humanidad; que debe ser un desarrollo social, cultural e inclusivo que llegue a toda la población.

Una pequeña anécdota sobre el Dr. Juan Somavía. Luego de la Conferencia Mundial él ocupa la presidencia del ECOSOC, y tengo la posibilidad de volver a verlo en el Palacio de la ONU en Ginebra, allí donde se hace anualmente la Conferencia Internacional del Trabajo. Hablando en confianza le digo que sería un buen candidato para la Dirección General de la OIT, que en ese momento estaba buscando un reemplazante del belga Michel Hansenne. *“No, ni loco. Yo estoy esperando terminar mi mandato para volver a Chile. Mi esposa me mata si acepto algo así”.*

Hubo otros que pensaron como yo; con el paso del tiempo, Somavía terminó ocupando la conducción de la Organización Internacional del Trabajo durante tres períodos, desde 1999 hasta el 2012, cuando lo reemplazó el actual Director General, Guy Ryder, que había sido su Jefe de Gabinete. Fue el primer ciudadano de un país no desarrollado en ocupar ese cargo. Su esposa, pobre, tuvo que esperar para volver a vivir en Chile.

La última vez que lo entrevisté en la OIT fue el 11 septiembre del 2001, el día que derribaron las Torres Gemelas en Nueva York. No recuerdo cuál habrá sido el motivo de la reunión, no pudimos hablar de otra cosa, estábamos consternados por el suceso.

Fue un excelente Director General de la OIT, un hombre de relieve y de gran capacidad.

Congreso fundacional de la CTA

Una de las últimas misiones internacionales al frente de la CMT, y seguramente la más sentida, fue participar del Congreso Fundacional de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) que se realizó en Buenos Aires, en el estadio Luna Park, el 4 y el 5 de noviembre de 1996.

Felizmente en ese congreso tuve el placer de hablar como secretario General de la Confederación Mundial del Trabajo para dar la bienvenida a esa maravillosa herramienta de los trabajadores ante cinco mil delegados de todo el país.

En representación de los invitados internacionales hablé junto al histórico dirigente uruguayo, Pepe D'Elía, presidente de la central de Uruguay, el PIT-CNT.

Era la confirmación de un sueño que se había iniciado en diciembre de 1991 con el Grito de Burzaco, la necesidad de construir una Central que representara verdaderamente a los trabajadores argentinos, con o sin trabajo.

Y, en lo personal, la emoción que significó la ratificación de mi amigo y compañero, Víctor De Gennaro, líder y motor fundamental de ese sueño, como secretario General de la CTA. Una nueva utopía que se concretaba tras la recuperación de ATE en 1984.



▲ Movilización del 1º de Mayo con la USO en Madrid, junto a Manuel Zaguirre

Desde la CMT llevamos adelante la primera denuncia ante la OIT sobre el no reconocimiento de la CTA por parte del gobierno argentino y la violación de los derechos sindicales en nuestro país. Un aporte del que me siento orgulloso.

Otra vuelta al mundo

En noviembre de 1993 se realiza un nuevo Congreso de la CMT, en la ciudad de Grand-Baie de la República de Mauricio, una isla del océano Índico frente a Madagascar. Allí soy reelecto para continuar con mi función hasta el año 1997.

Una de mis responsabilidades a lo largo de esos años, como es obvio, eran las relaciones con otras centrales sindicales y la participación en sus Congresos anuales, tanto de la CIOSL y la FSM como de nuestras regionales de Europa, África, Asia, los autónomos, los norteamericanos y, claro está, nuestra CLAT de Latinoamérica.

Como durante mi anterior experiencia en la CMT tuve que visitar innumerables países alrededor del mundo, a veces para participar de actividades, otras para visitar las sedes de las organizaciones afiliadas.

Participé de campañas por la libertad sindical en Marruecos, Costa de Marfil, Paraguay, Turquía y Sudáfrica, entre otros.

Entrevisté a jefes de Estado y jefes de gobierno en Francia, Filipinas, Chile, Italia, Rumania, Argentina, Portugal, Canadá y Palestina, por nombrar solo algunos.

Celebré el 1º de Mayo en la ciudad de Mons (Bélgica), en Madrid, en Roma y en Sarajevo y realicé misiones especiales a China, India, Rumania, el Congo-Kinshasa, Costa de Marfil, Turquía, Brasil, Senegal, Gambia y Mauritania.

En nuestra batalla contra el Apartheid participamos de la Conferencia Internacional en Ginebra y del Comité Sindical Internacional que presidía el africano Gilbert Pongault, del Congo. También coordinamos distintas Conferencias de Solidaridad con Palestina realizadas en la OIT, donde denunciamos la situación de los trabajadores de los territorios ocupados y formamos parte de la organización de un seminario internacional en Ter Nood (Bélgica) con el economista Ricardo Petrella —uno de los fundadores del Grupo de Lisboa— para denunciar la ofensiva neoliberal y la enorme concentración y especulación financiera de los 90.

El último Congreso de la CMT

Anticipándome a la presión que iba a recibir para que continuara, sin candidato para sucederme a la vista, adelanté mi intención de renunciar un año antes del Congreso del 97. Ya lo había discutido con los compañeros de mayor confianza, Máspero (CLAT), Manuel Zaguirre de la USO (Unión Sindical Obrera) y los compañeros africanos. Intentaron convencerme y no hubo caso. Hasta Víctor me preguntó si estaba convencido de lo que hacía pero yo tenía la decisión tomada.

Presenté mi renuncia anticipada en una reunión del Comité Confederal que se hizo en Lugano, Suiza, en septiembre del 96. El belga Willy Thys asumió en mi reemplazo, ad referendum del próximo Congreso.

Willy era ferroviario, un dirigente con muy buena formación política perteneciente al secretariado Nacional de la CSC, la Confederación Sindical de Bélgica. Me pidió que me quedara unos meses para ayudarlo y me quedé colaborando con él hasta el primero de marzo del 97.

En el Congreso realizado ese año en Bangkok, Tailandia, se confirma en el cargo a Thys y se elige como presidente a Basile Mahan Gahé, un gran líder sindical africano de Costa de Marfil, que luego estuvo dos años preso en su país. Un símbolo y un gran hombre.

A ese congreso asistí en calidad de invitado por haber sido el anterior secretario General, una distinción que se acostum-

bra a hacer. En la delegación argentina que viajó a Tailandia participaron Víctor De Gennaro por ANUSATE, Miguel Gazzera por el CCAS, Horacio Mujica por Farmacia y Mario Morán por el SADOP.

Recuerdo que en ese larguísimo viaje con Víctor tomamos un café en Ciudad del Cabo y otro en Johannesburgo (Sudáfrica), porque el avión iba haciendo escalas. De allí fuimos a Kuala Lumpur en Malasia, invitados por los sindicatos malayos, donde pasamos dos o tres días y participamos de una jornada de Formación. Del estrecho de Malasia pasamos a Hong Kong, cuando todavía era administrado por los ingleses y estaba en camino de devolución a China, gracias a una invitación de los sindicatos hongkoneses. Recién de ahí nos fuimos a Bangkok.

Nunca corté el vínculo ni la relación con la CMT pero no volví a ocupar cargos.

Volver

En diciembre del 96 volví a la Argentina con la familia y pasamos las fiestas en Quilmes; después viajé a Bruselas, donde me quedé tres meses para cumplir mi promesa de colaborar con Willy. Y a mediados de marzo del 97 ya estaba instalado definitivamente en el país.

Pero antes de regresar, recibo un anuncio inesperado. Como tantas veces en mi vida y nuevamente “sin quererlo ni desearlo”, me convocaban a otra función internacional. ||

El regreso a la Argentina

La década de los 90 estuvo signada por el ascenso del neoliberalismo. La caída del comunismo en Europa del Este habría dado paso al “fin de las ideologías” o, más precisamente, al intento de colocar como ideología única el totalitarismo de mercado.

En Argentina, el nuevo presidente electo en 1989 decide implementar un drástico programa de ajuste económico que incluye la liberalización de la economía, la apertura externa a los capitales internacionales, el desmantelamiento del aparato productivo y el desgüace del Estado por medio de la privatización de las empresas públicas. Esto supone un fuerte cimbronazo en el peronismo, si bien la mayor parte de su elenco dirigente opta por secundar las políticas de gobierno. Los disidentes comienzan a nuclearse en torno a un grupo de 8 diputados que se oponían a las políticas neoliberales emprendidas por el presidente Menem y que terminan por constituir el Frente Grande en 1993, junto a otras fuerzas políticas de centro-izquierda.

A nivel sindical, las políticas de ajuste se hacen sentir duramente sobre el conjunto de los trabajadores y más profundamente en el sector público, donde muchos empleados fueron cesanteados. Frente a ello, el grueso del sindicalismo peronista, con fuerte vinculación con el partido y no pocos intereses en el propio proceso privatizador y las posibilidades de generar ganancias por medio de la provisión de servicios, decide cerrar filas tras el gobierno. Hubo, en cambio, otro

sindicalismo que impulsa una fuerte crítica a la política económica. Esto cristaliza en el Grito de Burzaco de 1991, dando pie al Congreso de los Trabajadores Argentinos al año siguiente, hito fundacional de la nueva central sindical que se constituyó en 1996: la Central de Trabajadores de Argentina (CTA).

Miembro del Consejo Pontificio Justicia y Paz

—A fines del año 1996, durante mis últimos meses como secretario General de la CMT, me cita en Bruselas el Nuncio Apostólico en Bélgica, Ubaldo Calabresi para informarme que el Papa Juan Pablo II me había nombrado miembro titular del Consejo Pontificio Justicia y Paz, un organismo del Vaticano que había creado Pablo VI en 1967 por pedido del Concilio Vaticano II.

La función del Consejo era “*estimular a la comunidad católica para promover el progreso en las regiones necesitadas y la justicia social en la escena internacional*”. Estaba integrado por un equipo de laicos y religiosos de diferentes nacionalidades quienes, a modo de consultores, prestaban servicios por un período de cinco años. Entré en reemplazo de un brasilero, Tíbor Sulik.

Por aquellos años, el Consejo lo presidía un cardenal francés, ex arzobispo de Marsella, Roger Etchegaray, a quien había conocido por mi tarea en la CMT; un hombre de la Iglesia al que siempre le tuve mucho

afecto y un enorme respeto. Nunca me lo confirmaron, pero siempre supuse que él le habría sugerido mi nombre al Papa. En el Consejo se debatía sobre economía, la desigualdad social, el comercio internacional, el problema de la tierra, el comercio de armas, la política, la paz, entre otros temas que se elaboraban en conjunto.

Nos reuníamos dos veces por año en un plenario que duraba tres o cuatro días, para elaborar los informes que luego le llevábamos al Papa. Él nos señalaba algunos criterios y preocupaciones que tenía el Vaticano sobre esos temas, y nos despedía saludándonos uno por uno, con unas palabras de ocasión.

Nos reuníamos en la Pontificia Academia de Ciencias, creada por Galileo Galilei en 1540 ó en la sede del Consejo en el Trastévere. Otras veces lo hicimos en grandes colegios, como el Pío Latinoamericano, en las universidades pontificias o en las sedes de las comunidades de los salesianos, los benedictinos y los agustinos.

Yo era el único integrante que provenía del mundo del trabajo y desde esa procedencia siempre planteaba los mismos temas: las injusticias del comercio internacional, el problema de la deuda externa como mecanismo de dependencia, la desigualdad social, la concentración de la riqueza, la problemática de los trabajadores –libertad sindical, la persecución a los sindicalistas–, de alguna manera, los grandes temas por los que bregábamos en la CMT.

Realmente fue una experiencia interesante porque había especialistas de todo el mundo, con gran nivel y una enorme diversidad. Estuve ocho años cumpliendo esa función, desde 1996 hasta el 2003, cuando tuve que renunciar para asumir otra función muy importante, también vinculada al Vaticano.

Regreso a la CLAT

Concluida mi responsabilidad en la CMT, volví a instalarme en la Argentina e, inmediatamente, me reincorporé a la tarea sindical en ATE. Durante todos esos años en la CMT yo había continuado en el Consejo Directivo Nacional de ATE, en calidad de vocal. Eso fue muy importante para mí porque representaba mi arraigo, el anclaje a mi gremio, a la organización a la que representaba. Si bien ATE como tal no integraba la CLAT ni la CMT, tenía una relación estrecha con ambas instituciones.

Al volver me nombran Director de Relaciones Internacionales de ATE Nacional y recupero el cargo en la Secretaría Regional de la CLAT, el ORECSUR, que ya no funcionaba en la oficina de la calle Venezuela sino en el INCASUR, muy cerca de ATE.

Por entonces, al instituto de capacitación lo dirigía Galo Pochelú, un uruguayo brillante, sindicalista docente, que había reemplazado a Rodolfo Romero cuando se fue a Venezuela para asumir la dirección de la Universidad de los Trabajadores de América Latina (UTAL) y formar parte del Buró de la CLAT.

En el INCASUR también trabajaban Guillermo Quesada, Ramón Ermácora, Ricardo Gringras—esposo de mi hija Gaby— y Luis Fara, quien fuera Director de Cultura de ATE Nacional, y el iniciador de las actividades culturales en el querido Anfiteatro Eva Perón.

Mi tarea en el ORECSUR, como siempre, era asegurar la presencia de la CLAT en los seis países del área por medio de asistencia técnica y política, cursos de formación y charlas sobre organización y estrategia del movimiento de los trabajadores. Además de las misiones y visitas a los sindicatos integrantes en cada uno de los países del Cono Sur.

Mi segunda etapa en la Central duró casi tres años; invitado a asumir una responsabilidad en el gobierno de la Alianza, presento mi renuncia en una reunión del Consejo de la CLAT que se hace en Panamá en diciembre de 1999. Me reemplazó un gran dirigente gráfico, Dante Oberlin, mi adjunto en el ORECSUR, al que conocía desde los tiempos de la ASA.

De esta manera terminaba mi etapa en una organización a la que quise mucho y de la que me sentí muy orgulloso en los dos períodos en que me tocó aportar mi grano de arena, del 74 al 89 y del 97 al 99. Dieciocho años de militancia sindical latinoamericana.

Foro Consultivo del Mercosur

En la incipiente Central de los Trabajadores Argentinos, como se llamaba antes de cambiar su nombre por el actual, Central de los Trabajadores y Trabajadoras de la Argentina, me incorporé al Departamento Internacional para colaborar con Eduardo “Ruso” Menajovsky, su director.

Eran los años de auge del MERCOSUR y en ese marco se crea el Foro Consultivo Económico y Social, un espacio de participación integrado por las centrales empresariales, sindicales y el llamado Tercer Sector: cooperativas, asociaciones de consumidores, técnicos, profesionales y ONGs, entre otros.

Un organismo de participación limitada, pero con capacidad de iniciativa en ese proceso de integración, en el que confluyeron la Unión Industrial, la CGT –que al principio lo monopolizaba–, ADELCO (Acción del Consumidor), la Cámara de Comercio, y muchas otras organizaciones. Luego de una ardua tarea se logró la incorporación de la CTA.

Se hacían reuniones nacionales y regionales en San Pablo, Brasilia, Asunción, Montevideo y Buenos Aires.

Los compañeros y compañeras de la CTA me escogieron para formar parte de ese foro en calidad de delegado titular, acompañado por Andrés Larisgoitía, como delegado alterno. Aún hoy represento a nuestra CTA Autónoma en ese ámbito del Mercosur.

ATE y la CLATE

Ciertamente seguía ligado a ATE, asesorando en la cuestión internacional y, sobre todo, colaborando con la CLATE que por entonces solía tener su sede en Buenos Aires, y era común que su presidente fuera el secretario General de ATE.

Ya UPCN se había retirado de la Confederación, después de un congreso realizado en Río de Janeiro, no recuerdo si en el año 86 o el 87; creo que no soportó el crecimiento y la influencia de ATE en ese espacio. Desde ahí en adelante se sucedieron presidentes de la Asociación Trabajadores del Estado.

A Víctor De Gennaro lo continuó –tanto en ATE como en la CLATE–, el correntino Juan González y a éste, Pablo Micheli. Víctor había viajado bastante y acumulado experiencia en Relaciones Internacionales. Mi tarea fue acompañar a González y a Micheli que necesitaban más asesoramiento.

Organismos de control

En esa época me relaciono con el Dr. Leandro Despouy, quien cumplía una excelente tarea en el Consejo Internacional de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra y luego fue

un muy buen presidente de la Auditoría General de La Nación. Mi hijo Alejandro que trabajaba en la Auditoría, me contactó con la Asociación de Personal de los Organismos de Control (APOC), con cuyo secretario General, Hugo Buisel Quintana, establecimos una cordial relación, habiendo colaborado en la proyección latinoamericana e internacional de esa organización.

La militancia en el Frente Grande

Corría 1997, un año doloroso porque perdí a dos grandes amigos y compañeros. Uno fue Carlos Auyero, amigo del alma y compañero de militancia desde principios de los sesenta en la Democracia Cristiana. El otro, Carlitos Cassinelli, un dirigente de ATE de gran nivel, trabajador de la Salud, militante de ANUSATE y gran amigo. Al igual que con Víctor y Germán, no sólo éramos compañeros del sindicato, éramos amigos, hermanos. Pasábamos juntos las vacaciones, nuestros hijos se sentían primos, formábamos una gran familia.

Cassinelli murió trágicamente en octubre del 97 cuando cayó el avión de Austral que lo traía de Misiones. Fue una desgracia que nos impactó muy fuerte. Un hombre que aún hoy se extraña.

También me impactó mucho la muerte de Carlos Auyero, ocurrida tras un tenso debate televisivo. Un compañero con el que compartimos muchas cosas, mucha militancia. Después de su entierro nos pusimos a conversar Chacho Álvarez y Graciela Fernández Meijide, ambos del Frente Grande; Ricardo Terragno, de la Unión Cívica Radical; Víctor De Gennaro y yo. Y de pronto De Gennaro los mira y les pregunta: *¿Y ustedes cuándo se van a juntar para ganarle a Menem?* Siempre bromeo con él sobre ese momento, le digo que fue el precursor de la Alianza.

En realidad, el Frente Grande surge del grupo de aquellos ocho diputados peronistas que resistieron las políticas de Menem en la época de Germán Abdala, cuando muchos de ellos se desafiliaron del peronismo defraudados por el indulto presidencial a los genocidas de la dictadura.

A Chacho Álvarez lo conocía desde finales de los ochenta cuando militamos juntos en el Peronismo Renovador. Luego él ingresa como diputado nacional por la ciudad de Buenos Aires junto a Germán Abdala e integra el Grupo de los 8. Nos frecuentamos incluso durante mi estadía en Bruselas, en más de una oportunidad almorzábamos juntos cuando venía a Buenos Aires.

Cuando regreso a la Argentina me reencontro con él, con Fernando Melillo—otro compañero del Frente Grande—y con Darío Alessandro. Me invitan a sumarme al Frente, una fuerza política que de alguna manera era la continuidad de lo que había sido el Grupo de los 8.

Me gustó la iniciativa y, sin abandonar mis responsabilidades en la CLAT, ATE, CLATE y la CTA, comencé a colaborar con ellos. Más adelante tuve una reunión con Chacho y Graciela Fernández Meijide en el local de la Avenida Callao y me sumé formalmente al Frente Grande con la esperanza de armar una alternativa al menemismo.

Mi tarea se concentró principalmente en dos ámbitos. Uno, relacionado con el mundo laboral, conformado por Alicia Castro de Aeronavegantes, el abogado laboralista Héctor Recalde y algunos otros compañeros y compañeras del mundo sindical. La idea era contribuir a la relación del Frente con los gremios.

El otro grupo se reunía en la Fundación Auyero, se llamaba “Política e Iglesias”. A

la Fundación concurrían el Padre Domingo Bresci, Washington Uranga –periodista de *Página 12*–, el Pastor Metodista Miguens, Norberto Padilla y Esteban de Nevaes, entre otros.

En una oportunidad, Chacho me pide que haga una gestión con el arzobispo de Paraná, Estanislao Karlic, hoy cardenal retirado emérito, por entonces presidente de la Conferencia Episcopal. Chacho quería

establecer una relación institucional con la Iglesia y monseñor Karlic era un interlocutor privilegiado.

Tomamos el avión rumbo a Paraná Chacho Álvarez, Fernando de la Rúa, Rafael Pascual –un radical que fue presidente de la Cámara de Diputados– y yo. Fue una buena reunión; yo quedé, de alguna forma, encargado de mantener la relación con el Episcopado y la Iglesia en general. ||

Gobierno de la Alianza

El Frente Grande, integrado por Frente País Solidario y otras fuerzas progresistas, se une al radicalismo y conforman la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación, con vistas a presentarse en las elecciones de 1999.

Le gana al Partido Justicialista –que llevaba como candidato a Eduardo Duhalde– con casi el 50% de los votos. Asume la presidencia Fernando De la Rúa con Chacho Álvarez como vicepresidente y Graciela Fernández Meijide como ministra de Desarrollo Social.

–Chacho me pide que asuma como subsecretario en el área de Culto en la Cancillería. Rodríguez Giavarini era el Canciller y Norberto Padilla el secretario de Culto.

Hubiera preferido asumir alguna responsabilidad en el Ministerio de Trabajo, pero él insistió en que me necesitaba en Cancillería. Pero la subsecretaría se disolvió en una restructuración de las áreas del Estado y durante dos años continué en Cancillería como asesor del Secretario de Culto.

Una de mis tareas principales era participar del Consejo Asesor del Secretario de Culto, luego devenido en el Consejo Argentino de Libertad Religiosa (CALIR) integrado por judíos, musulmanes, ortodoxos, evangélicos y cristianos; entre otros, el rabino Daniel Goldman, Omar Abud de la comunidad musulmana y el Pastor

Raúl Scialabba de los Bautistas. Eran unas quince personas que se ocupaban de promover la convivencia, el afecto y la solidaridad entre los diferentes credos religiosos. Una virtud que tenemos en la Argentina que nos distingue en el mundo. Somos un pueblo que desconoce el odio religioso, pocos países en el mundo se pueden enorgullecer de eso.

Paralelamente fui convocado por Graciela Fernández Meijide para unirme como asesor *ad honorem* al Consejo de Políticas Sociales, integrado por algunas de las personas que ya mencioné, entre ellos Esteban De Nevares, primo del obispo de Neuquén.

Mi cometido era establecer relaciones con los organismos sociales –por esos años no existían los movimientos territoriales como hoy los conocemos– y con la Iglesia para debatir y aportar ideas sobre la problemática social. Fue una tarea que hice con gran motivación porque valoraba la iniciativa de que las políticas sociales tuvieran un organismo representativo de las distintas comunidades y sectores. En la práctica llegué a ser el coordinador de ese Consejo.

Lamentablemente, a mitad del 2001 me alejo de los dos espacios; no me sentía muy consustanciado con las políticas que se venían implementando. La esperanza de un gobierno progresista se desvaneció rápidamente, hasta frustrarse definitivamente apenas dos años después de su comienzo.

Creo que De la Rúa no estuvo a la altura de las circunstancias. Chacho Álvarez ya había renunciado a raíz del escándalo Banelco, el denunciado pago del ministro de Trabajo Flamarique a ciertos legisladores para que votaran la Reforma Laboral. La nefasta decisión de convocar al polémico Domingo Cavallo al Ministerio de Economía sepultó las esperanzas de un cambio.

Para colmo, la renuncia de Chacho Álvarez que hiere de muerte al gobierno, no es acompañada por el resto de los integrantes del Frente Grande y todo comienza a desintegrarse.

Al tiempo, Graciela también renuncia al Ministerio, porque sentía ciertas incompatibilidades; y si bien hubo buenas intenciones y se hicieron todos los esfuerzos, las políticas de su ministerio tampoco fueron muy consistentes. El desenlace se volvía predecible.

A fines del 2001, precisamente los días 19 y 20 de diciembre, estalla la protesta popular contra las políticas económicas de Cavallo y se declara el Estado de Sitio. Todo termina de la peor manera.

Creo que el gran mérito de la Alianza, fue que representó una esperanza en épocas del menemismo, una alternativa creada por compañeros y compañeras que venían del progresismo.

Más allá del trágico final del gobierno de De la Rúa, creo que las experiencias políticas hay que analizarlas en su contexto y en sus circunstancias. Era necesario apostar a una construcción que terminara con la entrega y el neoliberalismo salvaje que representó Menem en esos años.

Décadas más tarde se repetiría la misma necesidad de construcción de un frente de unidad contra las políticas neoliberales de la gestión del gobierno de Cambiemos.

Frente Nacional contra la Pobreza

Por esos días, ya alejado del gobierno, dedicaba mis mayores esfuerzos a la concreción del FRENAPO, el Frente Nacional Contra la Pobreza. La iniciativa había partido de la CTA, durante la conducción de Víctor. Fue una convocatoria muy amplia a la que se sumaron organizaciones de trabajadores, sociales, empresariales, universitarias, de derechos humanos, culturales, intelectuales, territoriales, religiosas, agrarias, cooperativistas, artistas y políticos.

En septiembre de ese año, en el marco de la Campaña contra la Pobreza, siete columnas partieron desde el Congreso hacia las distintas regiones del país, para difundir la propuesta elaborada por el FRENAPO: la realización de una Consulta Popular los días 14, 15 y 16 de diciembre donde el pueblo pudiera decir sí o no a la creación de un Seguro de Empleo y Formación de 380 pesos mensuales para cada jefa o jefe de hogar desocupado, una Asignación Universal de 60 pesos por mes por cada hija o hijo de hasta 18 años y otra de 150 pesos para los mayores de 65 años que no percibieran jubilación ni pensión.

Fue una experiencia impresionante de democracia directa en una iniciativa no convocada por el Gobierno, sin apoyo de las mayorías en el Congreso ni de las maquinarias de los partidos políticos.

Aún así se instalaron miles de mesas de votación a lo largo y ancho del país a las que acudieron más de tres millones de argentinos y argentinas, aquí y en otros lugares del mundo.

Lamentablemente esa increíble experiencia de organización popular fue de alguna manera relegada por dos acontecimientos

trágicos. El día que partían las siete caravanas, se produce el atentado a las Torres Gemelas que paralizó al mundo. Y días después de la Consulta Popular, estalló el pueblo contra el gobierno de la Alianza y se produjo la renuncia de Cavallo primero y de De la Rúa después. Sin hablar de la semana con cinco presidentes distintos.

Finalmente, tras esos días de furia e

incertidumbre, Eduardo Duhalde asume la presidencia de la Nación en forma provisional, consigue apaciguar el caos y convoca a nuevas elecciones donde triunfa Néstor Kirchner. Comenzando a transitar esa nueva etapa política, recibo una inesperada proposición y, cuando con Gloria creíamos que ya nos radicábamos definitivamente en Argentina, resurge Europa como nuevo destino. ||

Preámbulos de una designación

Luego de la renuncia de De la Rúa, se sucedieron en el país doce días de intensa inestabilidad institucional, durante los que asumieron la jefatura de gobierno, en forma sucesiva, Ramón Puerta, presidente provisional del Senado; el senador Adolfo Rodríguez Saá, elegido por la Asamblea Legislativa; Eduardo Caamaño, presidente de la Cámara de Diputados, y finalmente el senador Eduardo Duhalde, elegido por una nueva Asamblea Legislativa. Entre la renuncia de De la Rúa y la asunción de Duhalde pasaron por la Casa Rosada cinco presidentes.

El presidente Eduardo Duhalde, tras la masacre del Puente Pueyrredón en junio del 2002 convoca a elecciones para el 27 de abril del 2003. En esos comicios el ex presidente Carlos Menem obtiene una muy reducida mayoría simple del 24.41% de los votos, contra el 22.29% de Néstor Kirchner, gobernador de Santa Cruz.

Menem, previendo una segura derrota, decide no presentarse en la segunda vuelta, prevista para el 14 de mayo, por lo que Kirchner es electo nuevo presidente de la Nación y asume el 25 de mayo de 2003.

Entretelones de un nombramiento

Alejado ya de la Alianza, continúo con mis compromisos en ATE, la CLATE y la Central de Trabajadores de la Argentina como asesor en temas internacionales.

Si bien mi experiencia en la CLAT había

quedado atrás al renunciar al ORECSUR, en el año 2000 sufrió un gran dolor con la muerte de un amigo, un compañero y un verdadero maestro, Emilio Máspero. Él fue, sin duda, un gigante del movimiento sindical latinoamericano y sentí muchísimo su pérdida.

Como miembro del Consejo Pontificio de Justicia y Paz, en el año 2000 participé del Jubileo de los Trabajadores que organizó el Papa Juan Pablo II en Roma y, paralelamente, del Jubileo de los gobernantes, parlamentarios y políticos. En este último el gran tema fue la deuda externa y la injusticia social y el Papa hizo una importantísima reflexión sobre el futuro del trabajo humano, un tema que fue siempre su preocupación.

En el año 2001 me invitan a participar del Congreso Mundial de la CMT realizado en Bucarest, Rumania, donde tengo la posibilidad de visitar al Patriarca de la Iglesia Ortodoxa rumana, Teoctis I.

Otro hecho trascendente al que tengo el placer de asistir, acompañando a Víctor De Gennaro, es el Foro Social Mundial que se realizó en el año 2002 en Porto Alegre, Brasil, promovido, entre otros, por un gran periodista y amigo personal, Roberto Savio, fundador de Inter Press Service.

Era la segunda edición de esa importante convocatoria de la que participaron cerca de 20.000 personas de 117 países de todo el mundo bajo la consigna "Otro mundo es posible".

En el año 2003 al asumir Kirchner la presidencia de la Nación nombra como canciller al Dr. Rafael Bielsa, un compañero al que conocía de mi experiencia en el Frente Grande y de la Alianza, cuando él ocupaba el cargo de Procurador General de la Nación.

En septiembre de 2003 se realiza un seminario en el INAP (Instituto Nacional de la Administración Pública) al que asisto con Víctor De Gennaro. En una pausa me encuentro con Bielsa; tras los saludos, en una charla de ocasión me comenta que estaba preocupado porque la Embajada Argentina en el Vaticano tenía su sede en el Palacio Patrizi de Roma, una construcción del 1500, donde ocupaba dos pisos. Uno para las oficinas y otro como residencia del embajador.

El problema era que se pagaba una fortuna y, en los tiempos de crisis que vivía la Argentina, eso no se justificaba, se podía alquilar otra sede por mucho menor costo. Le di la razón, yo conocía el palacio que estaba ubicado frente al Senado, a una cuadra de la Piazza Navona, en plena Roma. Era demasiado lujo.

Hasta ese momento el embajador era Vicente Espeche Gil, un diplomático de carrera, un hombre muy serio y excelente profesional que había sido nombrado por De la Rúa.

Tiempo después veo a Eduardo Valdés, Jefe de Gabinete en Cancillería, en una de las reuniones que teníamos como CTA con compañeros del gobierno de Kirchner, y me confiesa que estaban pensando en mí para reemplazar a Espeche Gil.

Me sonó a locura, yo ya había cumplido 64 años, no tenía carrera diplomática, venía del mundo del trabajo, no había votado al Frente para la Victoria y, a decir verdad, me veía más cerca de cuidar a mis

nietos que de asumir semejante responsabilidad. Se lo agradecí porque me honraba, pero no lo tomé muy en serio.

Después de la primicia de Valdés, tuve otros comentarios que confirmaban que mi nombre estaba dando vueltas. En una oportunidad que voy a visitar a Monseñor Culotta, párroco de la Basílica de la Piedad en Buenos Aires, que cumplía cincuenta años de sacerdocio, me cruzo en la sacristía con el Cardenal Bergoglio que iba a celebrar la misa del homenaje.

Después de los saludos de ocasión, el Cardenal me dice, en confianza, que le habían preguntado por mí. *¿Con buenas intenciones?*, le pregunto en broma.

“-Sí, con buenas intenciones. Yo les dije que te conocía bien y que me parecías un hombre de fe y coherente”.

Recibí comentarios en el mismo sentido de Aníbal Fernández, ministro del Interior de Néstor Kirchner, con quien compartimos la pasión por el Quilmes Atlético Club, integrando juntos la Asamblea de Representantes del club durante una época.

Nos encontramos en el estadio de Rosario Central y al saludarnos me comentó que hablando con el presidente en un viaje, le había anticipado que estaba pensando en mí para el cargo.

A los seis días me llama Valdés y me pide un currículum, ahí entendí que la cosa iba en serio. Lo primero que hice fue contárselo a Víctor que justo se iba a reunir con el presidente Kirchner, oportunidad en la que alcanzó a hablar de ese tema con él.

Luego me llama el Secretario de Culto, Guillermo Oliveri, a quien conocía de mi época como asesor en la Secretaría y con

el que tenía una muy buena relación. Él me confirma que el tema seguía avanzando, que el Canciller estaba decidido y que sólo faltaba la decisión del presidente.

En casa, la reacción de Gloria no fue tan entusiasta como en las dos oportunidades anteriores con la CMT, pero sin embargo me apoyó: “Vamos”, dijo. Fue sorpresivo porque llevábamos siete años reinstalados en Argentina y parecía que no nos íbamos a mover más. Esta vez ya no había que ir con nuestros hijos porque todos estaban grandes, si se confirmaba el ofrecimiento, iríamos solos.

Luego recibo un llamado de Alberto Fernández, Jefe del Gabinete de Ministros, a quien también conocía, y me comunica que el Presidente había tomado la decisión.

A partir de allí comenzaron ciertas operaciones. Según Martín Granovsky, periodista de *Página 12*, Esteban Caselli, ex secretario de Culto, embajador en la Santa Sede en tiempos de Menem y secretario General del gobierno de Ruckauf en la provincia de Buenos Aires, tenía otros planes y otro candidato: Héctor Stock Capella, un diplomático de carrera.

Después comenzó a circular la versión de que desde el Vaticano no me iban a otorgar el placet de estilo. Finalmente el embajador de entonces, Vicente Espeche Gil, lo consulta con funcionarios del Vaticano y se lo desmienten. Fue el último intento de frenar mi designación.

Me vuelve a convocar Alberto Fernández, y mientras conversaba con él en su oficina, entra el presidente que venía a saludarme y me confirma la decisión.

—“¿Está seguro, Presidente? Mire que la embajada en el Vaticano es muy deseada, es una suerte de fin de carrera y yo no soy diplomático...”, le digo.

—¿Cuántos países conociste?, me pregunta.

—Más de noventa.

—No hay ningún diplomático que conozca tantos. O sea que tenés una experiencia más que importante. Segundo: ¿Quién puede conocer el Vaticano más que vos que integraste un organismo pontificio? Tercero: sos del palo.

—¿Pero esto no le traerá algún costo, mire que no es lo mismo ser un dirigente sindical que un embajador?, le pregunté. Su respuesta fue: “No, yo estoy seguro de que lo vas a hacer muy bien. Yo no corro atrás de los curas, pero quiero tener las mejores relaciones con la Iglesia”. Dicho lo cual, dio media vuelta y se fue.

Así fue que se firmó el decreto de mi nombramiento el 28 de diciembre del 2003. Sólo quedaba por delante ir a la Comisión de Acuerdos en el Senado para ratificarlo, adonde fui acompañado por el hoy senador Marcelo Fuentes y por Eduardo Valdés. La comisión la presidía el senador Jorge Busti, ex gobernador de Entre Ríos. Tuve que responder numerosas preguntas, sobre todo del senador Eduardo Menem quien integraba la comisión.

El último trámite formal lo hice en la Secretaría General de Gobierno con Marcelo Parrilli, donde también conocí a Carlos Zannini, el Secretario Legal y Técnico de Presidencia quien se acercó a saludarme.

Solicité que si se tomaba la decisión de abandonar el Palacio Patrizi y trasladar la sede a otro lugar, lo hiciera el embajador saliente. Sabía que eso iba a levantar polvareda y no quería empezar con críticas, pero por suerte se hizo así.

En realidad, el Estado Argentino me había nombrado como embajador ante la Santa Sede y ante la Soberana Orden Militar de Malta, una orden laica religiosa independiente, pero que siempre ha tenido

la protección del Vaticano, cuyo nombre oficial es de los Caballeros de Jerusalén, Rodas y Malta.

Nació en el año 1200 como una suerte de unidad sanitaria de las Cruzadas, es independiente del Vaticano, tiene su sede en Roma, su superior posee la categoría de Jefe de Estado y se relaciona con otros Estados del mundo.

Tras el nombramiento soy invitado a Paraná por el Senador Jorge Busti, a una despedida antes de asumir el cargo. Se realizó un acto que contó con la presencia del cardenal Estalísnao Karlic, el presidente de la Conferencia Episcopal Argentina.

Cuando ya estaba todo resuelto para irme a Roma, el embajador Carlos Manuel Muñiz, presidente del CARI (Consejo Argentino de Relaciones Internacionales), organiza un almuerzo de despedida con la presencia de varios embajadores. Años después, el actual presidente del CARI, Dr. Adalberto Rodríguez Giavarini, destacado ex canciller de la Nación, me nombró consultor de la institución. También el Nuncio Apostólico en Argentina –embajador del Vaticano en nuestro país– Adriano Bernardini, organizó un almuerzo de despedida que contó con la presencia del Arzobispo de Buenos Aires, el Cardenal Jorge Bergoglio, quien por esas increíbles vueltas de la vida, llegaría a ser el Papa Francisco.

Finalmente, el 15 de febrero de 2004 partimos con Gloria con destino a Roma para empezar lo que sería una vida de intenso trabajo y nutrida labor protocolar. En el aeropuerto nos esperaban el personal de la embajada y Monseñor Guillermo Karcher, un argentino que era oficial de la Secretaría de Estado del Vaticano.

Como había solicitado, las oficinas administrativas de la embajada ya se habían

trasladado del Palacio Patrizi a otro edificio muy antiguo, también del año 1500, pero más sobrio, más modesto. Allí había un staff compuesto por un ministro, un consejero, dos diplomáticos y cinco o seis personas del equipo administrativo.

La residencia del embajador, nuestro hogar con Gloria, siguió siendo uno de los pisos del Palacio Patrizi, hasta que en julio nos trasladamos a un departamento muy amplio en la Via della Conciliazione, en la entrada del Vaticano, a trescientos metros de la Plaza San Pedro. La embajada estaba a siete cuadras, cruzando el Río Tiber. Hoy, luego de la proclamación de Francisco, se mudó a un lugar más grande; es que con un papa argentino la actividad aumentó considerablemente.

Presentación de las cartas credenciales

Una de las condiciones protocolares que tuve que aceptar –con cierta dificultad– era vestir de frac. De entrada no quería saber nada con eso, pero tuve que acceder y usar esa especie de saco negro con una suerte de cola en la parte de atrás. Al principio me sentía incómodo pero luego me acostumbré.

La presentación de las cartas credenciales fue una ceremonia muy especial. Comenzó con la llegada a la embajada de varios autos enviados por la Santa Sede: uno para el embajador y la embajadora –Gloria ostentaba ese título–, otros para los colaboradores –mi consejero Alberto Trueba y el agregado administrativo–, y otros para mi familia, cinco de mis seis hijos, uno de mis yernos y varios nietos.

Luego la comitiva llegó al Palacio Apostólico donde la Guardia Suiza le rindió honores y después, acompañados por gentilhombres –como se le dicen a los

responsables del protocolo— fuimos en procesión hasta la antesala de la Biblioteca del Papa. Mi familia con los colaboradores de la embajada esperaron ahí y yo ingresé a la Biblioteca donde me esperaba Juan Pablo II.

Nos saludamos protocolarmente cruzando unas pocas palabras, le entrego mis cartas credenciales y hacemos intercambio de los discursos, que no se leen en ese momento.

No era la primera vez que me veía con Juan Pablo II. Tuve el privilegio de conocerlo en el año 1982 y verlo luego en innumerables ocasiones cuando estaba en la CMT y en el Consejo de Justicia y Paz. En esta oportunidad estaba muy mayor y desmejorada su salud, tenía serias limitaciones para hablar, pero escuchaba con mucha atención.

En nuestro intercambio yo expresaba, en lo personal, ciertas coincidencias: los dos habíamos trabajado en empresas químicas, Juan Pablo II en la empresa Solway en Polonia y yo en Rigolleau en Berazategui. También hice referencia a mi abuela polaca, nacida en Cracovia, y a un amigo en común, Lech Walesa, y la relación que ambos tuvimos con el sindicato polaco Solidarnosc.

En cuanto a la cuestión política, hice referencia a la mediación papal realizada a través de su enviado el Cardenal Samoré en el conflicto del Beagle con Chile que evitó lo que podría haber sido una guerra fratricida; reconocí la experiencia del Papa en el tema laboral y, en especial, la importancia de la encíclica *Laborem Excersens* (“Los que trabajan”).

También hice referencia a los problemas del mundo del trabajo, el poder financiero y otros temas que eran preocupaciones del Papa, expresadas en varios documentos.

Fue un discurso escrito que preparé con Guillermo Oliveri —un gran amigo y el Secretario de Culto de la Cancillería— y varios asesores.

Es protocolar que, antes de la entrega formal de las cartas credenciales, se realice una visita a la Secretaría de Estado para acercar una copia del discurso y conversar sobre las particularidades de la ceremonia.

Allí me observaron el uso de la palabra “genocidio” cuando me refería a la dictadura argentina. Les parecía un concepto demasiado fuerte y me sugirieron cambiarlo. Finalmente cedí y usé la expresión “graves violaciones de los derechos humanos, asesinatos, secuestros y torturas”. Era otra forma de decir lo mismo, pero sin empezar con controversias con la Santa Sede.

El discurso del Papa me sorprendió, diría que me decepcionó un poco, porque en él se refería —más allá de las palabras protocolares referidas a los lazos con Argentina y los saludos al presidente Kirchner— a la moral y la defensa de la vida en una clara alusión a la posible discusión de la legalización del aborto.

Fue un discurso afectuoso, sin cuestionamientos al gobierno argentino. Esa referencia indirecta al aborto no se entendía bien, porque en ese momento el tema no tenía la actualidad que tiene hoy en la Argentina. Luego supe que había tenido que ver en este asunto un sacerdote español de ideas muy distantes a la mía.

A día siguiente, los dos discursos, mi currículum y las fotos del encuentro fueron publicadas en *L'Osservatore Romano*, fuente oficial para la divulgación de noticias sobre la Santa Sede.

Acto seguido, hicieron pasar a toda la

familia y a los colaboradores, una caravana de gente acompañados, cada uno, por el gentilhombre. Una multitud.

En esa ceremonia, el Papa saluda y le entrega un rosario a cada uno, incluso a Tomás, Tadeo y Katia, los tres nietitos que tenía en ese momento. Al Papa los niños le iluminaban los ojos y fue muy afectuoso con ellos.

Luego de ver a Juan Pablo II, la procesión siguió –siempre con los gentilhombres acompañándonos– por el Palacio Apostólico hasta el despacho del Secretario de Estado, el Cardenal Sodano, a quien había conocido como Nuncio Apostólico en Chile. Allí, por supuesto, también fue una ceremonia muy protocolar.

La comitiva siguió por la Escalera Regia hasta la Basílica de San Pedro –que estaba

llena de visitantes– donde nos recibió el canónigo de la basílica, Monseñor Daniel Fernández –el tío de las Trillizas de oro– y nos llevó hasta el altar de San Pedro. Todo el trayecto lo hicimos acompañados por la Guardia Suiza que nos abría el camino con un piquete de seis guardias.

En la Basílica nos arrodillamos con Gloria y rezamos una oración para luego pasar por el Pasillo de los Embajadores donde nos esperaban los autos para llevarnos a la embajada.

Fue una ceremonia muy protocolar pero inolvidable, para mí y para toda la familia. Terminamos con un brindis en la embajada con el jefe de los gentilhombres, el Dr. Saverio Petrillo, que además era el custodio de la residencia de verano del Papa en Castel Gandolfo. Un día interminable e inolvidable. ||

Embajador argentino en el Vaticano

La tarea de un embajador

Encaré mi tarea en el Vaticano teniendo muy presente lo que me había dicho Monseñor Hesayne, ex obispo de Viedma, estando retirado. Me convocó al convento donde paraba cuando venía a Buenos Aires y me dio una serie de consejos: *“Carlos, Dios te llama a cumplir una responsabilidad compleja, difícil. Estoy seguro que si le ponés empeño las cosas te van a salir bien. En Roma vas a encontrar lo mejor y lo peor porque la Iglesia es santa y prostituta, las dos cosas. Vos andá siempre con Cristo y la verdad. Ojo con los negocios y tratá de no hacer ninguna cosa que tu conciencia te diga que no es correcta. Yo sé que vas a salir adelante”*.

Como en muchos órdenes de la vida, todo depende del esfuerzo que uno ponga en la tarea. Se puede ser un embajador sin mucha actividad, sin compliarse. Opté por dar el máximo en todas mis responsabilidades y en la medida de mis posibilidades.

La Embajada en el Vaticano es muy particular. No se ocupa, como otras, de problemas en las relaciones comerciales; no existe el ingrediente económico de las exportaciones o las importaciones.

Es una tarea eminentemente política, con ribetes sociales y culturales. La primera obligación del embajador es asegurar la mejor relación del gobierno que representa con el Estado ante el que está acreditado. Esa fue la consigna que me dio el presidente

Kirchner: *“tener las mejores relaciones”*, y esa fue mi guía.

Monseñor Justo Laguna, un gran religioso, promotor de la Semana de la Pastoral Social que se realiza todos los años y en las que siempre participé, escribió el libro *“Luces y sombras de la Iglesia que amo”*, en el que al referirse al contexto argentino, dice que las cosas buenas, las virtudes, le vienen un poco por inspiración divina, y las cosas malas le vienen por inspiración de los hombres. Ese libro también fue una guía muy importante para mí.

La Embajada en el Vaticano es también muy particular por su enorme dimensión espiritual. El Papa es la cabeza de la Iglesia Católica y de 1.400 millones de fieles en el mundo, siendo nuestro país mayoritariamente católico. Eso implica una gran responsabilidad, y además mucho trabajo, porque cualquier argentino que visita Roma quiere ir al Vaticano y, si es posible, visitar al Papa.

Por otro lado, un embajador no sólo debe establecer una relación con su Santidad y con la Secretaría de Estado de la Santa Sede, sino que tiene la misión de relacionarse intensamente con todas las órdenes religiosas de mujeres –más de 300–, y de hombres –más de 100–, que tienen su sede en el Vaticano; con las universidades pontificias que muchas de esas órdenes poseen; y con las Academias Pontificias, que abarcan diversas temáticas: las Ciencias, la Teología, las Bellas Artes y Letras, la Arqueología y la Latinidad, entre

otras. Algunas, como la de la Ciencia, con quinientos años de antigüedad.

Cada una de ellas realiza sus propias actividades –apertura de cursos, conferencias o seminarios– a las que todo el cuerpo diplomático del Vaticano está invitado.

Mi intención como embajador era que Argentina siempre estuviera presente y, en la medida de mis posibilidades, trataba de asistir a todas. Eso significaba una agenda enorme, realmente.

Sin olvidar la presencia de religiosos argentinos que había en muchas de ellas, lo que aumentaba el compromiso. El obispo Sánchez Sorondo era el Canciller de la Academia de las Ciencias y de la Academia de Ciencias Sociales; Monseñor Carlos Azpiroz Costa –ahora arzobispo de Bahía Blanca– era el Superior General de la Orden de los Predicadores (dominicos); y Monseñor Mauricio Fazio era el rector de la Universidad del Opus Dei, para dar tres ejemplos. Amén de los ciudadanos argentinos que eran miembros de esas academias o universidades.

Incluso era obligación de la embajada, y lo hacía con gusto, recibirlos, atenderlos, invitarlos a la sede, organizar alguna recepción, hacer una comida y compromisos de ese tipo.

También integraba distintos grupos que se conformaban entre los embajadores. Por ejemplo, participaba del GRULA, el grupo de América Latina, donde confluían todos los embajadores, incluso el de Cuba, con los que de tanto cruzarnos en actividades, terminábamos haciéndonos amigos.

Yo traté de impulsar un Grupo del Mercosur para estimular las relaciones con los embajadores de los países miembros a partir del interés común. Otro grupo que

integraba era el de los francoparlantes, dado que el francés es el idioma tradicional de la diplomacia, en el que estaban los embajadores de Francia, Bélgica, Suiza... y el de Rusia, que, como yo, lo tenía como segundo idioma.

También teníamos un Grupo de Reflexión, más informal, que lo integraban los embajadores de Italia, Polonia, Brasil y Rumania, entre otros, que había sido formado por mi antecesor y por un arzobispo de la Santa Sede, Monseñor Claudio Celli, un hombre muy querido y respetado que alguna vez estuvo en Argentina.

La muerte de Juan Pablo II

El Papa Juan Pablo II llevaba veinticinco años de pontificado. Cuando yo asumí su salud estaba muy deteriorada, no estaba en las mejores condiciones para gobernar una Iglesia difícil, atravesada por contradicciones y por diferentes intereses.

A pesar de todo, seguía siendo una verdadera referencia moral y religiosa. No había un solo documento papal en el que él se hubiese mostrado en contra de los derechos humanos, de los derechos de los trabajadores, de los pueblos y de la paz. Y ni hablar de su liderazgo.

Pero era notorio que su vida se apagaba y la Plaza de San Pedro se llenaba todos los días de gente, muchísimos jóvenes, que iban a rezar por su salud, que lo acompañaban mientras ésta se deterioraba con vigiliias y oraciones frente a la ventana de su dormitorio que daba a la Plaza.

Al momento de su muerte, anunciada por un argentino, Monseñor Leonardo Sandri, hoy Cardenal y Prefecto de las Iglesias Orientales, se produjo una conmoción enorme, un halo de tristeza invadió el Vaticano y a toda Roma.



▲ 1. La familia Custer y representantes de la Embajada argentina en el Vaticano con Juan Pablo II.
2. Con el Papa Benedicto XVI. ▼



Con Gloria fuimos enseguida a la Plaza de San Pedro a orar con la multitud que allí lo despedía. Se moría un Papa al que, de una manera u otra, había tratado durante más de veinte años en innumerables ocasiones.

Inmediatamente los ojos del mundo se posaron sobre la Santa Sede. A mí me llamaban de todos los medios y la embajada se convirtió en un hervidero de actividades.

Una muchedumbre hacía cola para entrar al Vaticano. Eran filas de seis o siete personas que se extendían a lo largo de veinticinco cuerdas, un anillo humano que rodeaba a la Santa Sede. Una verdadera conmoción y uno de los velatorios más importantes que se haya conocido en la historia.

Todos los embajadores acreditados fuimos invitados al Palacio del Vaticano para despedirnos del Papa en representación de nuestros países, antes de instalar la capilla ardiente y del traslado de sus restos a la Basílica.

La delegación argentina que asistió al velatorio estuvo integrada por el vicepresidente, Daniel Scioli; el Canciller Rafael Bielsa y el secretario de Culto, Guillermo Oliveri. Fueron invitados también Eduardo Duhalde y Carlos Menem en su condición de ex presidentes argentinos.

Propuse que viniera el presidente en persona, dada la magnitud del acontecimiento y considerando que la mayoría de los países tuvieron esa actitud. Se iban a hacer presentes George Bush y Lula, por nombrar a algunos. Pero, finalmente, se decidió seguir el protocolo y el presidente Kirchner viajó recién para la asunción del nuevo Papa.

El velatorio fue una ceremonia impresionante que duró casi tres días. Se calcula que hubo un millón de personas que peregrinaron hasta el Vaticano.

Una consulta premonitoria

El espacio entre la muerte de un Papa y la elección de otro se llama “período vacante”. En ese tiempo, mientras los cardenales de todo el mundo van llegando a Roma, se suceden muchas reuniones informales denominadas “congregaciones generales”, previas a la realización del Cónclave, para que los cardenales que arriban y los que están en el Vaticano se reúnan de mañana y de tarde para intercambiar opiniones acerca de la situación.

En ese interín, el embajador de Francia invita al Grupo Francophone, los franco-parlantes, a un almuerzo en su embajada, que era la casa donde vivió José Napoleón cuando fue Rey de Roma.

Estábamos siete u ocho embajadores del grupo con un cardenal francés, Jean Louis Tauran, al que a mí se me ocurre preguntarle si no creía que era hora de pensar en una Papa que proviniera del Tercer Mundo, teniendo en cuenta que los países con mayor población cristiana no estaban en Europa.

“No lo tome a mal, Embajador, pero esto lo tienen que hacer los que saben”, me contestó, dándome a entender que “los que sabían” eran los europeos.

Finalmente no se equivocó, porque en esa oportunidad fue elegido el Cardenal Joseph Aloisius Ratzinger, un alemán de Baviera, que adoptó el nombre de Benedicto XVI. Pero el tiempo demostró que yo tampoco había estado tan errado.

Otra cosa curiosa que me sucedió en esos días, fue que como embajador tuve que ir a recibir al aeropuerto al Cardenal Jorge Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires, que venía a asistir al Cónclave.

Cuando lo dejó en el lugar que se alojaba,

me dice: “Carlos, te dejo mi pasaje abierto, apenas haya terminado el Cónclave, reservame un lugar en el primer vuelo”. No había terminado de instalarse y ya estaba apurado por irse de Roma. Años más tarde, su pasaje de vuelta quedaría sin utilizar.

La visita de Néstor Kirchner

Para la asunción de Benedicto XVI, en abril de 2005, vinieron en la delegación argentina quince personas: el presidente Néstor Kirchner y la Primera Dama, la senadora Cristina Fernández de Kirchner; el ex presidente Raúl Ricardo Alfonsín; Alberto Fernández, Jefe de Gabinete y Rafael Bielsa, el Canciller. Esa era la comitiva oficial.

Los acompañaban el secretario de Culto, Oliveri; el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá; el ministro de Interior, Aníbal Fernández; el gobernador de San Juan, José Luis Gioja; los intendentes de San Isidro y Florencio Varela, Melchor Posse y Julio Pereyra, y el senador Miguel Ángel Pichetto.

Para mí era una responsabilidad tremenda recibir al presidente y a semejante comitiva. Había que coordinar infinidad de detalles: la seguridad, los hoteles, los traslados. Además, hay que tener en cuenta que en el Vaticano iban a estar presentes más de cien mandatarios de todo el mundo.

Naturalmente fui a recibir al presidente Kirchner al aeropuerto de Fiumicino. Es costumbre que el embajador suba al avión y baje con él. Luego lo trasladamos hasta un hotel ubicado en Villa Borghese donde tuvimos una breve reunión para transmitirle los detalles del protocolo, tema en el que el Vaticano es muy exigente. Le anticipé que él y la senadora iban a estar en primera fila, frente a las cámaras; que la

ceremonia duraba dos horas y que luego todos los presidentes hacían una larga fila para saludar al nuevo Papa, cerca del altar de San Pedro. Frente a los presidentes iban a estar todos los cardenales, entre ellos Bergoglio.

Sentados al lado de Néstor y Cristina estaban el presidente de Austria, el rey de Suecia y el presidente italiano, Carlo Ciampi, que en un momento se acercó a saludarlos.

Felizmente, durante la visita resultó todo bien y se cumplió correctamente con el protocolo y la logística, tanto de alojamiento y traslado como de la seguridad.

El paseo de Cristina

Al día siguiente, tras compartir un almuerzo con el presidente y su comitiva, Cristina me preguntó si era posible visitar las catacumbas y la capilla Sixtina. Eran las 2 de la tarde de un lunes feriado y fue todo un problema organizar esa visita de un momento para otro. Pero finalmente fuimos al Vaticano y pudimos visitar los museos, la “Escalera Regia” y la Capilla Sixtina acompañados por un guía exclusivo. Cristina iba muy atenta a todo.

En un momento me pide sacarse una foto con la Guardia Suiza vestida con el traje clásico y la alabarda; tuve que recorrer como ochenta metros y acercarlos para la foto, pero pude complacerla. También posaron frente a la escultura de Miguel Ángel, La Piedad, y nos permitieron ir a la catacumba de San Calixto, la más famosa y mejor conservada.

La relación en general fue buena. Él me pareció un hombre sencillo y afable, ella un poco distante. Pero a ninguno de los dos parecía gustarle mucho el mundo de los protocolos y la diplomacia.

El conflicto por Baseotto

Tal vez la situación más complicada que tuve que vivir como embajador fue el conflicto con el obispo castrense, Monseñor Antonio Baseotto, que fue destituido de su cargo en la estructura militar por el presidente a raíz de una polémica iniciada por el debate sobre el uso de preservativos.

Ginés García, ministro de Salud, había distribuido unos botiquines sociales –que incluían preservativos–, con consejos muy prudentes sobre embarazos no deseados.

El obispo castrense, es decir el obispo de las Fuerzas Armadas, le envió una carta al ministro cuestionando la entrega de preservativos y recordándole un párrafo del Evangelio que dice: *“Pero al que escandalice a uno de estos pequeños, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y le hundan en lo profundo del mar”*. Para colmo, por esos días se estaba juzgando al capitán Scilingo en España por los Vuelos de la Muerte, en los que trasladaban a los detenidos desaparecidos durante la última dictadura. Es decir que no sólo la frase era de por sí muy compleja, sino que había sido dicha en un contexto muy especial.

Al otro día me llama Guillermo Oliveri, el secretario de Culto, para decirme que habían destituido al obispo. Yo entendí el enojo, pero no me parecía correcto el procedimiento. Había que informar al Papa, porque el nombramiento del obispo era un acuerdo conjunto entre ambos mandatarios y su destitución no se podía decidir unilateralmente.

Intenté convencer al canciller, pero me dijo que era una decisión tomada. Así que fui al Vaticano a dar las explicaciones del caso. La posición de la Santa Sede era igual de dura: era una destitución abrupta y unilateral que no se podía aceptar.

Se encontró una solución parcial que consistía en nombrar un administrador apostólico, una figura que se usa cuando un obispo está enfermo o tiene algún tipo de inconveniente, sin que este renuncie. Bielsa inicia el acuerdo pero el presidente no lo firma y la situación queda empantada. Durante doce años no hubo obispo castrense, hasta que asumió Macri y nombró a un gran amigo mío, Santiago Olivera, que era el obispo de Cruz del Eje.

Creo que la figura de un obispo de las Fuerzas Armadas no tiene sentido ni justificación. Es una de las tantas cuestiones que la Iglesia debería revisar. Como el sueldo de los obispos o la necesidad del acuerdo del gobierno argentino para la designación de un obispo. Eso es prerrogativa de la Iglesia, no del gobierno. Recuerdo cuando el Vaticano quiso nombrar a Quarraccino como Arzobispo de Buenos Aires y Alfonsín se negó.

La Ópera de las Madres de Plaza de Mayo

Así como lo de Baseotto fue una piedra en el zapato, una de las actividades más emotivas que tuve como embajador fue la presentación de una ópera sobre las Madres de Plaza de Mayo en el teatro Dell' Opera de Roma en el 2004.

La Ópera de Roma encargó al músico y compositor argentino, Luis Bacalov, ganador de un Oscar por la música de “El cartero”, la creación de una ópera de cámara para celebrar la Pascua de ese año que se llamó *Stabat Mater* (“Estaba la Madre”).

Al estreno vinieron Estela de Carlotto y Rosa Roisinblit, de Abuelas de Plaza de Mayo, y Lita Boitano de Familiares, a quienes tuve el gusto de recibir en la embajada y acompañar al teatro. Fue una alegría y un placer inmenso reencontrarme



▲ *Saludando al
Presidente de Italia
Giorgio Napolitano*

con estas mujeres a quienes conocía y respetaba mucho.

Una sucesión compleja

Mi mandato como embajador argentino en la Santa Sede finalizaba con el cambio de gobierno, el 10 de diciembre de 2007. Ya Cristina Fernández de Kirchner había sido electa como nueva presidenta y mi obligación era presentar la renuncia.

El canciller Jorge Taiana, que había reemplazado a Rafael Bielsa, me ofrece continuar por lo menos un año más, pero no acepto. A esa altura sentía que ya había cumplido mi ciclo y quería volver al país. Asumí con 64 años cuando ya estaba pensando en jubilarme. Cuatro años después, me dolía perderme cosas de mi familia, estar tan lejos, no poder disfrutar como quería de mis nietos y de mis hijos.

En noviembre vengo a Buenos Aires para acompañar al cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado y enviado papal, quien participó de la beatificación de Ceferino

Namuncurá ante más de cien mil personas en una ceremonia realizada en Chimpay, Río Negro, ciudad natal de Ceferino.

Una curiosidad de ese viaje fue que volamos desde Viedma a Chimpay en un helicóptero piloteado por el propio vicepresidente de la Nación, Daniel Scioli. Al principio la idea nos asustó mucho, pero debo reconocer que lo hizo muy bien.

Luego de la ceremonia y de conocer las misiones salesianas de la Patagonia, el Cardenal fue recibido por el presidente Kirchner y la senadora Cristina Fernández, ya presidenta electa. En esa ocasión le entrego a Néstor la renuncia escrita, con fecha del 10 de diciembre. El Presidente me reitera que, más allá de mi negativa, la voluntad de ellos era que siguiera en el cargo.

Con Cristina se produce un nuevo conflicto con el Vaticano, porque propone para reemplazarme a Alberto Iribarne, otro gran amigo, que había sido ministro de Justicia con Néstor. En el currículum de Alberto figuraba que era divorciado y en el Vaticano no lo aceptan. Hubo muchas charlas

y discusiones sobre el tema, pero la Santa Sede no le concedió el placet. Cristina no cambió al postulante y durante casi un año la embajada no tuvo embajador.

Interinamente se hizo cargo Hugo Gobbi, que era mi ministro consejero, en calidad de encargado de negocios, excelente colaborador. Y en octubre del 2008 asumió Juan Pablo Cafiero.

La despedida

Cuando un embajador deja su cargo en el Vaticano se realiza otra ceremonia con el Papa, menos pomposa que la del recibimiento, pero sí con una entrevista con Su Santidad. En esa breve despedida Benedicto XVI fue muy afectuoso, me comentó que el Cardenal Bertone había regresado muy contento de la ceremonia de beatificación de Ceferino Namuncurá, me preguntó por la familia y me deseó muchas felicidades.

Yo le hice entrega de un documento sobre la convivencia pacífica de las distintas religiones en Argentina, que llevaba la firma del padre Marcó por la Iglesia Católica, del rabino Goldman por la comunidad Judía y la de Omar Abud por los musulmanes.

La reunión finalizó con las fotos de rigor y la entrega de unos rosarios para mi familia y una medalla de su Pontificado que guardo con mucho cariño. Similar despedida tuve con el Cardenal Bertone, secretario de Estado del Vaticano con quien nos habíamos encontrado durante su visita a la Argentina y más tarde en la Santa Sede, en varias actividades de la Universidad Salesiana de la que fue rector.

De mi gestión al frente de la embajada guardo con orgullo varios reconocimientos. Uno, el resultado de una auditoría de la Cancillería para revisar la Administración,

el inventario y las cuentas, un procedimiento de rigor. Vino una misión de tres auditores, encabezada por Alejandro Peyrou, y el resultado fue excelente. *“La mejor embajada que hemos auditado en términos administrativos”*, me dijeron, y me acordé mucho de los consejos de Hesayne.

Otra satisfacción fue el comentario que me hizo el embajador de Chile, Máximo Pacheco Gómez. Un diplomático de raza que fue el primer embajador chileno en la Unión Soviética, ministro de Educación de Eduardo Frei (padre) y presidente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. *“Carlos, hasta ahora has sido el más trabajador de nuestro grupo”*.

Y el último fue el reconocimiento de la Cancillería por mi labor al frente de la Embajada argentina, por mi contribución al diálogo interreligioso y por haber recibido y atendido a diversas delegaciones de otros credos que visitaban la Santa Sede.

En una ceremonia realizada en el Auditorio Manuel Belgrano del Palacio San Martín, a instancias del área de Culto, me entregan una plaqueta por mis esfuerzos en el camino de la convivencia de las distintas religiones en nuestro país.

Por esos días me distinguen en la Academia de Medicina del Trabajo, presidida por el Dr. Roberto Pintos, al reconocerme como miembro honorario por mis colaboraciones. Yo había participado de sus congresos, di un par de charlas por teleconferencia y colaboré con ellos siempre que me fue posible.

Para finalizar, no puedo olvidarme de los excelentes colaboradores que tuve en la embajada. Comenzando por Alberto Trueba, hoy embajador en Bulgaria; Hugo Gobbi, ahora en la embajada de Camberra en Australia, y Ricardo Norton, otro excelente diplomático de carrera. Por supuesto de

mis secretarias, cada uno de los empleados administrativos, choferes, cocineros y asistentes de la residencia que hicieron más fácil mi tarea y más amena nuestra estada.

A fines de enero de 2008 volvíamos con Gloria a instalarnos en la vieja casa de Quilmes, nuevamente cerca de mis hijos, de mis nietos y de mis compañeros. ||

*Ciudad del Vaticano (2006).
Gloria y Carlos ▼*



Mis días hoy

A fines del 2008 estábamos con Gloria en Argentina después de haber vivido nuestra tercera experiencia europea. Una vez instalado en Quilmes, en la casa de siempre, lo primero que hice fue presentarme en ATE y la CTA.

Por entonces Pablo Micheli era el secretario General de ATE Nacional y Julio Fuentes, su adjunto. Yo seguía integrando el Consejo Directivo Nacional en calidad de vocal, responsabilidad que seguí ejerciendo hasta el año 2011.

En la CTA había asumido Hugo Yasky, de CTERA, como secretario General, y Micheli y Pedro Wasiejko –del sindicato del Neumático– como secretarios generales adjuntos. Víctor De Gennaro, mi hermano, el histórico fundador de ANUSATE y la CTA, ocupaba la Secretaría de Relaciones Institucionales.

Por esos días, un grupo de compañeros venían reflexionando sobre el porvenir del sindicalismo y la política nacional, y se estaba elaborando, a iniciativa de De Gennaro, una gran convocatoria a una Constituyente Social.

Las primeras reuniones se hacían en la casa de Alberto Morlachetti, fundador del Hogar Pelota de Trapo, un dirigente social que dedicó su vida a cobijar y contener a jóvenes y niños en situación de vulnerabilidad. Allí nos reuníamos con Víctor; Ricardo Peidro del sindicato de Visitadores Médicos –hoy secretario General de la CTA Autónoma Nacional–; el secretario

General de ATE y la CTA Provincia de Buenos Aires, Hugo Cachorro Godoy –hoy titular de ATE Nacional–; Claudio Lozano, Julio Fuentes y Daniel Jorajurfa, entre otros. Era febrero del 2008.

Desde el Congreso de la CTA realizado en la ciudad de Mar del Plata en el año 1999, se venía discutiendo la necesidad de construir un movimiento político, social y cultural, y la convocatoria a una Constituyente Social apuntaba a cumplir con ese mandato.

Participé de una importante reunión previa que se hizo en Córdoba, y de la multitudinaria convocatoria realizada en octubre del 2008 en Jujuy bajo el nombre “Ahora es cuando”.

Dicha confluencia de organizaciones sociales, sindicatos y partidos políticos se repitió al año siguiente en la ciudad de Neuquén. La última fue en La Plata, en el Pasaje Dardo Rocha.

Paralelamente a esa iniciativa, me vuelvo a sumar al equipo Internacional de la CTA y retomo mi tarea como representante titular en el Foro Consultivo Económico y Social del Mercosur.

Luego de las elecciones de 2010 vivimos algo muy doloroso: la ruptura de la CTA. Fue el nacimiento de nuestra CTA Autónoma, con Pablo Micheli, Ricardo Peidro y José Rigane en la conducción; por otro lado, la CTA de los Trabajadores conducida por Hugo Yasky y Pedro Waisejko.

Esa ruptura se hizo muy visible durante la realización del II Congreso de la Confederación Sindical Internacional en Vancouver, Canadá, al que asistí como invitado por ser ex secretario General de una de las centrales preexistentes.

De ese Congreso, integrado por 240 organizaciones de 130 países, participamos la CGT, la CTA Autónoma y la CTA de los Trabajadores. Por nuestra Central fuimos Jorge Yabkowski de FESPROSA y yo; Yasky y Waisejko asistieron en representación de la otra CTA.

Para todos aquellos que vimos nacer y crecer a la Central, fue muy triste asistir a su división, a sus controvertidas elecciones, y a la grieta que se abrió entre compañeros y compañeras que habíamos resistido unidos el embate neoliberal de Menem. Juntos habíamos sido capaces de construir una central sindical de nuevo tipo, con una nueva concepción del movimiento de los trabajadores –formales, cuentapropistas, desocupados, jubilados–, con democracia y autonomía sindical; un ejemplo en el mundo.

El nacimiento de la CSI y la CSA

En noviembre del año 2006, siendo embajador, me invitaron a participar en Viena, Austria, del nacimiento de la Confederación Sindical Internacional (CSI), surgida tras la autodisolución y la fusión de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y la Confederación Mundial del Trabajo (CMT), a las que se suman organizaciones autónomas, entre ellas la CTA.

Siempre apoyé la unidad de las confederaciones, pero mi criterio, el mismo que el de la CLAT, era que debíamos usar el concepto de “trabajadores” y no la palabra “sindical” que es más limitativa. De modo que hubiera preferido que el proceso unitario diera lugar a la Confederación Inter-

nacional de Trabajadores, pero no fue así. De todas maneras apoyé el proceso de unidad porque respetaba ciertos criterios de democracia, pluralismo y respeto a las minorías y, además, era más que necesario en tiempos donde el sindicalismo estaba cada vez más acorralado frente a la ofensiva neoliberal de los poderes fácticos.

Dos años después se produce el mismo proceso con la fundación de la Confederación Sindical de las Américas (CSA), tras un congreso realizado en Panamá al que asisto como delegado de ATE y consejero de la CTA.

En la CSA se unificaban la CLAT, la ORIT y otros sectores independientes entre los que estaba la CTA como miembro fundador. Fue todo un proceso de integración muy importante de nuestra Central que se inició con nuestro ingreso a la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur y luego al Foro Consultivo del Mercosur.

También participé del III Congreso de la CSI realizado en Berlín en 2014, junto a Julio Fuentes, presidente de la CLATE y secretario General Adjunto de ATE Nacional. Y fui invitado al último que se llevó a cabo en Copenhague a fines del 2018, pero no pude asistir. El que sí viajó e hizo una tarea notable fue Adolfo “Fito” Aguirre, secretario de Relaciones Internacionales. Un trabajador incansable de las relaciones sindicales y la solidaridad.

Derechos Humanos y Pastoral Social

Mi militancia cristiana, desde mis jóvenes años en la Acción Católica hasta mi participación en ASA, me fue inmerecidamente recompensada por sectores y organizaciones de la Iglesia Argentina.

Todos los años, desde sus inicios, me



invitan a participar como expositor o en calidad de asistente, a la Semana de la Pastoral Social que se realiza en Mar del Plata desde hace mucho tiempo. Me gratifica porque en ese ámbito conviven mi creencia religiosa y mi compromiso social.

Idéntica distinción recibí con mi nombramiento en el Consejo Episcopal de América Latina y el Caribe (CELAM) como Consejero en el Departamento de Pastoral Social Latinoamericano, gracias a una gestión del Cardenal Óscar Rodrigo Maradiaga, su presidente, y del responsable en nuestro país, el Obispo Jorge Lozano.

La Comisión Episcopal de la Pastoral Social de Argentina es un equipo de obispos dedicados al tema social, cuya principal misión es erradicar la pobreza y generar el desarrollo integral. Se podría decir que es la comisión más política que tiene el Episcopado, ya que por su intermedio se relaciona con los partidos políticos, las organizaciones empresarias, sindicales y los movimientos sociales. Pero el área de los Derechos Humanos era la más descuidada.

Más allá de los esfuerzos y del compromiso de algunos obispos como Jorge Novak de Quilmes, Miguel Hesayne de Viedma, Enrique Angelelli de La Rioja, Vicente Zaspé de Santa Fe, Ponce de León de San Nicolás o Jaime de Nevares de Neuquén –durante la época de la dictadura– y de la participación en el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, la Iglesia estaba en deuda con la lucha por los Derechos Humanos y casi no tenía relaciones con los organismos.

En el año 2010 fui invitado a participar de un encuentro sobre el tema que realizó la Iglesia en Rosario, junto a Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz, y al Padre Domingo Bresci, uno de los sobrevivientes de los Sacerdotes del Tercer Mundo.

Allí integramos una comisión específica dentro de la Pastoral para reflexionar sobre el tema, se hizo una autocrítica de la actuación de la Iglesia al respecto y se decidió establecer relaciones con los Organismos.

El presidente de la Pastoral y obispo de San Isidro, Jorge Casaretto, junto al obispo de Gualeguaychú, Jorge Lozano, me piden que actúe de puente con los organismos y programé reuniones con cada uno de ellos para acercar posiciones.

Hablo con todos para concretar una agenda, y acompaño al obispo Lozano a cada uno de los encuentros. Empezamos por el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) donde nos recibió Adolfo Pérez Esquivel, un hombre muy cercano a la Iglesia. Luego visitamos a Norita Cortiñas y las Madres de Plaza de Mayo Línea fundadora; a Lita Boitano y Jorge Morresi de Familiares con quienes tuvimos una reunión muy emotiva; a la Liga Argentina por los Derechos Humanos, que por primera vez recibía la visita de un obispo; fuimos a la casa de Hebe de Bonafini, en La Plata, quien nos recibió allí porque estaba enferma y tomamos mate en su cocina; estuvimos en la sede del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) donde nos recibieron Gastón Chillier y Horacio Verbitsky, autor del libro *Iglesia y Dictadura*, con duras críticas al Papa Francisco. Y lo mismo hicimos con las Abuelas de Plaza de Mayo donde nos recibió la muy querida Estela de Carloto. También nos reunimos con Ex detenidos desaparecidos, Hijos, Hermanos, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y cada uno de los organismos.

En todos fuimos bien recibidos, hubo muy buen diálogo. El obispo Lozano hacía entrega de una guía pastoral de derechos humanos que se había elaborado a nivel de la Iglesia latinoamericana.

Tras esa experiencia tan valiosa me ofrecieron incorporarme a la Comisión Nacional de Justicia y Paz, perteneciente a la Conferencia Episcopal, pero ya no quería asumir cargos. De todas maneras, siempre seguí dispuesto a colaborar en todo lo que pudiera en temas relacionados con cuestiones laborales y los Derechos Humanos.

Actualmente integro el grupo “Casa Común”, coordinado por José Ignacio López, cuyo objetivo desde el año 2015 es servir humildemente de apoyo al Papa Francisco.

Unidad Popular

Mi primera experiencia partidaria fue en la Democracia Cristiana, luego en el Peronismo y en el Frente Grande; hoy soy afiliado y militante de Unidad Popular (UP) desde su fundación.

Alguno podrá decir que cambié mucho de partido, pero creo que hubo coherencia política en cada una de esas participaciones. La UP, a diferencia de las otras experiencias partidarias, estuvo y está relacionada más con nuestra historia de luchas sociales; es más propia, para decirlo de alguna manera.

La fundamos en el 2010 en la provincia de Buenos Aires como Instrumento Electoral por la Unidad Popular, o Unidad Popular (UP), como lo llamamos, y participamos en las elecciones nacionales del 2011 integrando el Frente Amplio Progresista (FAP) en las que obtuvimos el segundo lugar con más de tres millones de votos en todo el país. Lamentable e inexplicablemente ese frente se disolvió luego de las elecciones.

Conformamos el Frente Popular Democrático y Social (Podemos) con el Partido del Trabajo y el Pueblo (PTP) y el Movi-

miento de los Trabajadores Socialistas (MST) para las elecciones del 2013.

En los comicios del 2015, junto al PTP, Emancipación Sur y Camino de los Libres, armamos el Frente Popular.

Llegamos a constituir un Bloque en el Congreso Nacional y tuvimos como diputados a valiosísimos compañeros como Víctor De Gennaro, Claudio Lozano, Graciela Iturraspe, Liliana Parada y Antonio Riestra.

Hasta el año 2017 ocupé el cargo de secretario de Relaciones Internacionales del partido, hoy lo ejerce Julio Fuentes, pero siempre estoy colaborando, como en el último Congreso realizado en el año 2018 en el Hotel Bauen. En esa oportunidad ayudé en la tarea de invitar a destacados políticos latinoamericanos, entre otros a Reinaldo Iturriza, ministro del Poder Popular para la Cultura de Venezuela; Ibis Fernández, dirigente nacional de la Confederación General de Trabajadores del Perú; Patricio Guzmán, director de cine chileno y preso de la dictadura pinochetista; Víctor Osorio Reyes del partido Izquierda Ciudadana y ministro de Michelle Bachelet; José Pimentel, dirigente sindical boliviano, ex diputado y ex ministro de Evo Morales; Ricardo Cantú, diputado federal y miembro del Partido del Trabajo en México y Jorge Rojas, concejal y alcalde de la ciudad de Manizales.

Representando a Unidad Popular, tuve la oportunidad de estar presente en la Casa de Tucumán para firmar el “Acta Acuerdo 200 años de Independencia”. Un significativo acto del que participaron Gabriela Micheti, la vicepresidenta; el gobernador de Tucumán, Juan Luis Manzur, junto a gobernadores y vicegobernadores de todas las provincias a los que se sumaban representantes de los partidos políticos.

La firma del Acta se desarrolló en el Salón de la Jura de la Independencia donde también se realizó un homenaje a los próceres de 1816.

Hoy ya estoy mayor para ocupar cargos o aceptar candidaturas del partido; pero sigo colaborando en la Mesa Nacional de Unidad Popular y naturalmente, participando de todos sus debates.

Mis lazos con CLATE y nuestra visita al Vaticano

La CLATE es una organización a la que quiero mucho porque la vi nacer y desarrollarse. En el año 2017 se festejó su cincuentenario en un Congreso realizado en Cartagena de Indias, en Colombia, donde mi amigo Luis Iguini y yo fuimos homenajeados y ratificados como integrantes del Consejo Consultivo de la Confederación. Él en calidad de presidente, yo como vice. Fue otra caricia en el alma poder compartir juntos ese momento y ser parte de esa historia que comenzó muy humildemente en el hotel de Chapadmalal aquel lejano 1967.

En diciembre del 2013, el mismo año de su asunción, gestioné la visita de una delegación de la CLATE al Papa Francisco, a quien, como ya conté, conozco desde que fue el Arzobispo de la ciudad de Buenos Aires y aún antes, desde que era el Padre Jorge.

La delegación, encabezada por Julio Fuentes, era de doce miembros entre los que estábamos los presidentes de la Confederación de Brasil, de México y de Colombia; la vicepresidenta de la ANEF de Chile y el secretario General de COFE (Uruguay); Héctor Méndez, secretario de presidencia de la CLATE, Eduardo Estévez, aquel viejo compañero de la CLAT y la CLASEP, asesor de ATE y la CLATE, y yo.

Reconozco que sufrí mucho esa visita porque esas doce personas habían viajado especialmente y tenía mucho miedo de que algo fallara y se quedaran sin ver al Papa.

Por fin llega el día tan esperado y nos ubican entre los primeros, en el lugar por donde el Papa comienza a saludar a los invitados. No sé por qué razón, Francisco va por el otro lado y empieza a saludar a la delegación por el último de la fila, el recordado y querido Héctor Méndez, un importante dirigente de ATE Nacional.

Héctor se presenta como dirigente de ATE y el Papa, con mucho sentido del humor, le dice: *“No me van a hacer una huelga en el Vaticano, ¿no?”*. Creo que fue parte en broma y parte en serio, porque estaba reconociendo el espíritu combativo de ATE.

Luego de las risas siguió saludando a cada uno de la comitiva, los que le daban un presente y se sacaban una foto con él, hasta llegar al último lugar en el que estaba yo, asistiendo a Fuentes que encabezaba la delegación.

Me saluda sonriente y me dice: *“Mirá que no me olvidé del cumpleaños de Gloria y recé mucho por ella”*. Tito Garabal, un periodista muy cercano a él, fue testigo del comentario y se quedó asombrado. Eran principios de diciembre y ella había cumplido años diez días atrás. Fue realmente una sorpresa hermosa.

Francisco no sólo me conocía a mí, también a Gloria; incluso en una ocasión que ella estuvo internada en Roma había ido a visitarla, cuando era Cardenal en Buenos Aires. También tuvimos el placer de verlo en su residencia de la Santa Sede.

Al año siguiente volví acompañado por



Víctor De Gennaro, por entonces candidato a presidente de la Nación por el Frente Popular, y por Pablo Micheli, secretario General de la CTA Autónoma, que había tenido graves problemas de salud.

En esa entrevista le comentamos las características especiales de la CTA, su concepción del Movimiento de los Trabajadores y sus valores de la autonomía y la democracia sindical. Tal vez por esta razón la CTA fue la única Central de trabajadores invitada al Congreso de los Movimientos Populares que, con la presencia de Francisco, se hizo en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, durante el que el Papa reiteró la importancia de la tres T: Techo, Trabajo y Tierra.

Julio Argañaraz de Clarín y Elisabetta Piqué de La Nación, periodistas acreditados en el Vaticano, le dieron mucha trascendencia a esa visita.

La última vez que fui fue en el año 2018, acompañando a Hugo “Cachorro” Godoy, secretario General de ATE Nacional, y a Oscar “Colo” De Isasi, titular de ATE Provincia de Buenos Aires.

Cachorro le hizo entrega del libro *Unidad y Resistencia de los presos políticos de la dictadura*, de Federico Chechele, y en ese momento le cuento que él había estado preso allí durante más de ocho años.

Hay una foto con los cuatro riéndonos mucho; es que al saludarme, Francisco me dice: “Siempre acompañando gente, vos”; y yo, en confianza, le digo: “Pero siempre gente buena, porque hay otros que hay que ver lo que le traen”, y estalló de la risa. Se lo veía muy contento, muy risueño.

Hubo otra actividad organizada por el Papa Francisco en el Vaticano, el Encuentro Internacional de Sindicalistas, durante

▲ La familia de Carlos Custer

el que presentó un gran documento sobre el trabajo humano. Participé junto a Cachorro Godoy y Ricardo Peidro, representantes de la CTA.

Mi mayor fortuna

Hoy, cerca de cumplir los ochenta años, a pedido de mis hijos que querían que volcara mis recuerdos en papel, me senté a hacer memoria de todo lo vivido.

Creo, como dijo aquella periodista de Clarín, que “sin pedirlo ni desearlo” tuve una vida cargada de experiencias, viajes,

luchas, representaciones y tareas que nunca imaginé que llegaría a tener.

Gracias a mi vida de militante sindical y político, tengo tantos compañeros y compañeras que no los puedo contar.

Con Gloria festejamos los cincuenta años de casados, construimos una familia que es nuestro mayor orgullo, con seis hijos y ocho hermosos nietos: Tomás, Tadeo, Katia, Valentino, Lucrecia, Gerónimo, Abril y Lautaro. Más allá de lo que hice aquí o allá, creo ésta es mi mayor fortuna. A ellos les dedico estos humildes apuntes de mi vida. ||

▼ *La familia Custer en el festejo de las Bodas de Oro de Carlos y Gloria, 2014.*



Lecturas, personas y organizaciones que marcaron mi camino

Lecturas y enseñanzas que marcaron mi camino

Desde chico me gustó leer mucho. Donde encontraba un diario o una revista, lo abría y me ponía a leerlo olvidándome de todo. El chiste familiar era “No lo mandes a hacer algo que se distrae leyendo”.

El primer libro que me atrapó fue *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe. Una cruda historia de los años de la esclavitud en EE.UU. donde el amo obligaba a su hijo a castigar con latigazos al viejo tío Tom por alguna cosa menor que habría hecho. La injusticia me dolía como propia, me sensibilizaba, me rebelaba. Sentía que no podía ser indiferente.

En mi adolescencia incursioné en otras lecturas más complejas. Un libro no muy conocido que me abrió los ojos fue *Teoría sobre la revolución*, de Ignacio Fernández de Castro, un sociólogo antifranquista que fundamentaba una crítica muy grande a la organización económica de la sociedad, al sistema capitalista y pregonaba otro tipo de sociedad.

Más adelante, la lectura de la corriente francesa –de cierta orientación cristiano progresista–, en la que se enrolaban autores como Jacques Maritain, autor de *Humanismo integral*; Emmanuel Mounier; Teilhard de Chardin; el padre Louis-Joseph Lebret y su teoría de la economía humana, Joseph Folliet y algunos pensadores italianos como Giorgio La Pira o Amintore Fan-

fani, también fue alimentando mi deseo de leer y forjando mis ideas. Incluso por esos años leí también algunos libros sobre la teoría positivista que me trajo algunas discusiones en el grupo de Acción Católica.

Mis primeras actividades militantes como estudiante, como joven cristiano y más tarde como sindicalista, sumadas a estas lecturas y las que vinieron después, fueron forjando mi pensamiento crítico y mi compromiso sindical y político. Por supuesto, en esos años también fueron autores obligados los argentinos Fernández Arregui y Arturo Jauretche.

En Rigolleau tuve la suerte de encontrar compañeros con los que me formé tomando mate y debatiendo en los momentos de descanso. No puedo olvidar al ingeniero Norberto López con sus ideas marxistas y la lectura del *Manifiesto Comunista*, o al radical Alfredo Corne que me impulsaba a comprometerme gremialmente.

Me acerqué también al pensamiento del General Perón, el fifty-fifty, la mirada cristiana de la economía, la búsqueda de una forma en la que el capital y el trabajo colaboren para conseguir una sociedad más justa y más humana. De un equilibrio que nunca se alcanza porque el capital siempre termina considerando al trabajo un instrumento sin ninguna otra valoración y el trabajo se ve a sí mismo como el único que produce y, por lo tanto, el que merece más participación en el reparto.

Lo paradójico fue que por aquellos años,

en un intento frustrado de la Revolución Fusiladora de reformar la Constitución, se logró instalar el artículo 14 bis, tal vez el más progresista de nuestra Constitución.

Gracias a la gestión del radical Crisólogo Larralde, se logró incorporar en la Convención Constituyente de 1957 ese artículo que garantiza a los trabajadores condiciones dignas y equitativas de labor; jornada limitada; descanso y vacaciones pagados; retribución justa; salario mínimo vital móvil; igual remuneración por igual tarea; derecho de huelga; participación en las ganancias de las empresas, con control de la producción y colaboración en la dirección; entre otras garantías.

En síntesis, esta antinomia entre el mundo del trabajo y el capitalismo marcó mi pensamiento y mi compromiso a luchar por un mundo diferente, desde una vertiente humanista, cristiana y socialista, para romper esta supeditación del trabajador al capital. Hoy tan vigente como en esos años en los que me iniciaba.

Esa fue mi elección, en ese sentido guíe mis pasos y en ese mismo rumbo sigo caminando junto a tantos compañeros y compañeras con quienes compartimos los mismos valores y soñamos con una sociedad más justa. Porque como dice la Constitución Italiana en su artículo 1º, *“La República es una democracia basada en el trabajo”*.



▲ Carlos a los 20 años

Personalidades



▲ Juan Pablo II, presentación de credenciales, 2004

▪ Juan Pablo II

A Juan Pablo II le guardo un gran aprecio porque fue un Papa con una sensibilidad especial hacia los trabajadores y el mundo del trabajo. Fue el autor, en 1981, de la encíclica *Laborem Exercens* (Los que trabajan), una de las más importantes de la iglesia, que antepone la dignidad del trabajador por sobre los demás aspectos de la economía; una encíclica de avanzada.

Él mismo fue un obrero de la fábrica Solvay, muy cercano a la gente de *Solidarnosc* (Solidaridad), la federación de trabajadores polacos, encabezada por Lech Walesa, que clandestinamente luchó por la libertad sindical contra el gobierno comunista, con mucha colaboración de la Iglesia.

Tuve la suerte de poder compartir varios momentos con él. En el año 82 recibió a una delegación de la CLAT, encabezada por Emilio Máspero, y dialogamos durante media hora. Y cuando integré el Consejo Pontificio de Paz y Justicia, teníamos un par de encuentros anuales en los que siempre demostró esa preocupación por los trabajadores. En uno de ellos me dijo que sabía perfectamente lo que era el nazismo y lo

que era el comunismo. Un hombre defensor de la lucha de los trabajadores, pero un acérrimo enemigo del comunismo.

Juan Pablo II estuvo veinticinco años al frente de la Iglesia Católica y fue el primer Papa no italiano en sus quinientos años de historia. Y, a diferencia de otros papas, su historia previa fue más mundana: tuvo una novia, hizo teatro, fue obrero y se comprometió políticamente.

Guardo un gran recuerdo del 1º de Mayo del año 2000, cuando el Vaticano organizó el Jubileo de los Trabajadores. Hubo un acto del que participaron más de 100.000 personas y al día siguiente recibió a los secretarios generales de las Centrales sindicales y de las europeas junto al Director General de la OIT. Allí me dijo que le preocupaba el futuro del trabajo y del hombre porque consideraba que un hombre sin trabajo ve menospreciada su dignidad.

Los argentinos tampoco podemos olvidar cuando intercedió para evitar el conflicto entre Argentina y Chile por el Canal de Beagle, ni las dos visitas que nos realizó; una en 1982, durante la Guerra de Malvinas, y la otra en 1987, ya en democracia.



▪ Emilio Máspero

Emilio Máspero fue lo que llamo un gigante del sindicalismo internacional. Perteneciente a una familia de inmigrantes italianos, trabajó desde muy joven en un taller metalúrgico y se hizo sindicalista e integrante de la Juventud Obrera Católica (JOC), la fuerza más progresista dentro de la Iglesia Católica en esos años.

Como militante sindical y cristiano laico comprometido, participó de las escuelas sindicales creadas por Perón, donde tuvo la oportunidad de conocerlo.

Tras el golpe de 1955 y su participación en la Resistencia Peronista, se va del país y se radica en Venezuela donde se relaciona con la Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana, que luego se transformaría en la CLAT, haciéndose cargo de las relaciones con el Caribe. Cumpliendo ese rol le toca ir a La Habana para la celebración del primer 1º de Mayo de la Revolución Cubana y a Santo Domingo durante la invasión norteamericana.

Se vincula estrechamente con la Confederación Internacional Sindical Cristiana (CISC) –que después se transforma en CMT–, de la que fue vicepresidente por

América Latina a partir de los 70 y durante muchísimos años. Al momento de su muerte, en mayo del 2000, era también secretario General de la CLAT.

Fue un dirigente muy particular, de una coherencia de vida extraordinaria, de una autenticidad enorme, con un gran sentido de la solidaridad. Un verdadero líder sindical, con ideas claves de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política y un decidido impulsor de la unidad y la integración Latinoamericana y el Caribe.

Gran orador y escritor, autor de varios libros, responsable también de infinidad de conferencias y seminarios sobre temas candentes a nivel latinoamericano. De una gran cultura, su base de formación la adquirió con los Jesuitas, aunque fue un verdadero autodidacta.

Cumplió un papel muy importante en el rechazo al ALCA y al NAFTA y se destacó por su solidaridad con las víctimas de las dictaduras de Latinoamérica.

A pedido de la CMT elaboró un informe de orientación denominado “Solidaridad y Liberación”, al que bautizamos “el ladrillo”, porque tenía seiscientas páginas. Era

un trabajo de campo extraordinario que daba cuenta de la realidad que vivían los trabajadores en todo el mundo, inclinado hacia el socialismo autogestionario.

Emilio fue un gran latinoamericanista, un convencido de que ningún país salía adelante solo, que era necesaria una red latinoamericana que compensara en términos geopolíticos el poder de Estados Unidos.

Era un hombre medido, austero, decen-

te y transparente; de una conducta intachable. Un hombre que puso en práctica lo mejor del pensamiento cristiano: el amor, la solidaridad, el sentido de la justicia. Y lo hizo desde la óptica de los trabajadores. Durante toda su vida confió en el poder de los trabajadores: *“Lo sustantivo es el sindicalismo, que es la organización base de la clase trabajadora”*.

A él le pertenece la frase *“Solo el pueblo salvará al pueblo”*, que luego tomara Ongaro en la CGT de los Argentinos. ||



▲ Con Lech Walesa en el Palacio Presidencial de Varsovia, 1992

▪ Lech Walesa

Es un sindicalista y político polaco, cofundador en 1980 de Solidaridad, la federación sindical polaca, de raíces cristianas, que luchó por la libertad sindical contra el gobierno comunista. Fue presidente de Polonia entre 1990 y 1995 y ganó el Premio Nobel de la Paz en 1983.

Cuando la central de trabajadores polacos, *Solidarnosc* (Solidaridad), con sus ocho millones de afiliados y con Lech Walesa a la cabeza se afilió a la CMT, me tocó ir con Emilio Máspero a Gdansk, donde estaban los famosos astilleros, en una misión de solidaridad.

Primero me encuentro con él en el asti-

llero donde trabajaba de tornero mecánico y luego me invita a su casa, un departamento muy humilde donde vivía con su esposa y cinco o seis hijos.

Volví a verlo en el Congreso de la CMT de Caracas, donde me eligen secretario General de la Confederación, a fines del 89. Él encabezaba la delegación de Solidarnosc y ya se había manifestado a favor de mi candidatura. No tanto por mis virtudes, sino porque quería que su compatriota Kulakowski dejara ese cargo en la CMT para volver a Polonia donde lo necesitaban mucho. Si no me equivoco, Víctor De Gennaro, presente en ese congreso, también tuvo oportunidad de conocerlo.

Al poco tiempo regreso a participar del

Congreso de Solidarnosc, ya como secretario general de la CMT, y tengo el placer de hablar para todos los trabajadores polacos. Esa noche me invitó a cenar en el hotel donde yo paraba, acompañado por Kristof Dowdiallo, vicepresidente de la CMT por Europa oriental y por una traductora.

En otra oportunidad coincidimos en la Conferencia Internacional de la OIT donde le presenté a Saúl Ubaldini, con quien se sacó una foto.

También estuve presente en Polonia el día de su asunción como presidente de



la Nación, después de las primeras elecciones libres que había en mucho tiempo, y me recibió en su despacho del Palacio Presidencial en Varsovia.

Seguí con mucha expectativa su gobierno porque conducía el destino de Polonia un obrero, un tornero que había sufrido cárcel por luchar. Considero que no hizo mal las cosas durante su gestión. Le tocó llevar adelante la transición de un sistema comunista muy cerrado a una experiencia de democracia de mercado, al sistema occidental. Nunca se lo acusó de corrupción ni de favoritismo. A pesar de eso fue muy criticado y, tras presentarse nuevamente en 1995, perdió las elecciones. Desde entonces, lentamente fue perdiendo protagonismo político.

Lech Walesa fue la expresión del sindicalismo emergente de una experiencia socialista de Estado poco feliz. Prueba de eso es que un sindicato casi clandestino tenía ocho millones de afiliados y el presidente del país socialista era un general, Jaruzelski, que los reprimía y los encarcelaba.

El problema es que el fracaso del socialismo real implicó el paso hacia un sistema capitalista con todo lo que este tiene de criticable, la explotación de los trabajadores y la injusta distribución de la riqueza. Polonia ganó en libertades pero no en justicia social.

Walesa siempre me impresionó por lo que representó entre los trabajadores de su país y por su fuerte personalidad. Fue muy amigo de Juan Pablo II y con él establecí una muy buena relación. Incluso su hija menor estuvo viviendo con nosotros en unas vacaciones que pasó en Bruselas. ||

▲ En Caracas, Congreso de la CMT, 1989



▲ En Trípoli con sus hijos y Yasser Arafat

▪ Yasser Arafat

Yasser Arafat fue un dirigente nacionalista, presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y de la Autoridad Nacional Palestina. Líder y fundador en 1959 del partido político secular Al Fatah. Pasó su vida luchando contra Israel en nombre de la autodeterminación de los palestinos. En 1994, recibió el Premio Nobel de la Paz junto a Shimon Peres e Isaac Rabin, por sus esfuerzos a favor de la paz en Oriente Próximo.

En 1970, en El Cairo, tuve la suerte de haber sido uno de los firmantes del acuerdo de cooperación entre la Confederación Mundial del Trabajo y la Confederación Internacional de Sindicatos Árabes (CISA), una organización que en ese momento nucleaba a sindicatos de diecisiete países árabes. Entre ellos, la Federación de Trabajadores de Palestina, con los cuales yo siempre tuve una relación muy estrecha.

Fue a través de la CISA y los sindicatos palestinos que pude conocer a Yasser Arafat en un Congreso de la organización de la Unidad Sindical Africana que se hacía en Trípoli, Libia. Allí pude saludarlo y cambiar unas palabras de ocasión.

La segunda vez que lo veo, la más significativa, fue cuando Irak –Saddam Husein– invade Kuwait en 1991. La CMT estaba muy preocupada por las consecuencias que podía tener ese conflicto en caso de una intervención de EE.UU. y me solicita hacer una gestión con Arafat, de mucha llegada a Husein, para tratar de convencerlo del grave error que, para nosotros, estaba cometiendo.

Arafat finalmente accedió y viajé al Cuartel General de la OLP en Túnez. Las medidas de seguridad eran muy exigentes y me quedé en el hotel esperando que me avisaran cuándo sería la entrevista. A la 1 de la mañana me pasó a buscar un hombre de su seguridad, a quien yo conocía porque se encargaba de las relaciones con Latinoamérica, y me condujo a su casa.

Fue muy cálido, me recibió con un abrazo; como no tenía puesto su quepí ni el pañuelo habitual que usaba en la cabeza (*kufiyya*) descubrí que era calvo.

Le hablé en francés de nuestra preocupación por el tema. Me contestó que él compartía la misma preocupación, pero que si bien Husein le tenía mucho respeto, nunca le hacía mucho caso. Se compro-



▲ En Túnez, 1990

metió a hacer todos los esfuerzos posibles y trató de explicarme los motivos por los que Saddam había tomado esa decisión. Luego, como es habitual en el mundo árabe, comimos dátiles e higos, mientras conversábamos sobre América Latina y el mundo del trabajo.

Nos volvimos a ver en Bruselas en su visita a la Comisión Europea, y nuestro último encuentro fue también en Túnez, en el marco de una reunión del Consejo de la CISA en el año 92. En esa ocasión nos invitó a mí y a mis hijos, Gabriela y Alejandro, que me acompañaron en ese viaje, a participar de una cena que tenía con miembros de la OLP. Fue una hermosa velada. Arafat sentó a su derecha a Gaby, la única mujer, y cenamos al estilo árabe con la plana mayor de la OLP.

Guardo de él la imagen de un hombre muy preparado, de gran humanidad y cultura. Nada que ver con ese aspecto de terrorista que le atribuían. Un hombre muy valiente, que sobrevivió a mil atentados, pero lamentablemente muere envenenado. Un gran líder, un revolucionario anticolonialista y antiimperialista. Un árabe orgulloso de su estirpe. ||



▲ Germán asume como Diputado Nacional

■ Germán Abdala

Conocí a Germán en el año 75 de la mano de Héctor Quagliaro y de Víctor. Era un joven muy simpático, lleno de vida; uno se sentía bien con él apenas lo conocía.

De Germán destaco su firmeza, su lucidez, su fuerza, sus convicciones. Cuando hablaba nunca decía una palabra de más y todo le brotaba desde un sentimiento muy profundo.

Fue un hombre comprometido, un compañero del movimiento popular que puso lo mejor de su vida, de sus sueños, de su pensamiento, al servicio de la promoción de una sociedad más justa. Y fue también, un monumento a la coherencia de haber vivido de acuerdo a sus ideales.

Germán contagiaba y cautivaba por su

personalidad, por la cara de persona transparente, por su convencimiento, por la profundidad de sus análisis.

Cuando decimos que Germán vive entre nosotros no es una alegoría, es una verdad. A pesar de que murió hace muchos años, para nosotros, los de ATE y la CTA, es como si estuviera. Porque luchamos por lo mismo que él luchó y aún nos sigue contagiando con la misma utopía, el mismo sueño de una sociedad diferente.

A Germán lo quise como se quiere a un

gran amigo. Nos tocó compartir malas, los años de la dictadura o el terrible pesar de su enfermedad. Y también nos tocó compartir buenas, como la recuperación del gremio, la experiencia parlamentaria, los viajes que hicimos juntos, las vacaciones en familia con Víctor, la amistad y el compañerismo.

Siento una profunda emoción y una gran alegría al ver que pese a los años sigue teniendo una presencia tan importante entre nosotros y siguen vivos sus ideales en cada militante de ATE y de la CTA. ||



▲ Con Víctor en mis 50 años

▪ Víctor De Gennaro

A Víctor lo conocí cuando volví de mi primera etapa en la CMT a principios de los años setenta y me afilié a ATE. Me lo presentó Héctor Quagliaro y rápidamente congeniamos.

Siempre sentí admiración por su claridad política y su firmeza ideológica. Víctor es un hombre que tiene valores muy firmes y no sólo en la teoría, también los practica.

Cuando se crea ANUSATE, con el apoyo y la experiencia de Quagliaro, él es el motor

que sale a entusiasmar, a convencer a uno por uno y hace una tarea extraordinaria.

Se mostraba como un visionario que advertía lo que a nosotros nos costaba ver. Estábamos expulsados del gremio, en muchos casos despedidos del Estado, sin el aparato ni los recursos necesarios, pero él nunca aflojaba en el convencimiento de que íbamos a recuperar al sindicato.

Construyendo esa utopía se fue fortaleciendo nuestra relación; del terreno político sindical pasamos a las relaciones familiares y a la amistad. Y ese cariño se

trasladó a nuestros hijos que también se hicieron amigos.

Con él, Germán, Cassinelli y Quagliaro conformamos un clan que unía la militancia, la familia y la amistad. Y fuimos capaces de recorrer ese terreno difícil de la tarea sindical y política sin dobleces, sin envidias ni peleas. Como compañeros, como amigos, casi diría, como familia.

Realmente creo que Víctor es uno de los más valiosos líderes sindicales que conocí por la suma de sus condiciones: capacidad intelectual, visión política, entusiasmo, militancia, carisma, sentido de la solidaridad y un espíritu muy comprometido.

Y fundamentalmente por su coherencia. Víctor nunca eligió el camino más rápido para tener una ventaja, siempre trató de

mantener una coherencia y hacer de la suya un ejemplo de vida. Por eso yo estoy orgulloso de haber sido y ser su amigo y de haberlo acompañado en las diferentes instancias.

Gran parte de las responsabilidades que he asumido se deben a Víctor, a sus iniciativas y su respaldo.

Me cuesta imaginar esta ATE que tenemos y esta CTA si Víctor no hubiera estado para entusiasmarlos y convencernos a todos de que construirlas era necesario y posible.

Él siempre me menciona como el hermano mayor que no tuvo, o como su “Pater Noster”; pero soy yo el que lo tuvo y lo tengo como referencia, como faro, como ejemplo. ||

▪ Adolfo Pérez Esquivel

Otra importantísima figura que tuve el placer de conocer y entablar una amistad es Adolfo, el premio Nobel de la Paz elegido en 1980 por su lucha en favor de los Derechos Humanos.

Adolfo era un artista plástico y militante cristiano comprometido con la Paz y la Justicia que había estado preso de la dictadura militar entre 1977 y 1978.



▲ Con Adolfo en Rosario, 2010

A principios de 1976 visitó a Emilio Máspero y a los compañeros de la CLAT en Caracas, y por sugerencia de ellos, a su vuelta vino a vernos a las oficinas de la ORECSUR.

La intención de su visita era intercambiar información sobre los compañeros que escapaban de la represión, tanto de Argentina como del resto de los países del Cono Sur.

Él venía de participar en un movimiento francés llamado *Le Bâtisseur de la Nouvelle Société* (Los constructores de la nueva sociedad), un grupo espiritual, político, social que luego lo inspira a crear el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) con una proyección eminentemente latinoamericana.

A partir de ahí se estableció una relación que continúa hasta hoy. Por esos años se comprometió con las agrupaciones sindicales que, como ANUSATE, querían recuperar su sindicato y colaboró con ellas.

Era frecuente que durante los encuentros anuales que hacía ANUSATE desde el 78 al 84 se diera una vuelta para apoyarlos. Y en la asunción de las nuevas autoridades de ATE Nacional, tras la victoria del 6 de noviembre de 1984, estaba entre los invitados.

Fue así que ANUSATE y ATE establecieron una relación tan estrecha con el SERPAJ, que muchos de sus militantes terminaron integrando las filas de ATE: Claudio Lozano, Luis Fara, Agustín Rojo y Marcelo Paredes.

▪ François Mitterrand

Afortunadamente tuve la posibilidad de entrevistarme en varias oportunidades con quien fuera presidente de Francia durante catorce años. La primera fue en Bruselas, cuando era el Primer Secretario del Partido Socialista Francés y alcalde de la ciudad de Marsella.

Ya siendo presidente tuve la oportunidad de tratarlo en distintas ocasiones en el Palacio del Eliseo. Una de ellas fue durante la condecoración que recibió un amigo, Guy Drilleaud, presidente de la CFTC; otra, en un evento de la Organización Mundial del Comercio. También nos recibió cuando fuimos a pedirle ayuda para poder viajar a Sarajevo, en plena Guerra de los Balcanes.

El destino nos volvió a juntar en muchas ocasiones, una de ellas, cuando acompañando a las autoridades de la Pastoral Social, visitamos todos los Organismos de Derechos Humanos, entre otros el SERPAJ. También me visitó en Roma cuando era Embajador en el Vaticano y estuvo cerca de la CTA desde sus inicios.

Realmente un gran hombre, una persona valiente y comprometida de una enorme personalidad; coherente y firme en sus principios. Un orgullo de los argentinos y un querido amigo. ||

Creo que fue uno de los políticos más lúcidos de Europa Occidental, que trató de ser fiel a un pensamiento socialista teniendo siempre una puerta abierta al movimiento social, al movimiento de los trabajadores.

Ganó las elecciones en Francia con una novedosa alianza en la que confluían partidos políticos de izquierda y centroizquierda, además de las tres centrales sindicales: la CGT (Confederación General del Trabajo), la FO (Force Ouvrière) y la CFDT (Confederación Francesa Democrática del Trabajo).

Esto le permitió incluir una visión social en el gobierno y en la política francesa y desde ahí poder intervenir en el campo económico. Fue un hombre que en su ideal



▲ París 1992.
Con el presidente
Mitterrand, palacio
del Eliseo

socialdemócrata trató siempre de juntar el tema de los derechos de los trabajadores y la democracia.

Además cumplió un papel importantísimo en el fortalecimiento de la Unión Europea, alimentando la reconciliación

entre Francia y Alemania para fortalecer ese eje frente a las dos grandes superpotencias. Siempre bregó por una Europa más abierta, más amplia, sin admitir condicionamientos externos. En síntesis, un gran hombre y un político y estadista de los mejores que tuvo Europa. ||

▪ Monseñor Jorge Novak

Fue el primer obispo de Quilmes, cuando mi querida ciudad dejó de pertenecer a la Diócesis de Avellaneda. Y fue una gran sorpresa cuando lo nombraron porque tratándose de un hombre doctorado en Historia, de una orden religiosa tradicional —de una familia emigrante de alemanes del Volga—, pensábamos que no era el más adecuado para asumir en una diócesis tan industrial, tan popular, con una gran conflictividad social.

Para colmo fue designado en 1976, poco después del Golpe de Estado. Recuerdo que a poco de asumir, el querido Padre Luis Farinello lo trajo a cenar a casa y allí

aprovechamos para hablarle de la dictadura, la desocupación fruto de las políticas económicas de Martínez de Hoz, la represión y los secuestros y desapariciones. Cuando se fue le dijo a Farinello, “¿A dónde me trajiste?”, sorprendido por lo que había escuchado.

Pero nuestra preocupación era infundada. Monseñor Novak era un hombre bueno, un santo, con una gran humanidad; muy comprensivo y abierto. Rápidamente se sensibilizó con lo que sucedía en el país y en Quilmes y se convirtió en uno de los adversarios religiosos más duros que tuvo la dictadura. Junto a De Nevaes, Hesayne, Ponce de León, Angelelli y Zaspé se distinguió por su lucha a favor de los Derechos Humanos.

Era además un hombre de una formación intelectual y teológica extraordinaria, integrante de la Congregación del Verbo Divino y recibido en Roma de Doctor en Historia de la Iglesia.

Es importante recordar su compromiso con los pobres, con los trabajadores, sus marchas y sus duras homilias en los tiempos de la represión genocida y actuación como fundador del Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos (MEDH).

Sus restos están enterrados en la Catedral de Quilmes; hay una placa en su bóveda que dice “*Amigo de Dios y de los pobres, defensor de los Derechos Humanos y del Movimiento Ecueménico*”. Eso lo pinta de cuerpo entero. ||

▲ Monseñor Jorge Novak, primer Obispo de Quilmes



▪ Madres, Abuelas y Familiares

Nora Cortiñas de las Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora; Estela de Carlotto de Abuelas de Plaza de Mayo y Lita Boitano de la Comisión Familiares de Detenidos Desaparecidos, son realmente mujeres dignas de homenaje y de mi mayor respeto, además de unirme a ellas un



gran cariño. Son símbolo y emblema de la lucha por la restauración de la democracia y por el esclarecimiento de la tragedia de los secuestros, las desapariciones, los asesinatos.

Ellas han pagado con la vida de sus hijos, sus nietos y sus seres queridos el precio más alto. Han sido un ejemplo vivo de lealtad, no sólo a sus familiares desaparecidos, sino a los principios y a los valores del humanismo, de la democracia, de la libertad.

Además, más allá de la causa de los Derechos Humanos que defienden, han estado ligadas a muchísimas otras causas justas en nuestro país y en el mundo. Por eso las reconozco a ellas en particular, pero en representación de todas las Madres y las Abuelas que nos marcaron el camino de la lucha por la Verdad, la Memoria y la Justicia. ||

▪ Monseñor Oscar Justo Laguna

Quien fuera Obispo de Morón fue un religioso que se destacó en el campo social por su compromiso con los trabajadores; en el campo de la cultura también fue muy respetado y muy querido. Fue una referencia en la época del menemismo por su actitud muy crítica frente a las políticas neoliberales.

Desde el año 84 había impulsado las Semanas Sociales, un punto de encuentro muy importante, desde donde trató de implementar los principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia —la justicia social, el destino universal de los bienes, el derecho primordial al trabajo—, convocando a sectores económicos, sindicales, políticos y de la Justicia.

Fue además un gran amigo de ATE, de ANUSATE y de la CTA y uno de los firmantes

de la Carta Pública por la cual se le exigía al gobierno el reconocimiento de la CTA (el único obispo que la firmó).

En reiteradas oportunidades visitó ATE participando de actividades y actos y tuvo siempre la puerta bien abierta al reclamo de los trabajadores. Guardo por él un gran afecto, un gran respeto, un gran reconocimiento. ||



▲ Monseñor Justo Laguna, obispo de Morón y presidente de la Pastoral Social.

Dos grandes líderes africanos

▪ Agostinho Neto

Durante mi gestión en la secretaría General de la CMT tuve la oportunidad de conocer a muchos destacados dirigentes de arco político y sindical. Uno que me gustaría destacar es Agostinho Neto, líder revolucionario en la liberación de la República de Angola.

Nos conocimos en Bruselas cuando él estaba exiliado. Fue un líder extraordinario, un hombre de una de una enorme cultura y un humanista, un verdadero africanista. Uno de los padres de la descolonización de África. ||



▪ Ahmed Ben Bella

A principios de los 90 también conocí a Ahmed Ben Bella, un padre de la Revolución Argelina. Un hombre que luchó en el Frente de Liberación contra Francia, y luego de la liberación de Argelia fue jefe de gobierno durante muchos años.

Cuando él ya estaba alejado de sus funciones gubernamentales, compartimos durante dos años una comisión internacional por la libertad sindical de un gran dirigente marroquí, Noubir El Amaoui, y nos reunimos varias veces en Madrid, Barcelona y París. Fue un enorme gusto conocerlo. Un gran líder africano, sin duda alguna. ||

Organizaciones

▪ ATE

La Asociación Trabajadores del Estado es para mí el lugar donde he transitado los mejores años y los más activos de mi vida sindical y política.

Desde la creación de ANUSATE, el gremio se convirtió en un canto a la libertad, a la vida y al compromiso. No hay que olvi-

dar que la agrupación nació en los años oscuros de la dictadura con el sueño de recuperar la democracia. Fue por eso que cuando logró recuperar ATE lo convirtió en un ámbito de valores democráticos, de libertad, de compromiso. Y, creo también, que ATE le contagió a su vez esos valores a la CTA.

Me gusta pensar, como dice la consigna, que ATE es más que un sindicato. Porque además de la expresión de los intereses de los trabajadores del Estado, ha desempeñado todo un pensamiento sobre el nuevo Estado, el rol de la clase trabajadora, la nueva idea más amplia del movimiento de los trabajadores.

Con el aporte de su militancia y de los intelectuales de los que se nutrió, se convirtió en una usina de ideas para el mundo del trabajo.

Me ha tocado recorrer el mundo y conocer cientos de experiencias sindicales de aquí y de allá, pero pocas como la de ATE. Puedo nombrar a la Federación Gráfica y su influencia en la CGT de los Argentinos como una referencia comparable en cuanto a su aporte sindical, político y social.

Para mí ATE expresa todo eso y lo hace desde hace muchos años, atravesando a distintas generaciones desde aquel cauce que se abrió para los compañeros que pasaron y que siguen pasando.

Soy feliz cada vez que veo a la nueva militancia, a esos chicos y chicas que se suman a ATE orgullosos de sus pecheras verdes con su pasado, con su presente de compromiso con el sindicato, con el territorio y con todas las luchas que emprenden.

La más reciente alegría fue la distinción que, junto con otros compañeros, recibí de ATE: la medalla Germán Abdala.

Me siento profundamente orgulloso de ser parte de esa historia y de este presente.

▪ CTA Autónoma

La Central de Trabajadores de la Argentina nació el día que se entendió que de la CGT no se podía esperar nada distinto del acuerdo con los diferentes gobiernos, para preservar así sus intereses y la existencia de dirigentes sindicales empresarios.

Y nació con un conjunto de definiciones claras y determinantes. En primer lugar, la autonomía sindical, la libre determinación de los trabajadores independientemente de los patrones, los partidos políticos y los gobiernos.

En segundo lugar, la amplitud de la mirada. El movimiento de los trabajadores no lo pueden expresar sólo los que tienen trabajos formales sino todo el mundo del trabajo, con empleo o sin él. Es una visión amplia que se inserta en un compromiso muy grande con la construcción de la unidad y la solidaridad latinoamericana.

Y finalmente, la elección directa de sus representantes en todos los niveles, la posibilidad de cada afiliado y afiliada de elegir a las autoridades, aún con todas las complejidades que esto conlleva. Eso garantiza la democratización del movimiento sindical y le da una particular singularidad a nuestra Central.

En una oportunidad, junto a Víctor, conversamos con Samir Amín, el economista y pensador egipcio, quien nos contó que seguía con interés cuatro experiencias sindicales en el mundo: la KCTU de Corea, el sindicato de Sudáfrica (COSATU), la CUT de Brasil y la CTA de Argentina. Cuatro modelos novedosos que mostraban un perfil de un sindicalismo de clase con una visión política de transformación.

Estoy convencido que, más allá de sus problemáticas y las lamentables rupturas, esas características que mencioné de la

CTA la hacen única en el mundo sindical y un modelo a seguir y a perfeccionar.

En lo personal, como me pasa con ANUSATE y ATE, mi historia está muy ligada a la historia de la CTA. No sólo por mi actual compromiso en la secretaría de Relaciones Internacionales, sino porque como secretario General de la CMT tuve el honor de avalar su nacimiento formal allá por 1996 y antes, cuando acompañé desde Europa tanto el Grito de Burzaco en 1991 donde se manifestó la necesidad de irse de la CGT para construir algo distinto, como el inolvidable Congreso fundacional en Parque Sarmiento al año siguiente. Allí donde Germán se despidió de nosotros comprometiéndonos a hacerla realidad.

Durante su Congreso anual del año

2010, realizado en el predio de Costa Salguero en Buenos Aires, recibí un muy sentido e inesperado reconocimiento. Allí, sin que yo supiera nada, se proyecta un video que repasaba mi vida y me entregan una plaqueta por mi trayectoria en la Central desde su nacimiento.

Tampoco sabía que habían invitado a mi familia y a viejos compañeros. Ellos me dedicaron hermosas palabras, no sé si justificadas, pero fueron muy gratificantes. Fue un reconocimiento hermoso porque lo hicieron mis pares, mis compañeros de militancia de tantos años.

Por eso la siento mía, porque la vi nacer, crecer y desarrollarse, y hoy la veo poblarse de nuevos aires, de nuevas fuerzas, con la misma mística con la que nació. ||

A lo largo de mi vida, he disfrutado transitar múltiples y diversos campos de actuación: mi militancia en el sindicalismo, la acción internacional, la política, el Parlamento, la diplomacia; así como mi compromiso con los Derechos Humanos, el ecumenismo y la Iglesia. Y espero haber cumplido –a pesar de todas mis limitaciones– con la mayor responsabilidad las funciones que ocupé.

He tratado siempre de ser puente entre los diferentes sectores de la sociedad, confío en el diálogo respetuoso y constructivo; pero es innegable que no se puede avanzar en la construcción de una sociedad mejor y más solidaria, si no se corrigen profundas injusticias estructurales que la azotan.

Nuestro país atraviesa una de las crisis más grandes de su historia, con serias consecuencias sociales y económicas; sin embargo tenemos enormes potencialidades, y es responsabilidad de todos, pero en mayor medida de los dirigentes, encarar propuestas y caminos para superar estos graves momentos.

Con esa esperanza y confiando en nuestras hermosas juventudes, tengo la convicción de que Argentina logrará convertirse en un país para todos, con más justicia y solidaridad.

Glosario de siglas

ACLI. Asociación Cristiana de Trabajadores Italianos
ADELCO. Acción del consumidor
ALCA. Área de Libre Comercio de las Américas
ANAMPOS. Articulación Nacional de los Movimientos Populares y Sindicales (Brasil)
ANEF. Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (Chile)
ANUSATE. Agrupación Nacional Unidad y solidaridad en ATE
APOC. Asociación del Personal de los Organismos de Control
ASA. Acción Sindical Argentina
ASICH. Acción Sindical Chilena
ATE. Asociación Trabajadores del Estado
ATLAS. Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas
BATU. Brotherhood of Asian Trade Unionists
CALIR. Consejo Argentino de Libertad Religiosa
CARI. Consejo Argentino para las Relaciones Interenacionales
CASC. Confederación Autónoma Sindical Clasista
CELAM. Consejo Episcopal de América Latina y el Caribe
CELS. Centro de Estudios Legales y Sociales
CES. Confederación Europea de Sindicatos
CFTC. Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos
CGT. Confederación General de Trabajadores (Brasil)
CGT. Confederación General del Trabajo (Argentina)
CGTA. Confederación General del Trabajo de los Argentinos
CIAS. Centro de Investigación y Acción Social
CIOSL. Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres
CISA. Confederación Internacional de Sindicatos Árabes
CISC. Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos
CLASC. Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos
CLASEP. Confederación Latinoamericana de Servidores Públicos.
CLAT. Central Latinoamericana de Trabajadores
CLATE. Confederación Latinoamericana de Trabajadores Estatales
CMT. Confederación Mundial del Trabajo
CNT. Central Nacional de Trabajadores (Paraguay)
COFE. Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado
CONCLAT. Conferencia Nacional de las Clases Trabajadoras (Brasil)
COSATU. Congreso de Sindicatos de Sudáfrica
CPUSTAL. Congreso Permanente por la Unidad Sindical de Trabajadores de América Latina
CSA. Confederación Sindical de las Américas
CSC. Confederación Sindical Cristiana (Bélgica)
CSI. Confederación Sindical Internacional
CSY. Confederación de Sindicatos de Yugoslavia
CTA. Central de Trabajadores de la Argentina
CTA-A. Central de Trabajadores y Trabajadoras de la Argentina Autónoma
CTA-T. Central de los Trabajadores de la Argentina
CTC. Central de Trabajadores de Cuba
CUT. Central Única de los Trabajadores (Brasil)
CUT. Confederación Unitaria de Trabajadores de Chile
ECOSAL. Encuentro Sindical de América Latina

ECOSOC. Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas
FAO. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura
FAP. Frente Amplio Progresista
FREJULI. Frente Justicialista de Liberación
FRENAPO. Frente Nacional Contra la Pobreza
FSM. Federación Sindical Mundial
GAN. Gran Acuerdo Nacional
GRULA. Grupo de América Latina
INAP. Instituto Nacional de la Administración Pública
INCASUR. Instituto Internacional de Estudios y Capacitación Social del Sur
ISP. Internacional de Servicios Públicos
ITEC. Instituto Técnico y de Educación Sindical
JOC. Juventud Obrera Católica
KCTU. Confederación de Sindicatos de Corea
M.U.C.S. Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical
MOPUL. Movimiento Popular por la Unidad Latinoamericana
MSP. Movimiento Sindical Paraguayo
MST. Movimiento Socialista de Trabajadores
NAFTA. Tratado de Libre Comercio de América del Norte
NAPFE. National Alliance of Postal and Federal Employee
OCDE. Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
ODSTA. Organisation démocratique syndicale des travailleurs africains
OEA. Organización de los Estados Americanos
OIT. Organización Internacional del Trabajo
OLP. Organización para la Liberación de Palestina
OMS. Organización Mundial de la Salud
ONU. Organización de las Naciones Unidas
ORECSUR. Oficina Regional del Cono Sur
ORIT. Organización Regional Interamericana de Trabajadores
OUSA. Organización de la Unidad Sindical Africana
PCdoB. Partido Comunista de Brasil
PDC. Partido Demócrata Cristiano
PIT-CNT. Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores (Uruguay)
CONINTES. Conmoción Interna del Estado
PODEMOS. Frente Popular Democrático y Social
PTP. Partido del Trabajo y el Pueblo
SADOP. Sindicato Argentino de Docentes Privados
SEIVARA. Sindicato de Empleados del Vidrio
SMATA. Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor
SOIVA. Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio y Afines
UCR. Unión Cívica Radical
UCRP. Unión Cívica Radical del Pueblo
ULB. Universidad Libre de Bruselas
UNEP. Unión Nacional de Empleados Públicos de Venezuela
UNESCO. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UTAL. Universidad de los Trabajadores de América Latina
UP. Unidad Popular
UPCN. Unión Personal Civil de la Nación
URSS. Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USO. Unión Sindical Obrera (España)
UTA. Unión Tranviarios Automotor

Índice

Agradecimientos	7	
Prólogo	9	
Capítulo 1	Los Custer: de Napoleón al Conurbano	11
Capítulo 2	Infancia	15
Capítulo 3	Rigolleau	23
Capítulo 4	La Democracia Cristiana	33
Capítulo 5	UPCN	37
Capítulo 6	El Congreso fundacional de la CLATE	41
Capítulo 7	La CGT de los Argentinos	47
Capítulo 8	Sindicalismo cristiano y latinoamericano	51
Capítulo 9	El inicio de una gran familia	55
Capítulo 10	La Confederación Mundial del Trabajo (CMT)	57
Capítulo 11	El Peronismo	69
Capítulo 12	El Consejo Coordinador Argentino Sindical y la Acción en el Cono Sur	79
Capítulo 13	ANUSATE	93
Capítulo 14	Diputado Nacional	101
Capítulo 15	Secretario General de la CMT	109
Capítulo 16	El regreso a la Argentina	121
Capítulo 17	Gobierno de la Alianza	127
Capítulo 18	Preámbulos de una designación	131
Capítulo 19	Embajador Argentino en el Vaticano	137
Capítulo 20	Mis días hoy	147
Capítulo 21	Lecturas, personas y organizaciones que marcaron mi camino	155
Epílogo		171
Glosario de siglas		173

